

Sergio Ramírez Lamus

**Espectros de 1948.
J. A. Osorio Lizarazo,
Gaitán y el 9 de Abril**

**archivos del Índice
Cali**

Sergio Ramírez Lamus

Primera edición, 2007

© Sergio Ramírez Lamus, 2007

© fundación editorial archivos del Índice, 2007

e-mail: archivosdelindice@yahoo.com

ISBN 958-44-1338-3

Esta es una edición digital del libro que archivos del Índice publicó en el año 2007. Se respeta fielmente el contenido del mismo aunque se han introducido algunas variaciones de tipo formal (entre otras, la numeración de las páginas).

Reconocimientos

Sin la presencia de ánimo de ese grupo reducido de estudiantes de la Universidad del Valle capaz de sobreponerse a los cinismos, perezas y anomias reinantes en el aula, no habría obtenido el estímulo necesario para interrumpir la rutina académica y pensar textos como los que aquí presento. Asimismo debo agradecer a la Vicerrectoría de Investigaciones de esa misma Universidad las horas concedidas para llevar a cabo esta investigación: sin el privilegio de esa deuda quizás habría flaqueado en la disciplina demandada por la escritura.

Agradezco además la generosa, paciente y concienzuda labor editorial de mis amigos de *archivos del Índice*, cuyas discusiones siempre han animado mi pensamiento.

Y no puedo dejar de agradecer, por último, las providenciales colaboraciones prácticas de B. M., E. R., R. R. y S. J.

Sergio Ramírez Lamus
Cali, junio de 2007

Al sesgo de un autor crónico (a manera de introducción)

La vida de Jorge Eliécer Gaitán, la chusma protagonista del 9 de abril y la escritura de José Antonio Osorio Lizarazo¹: he aquí un expediente

¹ J. A. Osorio Lizarazo nace en Bogotá en el año de 1900 y muere en esa misma ciudad en 1964. Se vincula desde muy joven al periodismo, casi siempre como cronista, encubriéndose a veces bajo el seudónimo de *El Solitario*; también ejerce la dirección (*Diario Nacional*, *El Herald*) y la jefatura de redacción (*La Prensa*, *Sábado* y *La Jornada*, diario gaitanista) de varios periódicos colombianos. En 1946, luego de haber compuesto una decena de obras literarias (*La casa de la vecindad*, 1930; *Barranquilla* 2032, 1932; *El criminal*, *La cosecha*, 1935, entre otras) y ejercido algunos cargos públicos –secretario privado de los Ministerios de Guerra y Educación, director de publicaciones de la Contraloría General de la Nación–, se ausenta del país por cerca de quince años para residir en Argentina hasta 1955 y más tarde en Chile y en la República Dominicana; durante esas estancias se afirmaría todavía más su vocación de funcionario-poeta: compone prolíficos ensayos, crónicas y

denso y complejo desde el punto de vista de la retórica de la posición social y las emociones que aquélla suscita.

Osorio examina un siglo XX que se toca con las postrimerías del siglo XIX, sugiriéndonos que el *continuum* bélico colombiano procede de fechas tan remotas como aquéllas de la conquista. Desde su óptica, la guerra civil ininterrumpida que ha padecido Colombia desde el siglo antepasado hasta el presente, no puede abocarse sin hacer referencia al privilegio y la exclusión. Sus textos pueden leerse como expresiones de una retórica determinada de la posición social y sus emociones.

La presente introducción pretende relacionar mi lectura de Osorio con otras manifestaciones del autor que parecerían contradecir algunos principios implícitos en dicha lectura.

Uno de estos contrasentidos tendría que ver con la denuncia osoriana del “complejo de abogado” de Gaitán. Porque si tenemos en mente esa acusación al leer su opúsculo-libelo *Bacilo de Marx*², podemos quedar perplejos: este ataque al marxismo como práctica de agitadores carentes

novelas (*El Pantano*, 1952, *El día del odio*, 1952) a la vez que cultiva estrechas relaciones con los regímenes de Juan Domingo Perón y de Rafael Leonidas Trujillo.

² *Marxian Bacilus*, Magisterio Español, Madrid, 1959 (1ª edición castellana, 1959). Habida cuenta de que sólo tuve a mi alcance su versión inglesa, se cita de aquí en adelante en los términos de mi “re-traducción libre”.

de principios morales o partícipes de una moral perversa, ¿corresponde acaso al punto de vista de un crítico del estado de derecho como injusto y brutal? ¿No supone más bien la perspectiva derechista que defiende brutalmente un estado no menos violentamente instituido? Y la reiterada sindicación de los agitadores marxistas como tropeleros interesados en sembrar el caos, afectar los sistemas financieros latinoamericanos o atizar el odio social, ¿se corresponde con el narrador de *El día del odio*³ y su ponderación de esa misma inclinación a provocar el caos como única alternativa de los excluidos frente a un estado policivo y lacerante?

Uno podría plantear una solución fácil a estas no-correspondencias mediante la reducción de este autor a la condición de escritor contradictorio: pero quizás no sea tan contradictorio el trayecto que conduce de simpatizante de Hitler en los albores del surgimiento del nazismo⁴, a

³ *El día del odio*, El Áncora, Bogotá, 1998 (1ª edición, 1952).

⁴ “Una sola vez, si mal no recordamos, en 1935, nos encontramos con él, y a los diez minutos ya había degenerado la conversación en una controversia lo bastante acalorada [...] ¿De qué se trataba? De la personalidad de Hitler a quien el alemán [...] criticó acerbamente, en tanto que el colombiano [...] no ocultaba la admiración que sentía por el presunto libertador de Alemania”; Ernesto Volkening, “Literatura y gran ciudad”, en *Ensayos I. Destellos Criollos*, Colcultura, Bogotá, 1975, pp. 69-92. Cita de la p. 87.

impugnador del nazi-fascismo como barbarie⁵, a militante gaitanista y –por último– a admirador de Franco o Trujillo, presuntos propulsores de cordones inmunitarios capaces de librar a España o a la República Dominicana del anárquico bacilo marxista.

Ciertos vaivenes de Osorio sugerirían, aparte del superficial nivel de las contradicciones evidentes, una continuidad latente. Me acercaré a ésta mediante el siguiente conjunto aforístico:

a. Lector admirativo de Stefan Zweig, Osorio considera que al abordar a Nietzsche ese autor da palos de ciego: refiere los asuntos exteriores de una vida esencialmente interior. Nietzsche es un filósofo que no es tal o que elude la construcción de una filosofía sistemática; su caso es el de un retraído soberbio⁶ acosado por el dolor físico, “un ácrata, [que] tenía por objeto demoler, con claras tendencias al gris, al ambiguo, a la ruina, pero no en el aspecto

⁵ Prueba de ello encontramos al final de su ensayo “El dolor físico en la obra nietzscheana”, en *Revista de América*, vol. 20, n° 65, pp. 104-112, Bogotá, p. 112: “todo eso que Hitler ha querido interpretar con el crimen multiplicado, buscando un fundamento filosófico para su tropelía, para su concepción ilógica del mundo y de la sociedad, para su voluntad de dominio”.

⁶ “El orgullo esencial en todos los retraídos y en todos los solitarios, no siempre efecto sino muchas veces causa, de estas inclinaciones, le da fuerzas para hablar con arrogancia y sentirse un ‘alegre mensajero’”; *ibidem*, p. 107.

melancólico sino en el agitador, en el activo, en el despótico”⁷. Esta formulación pugna con el desprecio osoriano hacia la agitación marxista, que también él caracteriza como demoledora y despótica; pero quizás no con su retrato de Gaitán como esencial y supremo agitador.

b. El Nietzsche de Osorio es ante todo un atormentado físico, asediado por cefalalgias, neuralgias, oftalmias, hemorroides o “dolores de los órganos recónditos”⁸. En este personaje el dolor “había exaltado su amargura, su acracia, su inconformidad contra todos los actos y todos los hechos, le había exaltado en la exhibición externa su condición de solitario, de refugiado dentro de sí mismo para que ninguno vaya a compadecerse miserablemente de este sufrimiento”⁹. Sentencia que viene precedida de otra: “Bajo la garra del dolor físico, cuando es incurable e implacable, el ánimo se hace anarquista, la piedad se dispersa, haciéndose colectiva, extendiéndose hacia confines anónimos, y separándose por completo de los individuos, de los sujetos, que inspiran rencor, recelo, desconfianza”¹⁰. Resulta tentador pensar aquí al Osorio histórico, al joven bachiller de escasos recursos que vagabundea por el país, ensayándose aquí y allá en el trabajo físico y en la

⁷ *Ibíd.*, p. 111.

⁸ *Ibíd.*

⁹ *Ibíd.*, p. 108.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 106.

aventura periodística. Al joven que regresa a su Bogotá natal con una pierna gravemente lacerada. Y en general, al escritor que evade el trato de sus cofrades: “Hay en él una muralla de timidez y de reserva, bordeada, como las murallas campesinas de la Sabana de Bogotá, de agudos y cortantes cristales de recelo y malicia que impiden el fácil acceso hacia la intimidad”¹¹.

c. Aun en la estepa del tormento nietzscheano Osorio oscila entre la soberbia arrogante o solitaria del ánimo anarquista y la compasión aborrecida por Nietzsche. Así, aunque su retórica de las clases sociales viene a ser despiadada con la clase media burocrática, a la cual tipifica como un “grupo social sometido y ambiguo”¹² cuya

¹¹ Cf. Hernando Téllez, “El día del odio”, en Santiago Mutis Durán (editor), *Novelas y crónicas* —J. A. Osorio Lizarazo, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1978, pp. 691-696. Cita de la p. 691.

¹² “Del burócrata, empeñado en sostener ese vivir artificial que se imagina grotescamente pertenecer a las clases más altas, por lo que menosprecia al obrero, depende de una serie de especuladores que se aferran a él como vampiros [...] Y sobre toda esta explotación se acumulan la necesidad y el disimulo, la urgencia de presentarse decentemente, la ficción de una holgura económica que constituye su orgullo pueril, crueles factores que determinan la prosperidad de la explotación que se ejerce sobre la inerme clase media, y hacen de un grupo social sometido y ambiguo, entregado a una resignación que es esencial para el equilibrio de la misma sociedad”; J. A. Osorio Lizarazo, “Hombres sin

“psicología desteñida y triste [...] ni siquiera tiene el instinto de clase porque participa del más anodino e impersonal de los individualismos”¹³, de todas formas cierto matiz compasivo llega a identificar algunos momentos de coraje del insignificante burócrata –¡paradoja de paradojas!– con un heroísmo nietzscheano¹⁴. Es así como resulta emparentada la retórica de menosprecio a la clase media, seis años posterior al ensayo sobre Nietzsche, con aquella que se refiere al genio que “falsifica [...] los sentimientos, [y] acepta [...] el fracaso no como un hecho inexorable sino como un objetivo ansiosamente buscado”. Osorio relaciona el actuar sobrehumano con la mendacidad corajuda de un destituido empleaducho: “Esta situación psíquica no es un privilegio de hombres extraordinarios sino que existe, vigorosa, aun entre gentes del bajo pueblo. Muchas veces he visto la mentirosa satisfacción con que un empleado público a quien le notifican su destitución, dice tranquilamente que eso era lo que buscaba, que se le han presentado oportunidades que perdía por el servicio y otras cosas igualmente insinceras”¹⁵.

presente” (novela), en *Novelas y crónicas*, op. cit., pp. 137-292 (1ª edición, 1938). Cita de la p. 190.

¹³ *Ibíd.*, p. 189.

¹⁴ Paradójico subterfugio compasivo para encontrar al despiadado superhombre.

¹⁵ “El dolor físico...”, op. cit., p. 109.

d. La naturaleza de la clase media es ambigua, sus pretensiones ilusas; esta clase no hace más que apostar al futuro, vive hipotecada, carece de presente. La tipificación se refiere a Colombia, pero hay tipos comparables en otros lugares del planeta. En *Bacilo de Marx* se plantea un síndrome semejante entre los propagandistas revolucionarios diseminados por todo el mundo: éstos “proviene[n] de intelectuales minúsculos cuya posición inferior atribuyen a la impotencia para materializar su talento”¹⁶. La diatriba anti-marxista prosigue refiriéndose a esta clase en los términos habituales –como grupo no identificable con la burguesía propiamente dicha, pletórico de integrantes que recientemente han ganado o perdido posición–. Y aduce que en un clima de “ficciones culturales” como el de América Latina, donde la burguesía exhibe los títulos universitarios apenas como un adorno de su ineluctable posición, la clase arribista accede a los títulos académicos para desempeñar una profesión. Pero esto, antes que prestigio, le granjea al sector profesional dedicado a oficios artísticos o intelectuales el rechazo de unas clases altas enfrascadas en el consumo de “formas culturales importadas”. La realidad de dicho “estatus ruinoso” impulsa a estos sectores al “negocio lucrativo de la política”¹⁷. Y así, presa

¹⁶ *Marxian Bacillus*, op. cit., p 49.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 56.

de envidia y despecho hacia los dominantes y de desprecio hacia los pobres, obsesionado con el progreso personal, el conjunto cultivado de los clase medieros ofrece un terreno propicio a la excitación individual: de ella surgen Proudhon, Marx, Engels, Luxemburgo, Blanqui y Kropotkin, con sus ejecutores Lenin, Trotsky, Bujarin y Zinoviev¹⁸.

e. El contexto de la argumentación anterior arroja el resultado de otra serie paradójica: el individualismo de la clase media convierte a algunos de sus individuos en propulsores (agitadores o ejecutores) de algo que para Osorio contradice la esencia natural del ser humano: el colectivismo. Pero simultáneamente, quien ha entronizado el individualismo ha sido la burguesía liberal, motivadora así tanto del “predominio despótico del capital sobre el trabajo como de un clima de injusticia que fortalece las teorías de Marx”¹⁹. En el curso de su diatriba anti-marxista, Osorio ha definido antes al individualismo “según la concepción de los filósofos racionalistas, como una reacción extrema a los poderes excesivos del Estado y a los privilegios de una minoría aristocrática, conducentes a relajamientos éticos y socio-

¹⁸ Cf. *ibídem*, p. 57.

¹⁹ *Ibídem*, p. 96

económicos”²⁰. Pero insiste: con todo y su perniciencia, el individualismo no contradice la esencia humana como lo hace el colectivismo; de manera que –felizmente– “los intelectuales o pseudo intelectuales como el agitador y sus colaboradores aldeanos y campesinos carecen de una disposición a la total negación de sí demandada por el comunismo”²¹. “El sentido individualista de los pueblos americanos”, por otra parte, “los defiende de las doctrinas de la colectivización”²². Los regímenes liberales que legalizaran los partidos comunistas, encabezados, como en Colombia, por personajes que “sonríen en las manifestaciones públicas al saludo de ‘camarada’”²³, pese a haber facilitado la desastrosa penetración marxista, no consiguen dismantelar el “sentimiento patriótico” de cada país. Permanece incólume una América Latina “indisciplinada, ingobernable e impetuosa, inconstante y renuente a aceptar las opiniones de otros pueblos”²⁴.

f. Los pueblos son imaginados por Osorio en términos esencialistas. El individualismo latinoamericano contrasta con el espíritu auto-negador del pueblo ruso, conocido por su “densa y

²⁰ *Ibíd.*, p. 65.

²¹ *Ibíd.*, p. 66.

²² *Cf. ibíd.*, p. 111.

²³ *Ibíd.*, p. 110.

²⁴ *Ibíd.*, p. 66.

atormetada literatura”²⁵; ésta, expresión de una acendrada “mentalidad de autosacrificio”²⁶, ya nos indica cómo en el seno de este pueblo abnegado surge el contrapeso del nihilismo, un movimiento “exclusivamente intelectual” fundado en el “terrorismo personal” y derivado –como en el comunismo– de una “tendencia mística del ruso”²⁷. Bajo la égida del marxismo, la nación rusa no demora en transformarse en estado terrorista que dirige la producción no según las “necesidades personales” cuanto de acuerdo a los imperativos estatales. Se contradice entonces a una naturaleza humana cifrada en el “amor propio”, ignorándose la “dualidad espiritual del hombre”, la presencia en éste de una “chispa divina que le hace acreedor al respeto”²⁸. Un régimen fundado sobre tal sentido hipertrofiado del deber somete a los individuos a una “serie de amputaciones morales” que atrofia cualquier emoción de “resentimiento y rebelión”²⁹ tanto como la posibilidad de diferenciar entre el bien y el mal.

g. Rusia perfecciona “técnicas y conocimientos” que reducen al ser humano a una “masa gaseosa

²⁵ *Ibíd.*, p. 71.

²⁶ *Ibíd.*, p. 17.

²⁷ *Ibíd.*, p. 18.

²⁸ *Ibíd.*, p. 35.

²⁹ *Ibíd.*, p. 34.

trabajadora”³⁰, prohíbe a los jóvenes los “entusiasmos y afectos” del rock o el jazz y erige un régimen policivo en el cual “la compasión y la solidaridad se desvanecen”³¹; en el concierto de las naciones Rusia constituye una tremenda amenaza, una vez que la atávica “psicología invasora” de su “raza híbrida” adapta las doctrinas de un “judío alemán” a su expansionismo atávico.

h. En una época anterior a la guerra fría, Osorio se duele de que los aliados hayan patrocinado y aun salvado al régimen estalinista de su “fracaso colosal”³². Nos dice con ironía que esas potencias descubren en Rusia la “práctica más perfecta de las formas democráticas, la de una ‘democracia popular’”³³. Los aliados acogen en su seno al caballo de Troya, mediante el expediente de suministrar a Stalin “científicos capturados [...], cohetes y sputniks que los burócratas del Kremlin, pertenecientes a una raza primitiva y obtusa”³⁴ jamás habrían podido inventar. En Yalta y Postdam las potencias aliadas occidentales, al borde de la ruina por apoyar a Rusia, casi se convierten en “reyezuelos conquistados,

³⁰ *Ibídem*, p. 35.

³¹ *Ibídem*, p. 33.

³² *Ibídem*, p. 121.

³³ *Ibídem*, pp. 114-115.

³⁴ *Ibídem*, p. 121.

atados a la carroza victoriosa de un emperador romano en parada triunfal”³⁵.

i. Comenzamos a tocar emociones del estatus. Sentimientos de superioridad o inferioridad social. En este caso, extendidos a pueblos enteros, carcomidos o no por un temible bacilo. La cuestión enreda los términos raza y nación. Los latinoamericanos padecen “el virus [marxista] en la piel y los intestinos pero aún no en los órganos vitales”³⁶. Una suerte de inmunología superior propicia, en países como la República Dominicana, gobiernos militares o dictaduras esclarecidas que protegen del flagelo marxista. Quizás esto resulta del hecho de que el continente latinoamericano es indisciplinado, ingobernable, impetuoso e inconstante³⁷. Si Osorio ha sentido compasión por el empleado que miente a la hora del despido, dicha piedad es paradójica. Bajo la égida nietzscheana, valora la súbita soberbia de un personaje forzado a una continua auto-falsificación, el inesperado giro arrogante de un estatus obligado a la hipocresía pretenciosa.

j. Si Osorio es soberbio y asume la posición de una implícita superioridad sobre la patética clase

³⁵ *Ibíd.*, p. 117.

³⁶ *Ibíd.*, p. 111.

³⁷ *Cf. supra.*

media, quizás lo hace en virtud de los “recuerdos imborrables de una infancia indigente”³⁸ o debido a su “temor a no llegar a ninguna parte, [a] sentirse impotente para llevar a cabo una obra de justicia”³⁹, una que su comentarista Santiago Mutis considera cumplida al relatar la euforia sutil que suscitan ciertas páginas de Osorio, comparables a la vivencia de una buena pintura: dicha alegría “va seguida de una amarga realidad, de una infinita miseria a la que él, y solamente él, le ha hecho justicia”⁴⁰.

k. Quien se refiere a las clases sociales, según la contundente reflexión de P. N. Furbank⁴¹, tiende a ubicarse en un lugar neutro imposible, en un falso plano de trascendencia. No siempre es éste el caso de Osorio; o al menos no en determinados instantes de uno de los dos tomos de su obra que he abocado con detenimiento. En *El día del odio* los trabajadores que emergen de la chusma se hacen perdonar mediante generosidades en la chichería; y a la presuntuosa, sometida y traicionera clase media el narrador le reconoce un potencial rebelde. Es como si Osorio –resenti-do, claramente

³⁸ Santiago Mutis Durán, “Introducción”, en *Novelas y crónicas*, op. cit., pp. xi-lxxxiv. Cita de la p. lxxvii.

³⁹ *Ibíd.*, p. lxxix.

⁴⁰ *Ibíd.*, p. lxiii.

⁴¹ *Un placer inconfesable o la idea de clase social*, Paidós, Buenos Aires, 2005 (1ª edición en inglés, 2005; trad. A. Bixio).

compasivo con unas clases y despiadado con otras— cifrara aquí una doble afinidad: con la plebe acosada y con algo sofocado en la clase media⁴². A esta última la retrata en su ángulo más despreciable cuando destaca el desaforado menosprecio que el clase mediero reserva a los pobres. Ello se reitera en *Bacilo de Marx*, donde los agitadores de clase media siempre aparecen desinteresados en mejorar la condición de las clases oprimidas, a las cuales adulan demagógicamente o fascinan con el carácter “innecesariamente clandestino”⁴³ de su propaganda (células, órdenes secretas, cónclaves).

1. Los agitadores marxistas de clase media manipulan la sensación que tienen estas clases de “haber sido engañadas” y atizan en ellas la “consciencia de su poder destructivo”⁴⁴. Tratan a los dominados como materia inflamable; engañan a los campesinos latinoamericanos prometiéndoles pequeñas propiedades, al tiempo

⁴² “Casi siempre, el resentido es un hombre que con su propia envidia se atraganta como si se le hubiera atravesado una espina de pez. El resentimiento de Osorio Lizarazo era de otro calibre, sea porque aún más vivo que el rencor estaba en su personalidad el amor a la justicia, sea porque había logrado desplazarlo al plano épico”; Volkening, *Ensayos I*, op. cit., pp. 87-88.

⁴³ *Marxian Bacilus*, op. cit, p. 80.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 57.

que en Rusia “masacran a los kulaks y pequeños propietarios opuestos a la colectivización de la tierra”⁴⁵. No extraña entonces esa falta de solución de continuidad que se produce entre unas clases medias despreciadas por las clases altas y estos agitadores. Unos y otros ven en la política una oportunidad de lucro: “De hecho, [en América Latina] los partidos liberales santifican la explotación laboral, el fraude electoral, el enriquecimiento ilícito, la intriga política y otras actividades, planteándolas como ejercicio sagrado e inviolable de la libertad”⁴⁶. Ello no es más que una secuela del carácter precario y plagario de las constituciones americanas, carentes de una “coraza doctrinaria”⁴⁷; consecuencia entonces de una “inestabilidad propicia a socaliñas políticas a gran y pequeña escala, tales como el tráfico de cargos representativos muy bien remunerados para los cuales no se requiere acreditar competencia alguna. La vaguedad política da lugar a una profusión de partidos políticos que han reducido la democracia a las ganancias prácticas derivadas, bien sea del certamen electoral o de su ulterior provisión de cargos”⁴⁸.

⁴⁵ Ibídem, p. 81.

⁴⁶ Ibídem, p. 60.

⁴⁷ Ibídem.

⁴⁸ Ibídem.

m. El lucro de los agitadores nativos llega a confundirse con las socaliñas politiqueras de los manzanillos. Unos y otros se coaligan para saquear el erario público; ahora bien, si los “agentes provocadores” no perciben promesas de ganancia en sus labores de subversión, retornan a las toldas de los partidos tradicionales; pero permanecen de todas formas como una retaguardia pronta a regresar a las labores de agitación, dispuesta a “envenenar o infectar atmósferas”, cuando éstas vuelven a prometer ganancias⁴⁹.

n. ¿En qué se distinguen los agitadores marxistas de voces enardecedoras como la de Gaitán? Este es un punto alrededor del cual, si examinamos el discurso osoriano en un plano diacrónico, surge otra serie de paradojas. Cuando Osorio recula del movimiento gaitanista, decreta que su líder es un “hombre de acción inepto e incapaz”⁵⁰; aunque lo coloca en el lugar de un agitador-demagogo sin par, señala en éste un déficit programático que, tras las “violencias verbales que han sido para muchos el móvil de su fe en el tribuno”⁵¹, no tiene mucho más que decir, conformándose de esta manera la interminable y viciosa diletancia de una promesa

⁴⁹ Cf. *ibídem*, pp. 93-95.

⁵⁰ J. A. Osorio Lizarazo, “La aventura de un gaitanista”, en *Novelas y crónicas*, op. cit., pp. 556-564. Cita de la p. 559.

⁵¹ *Ibídem*, pp. 558-559.

siempre incumplida: “Eso será tema de un discurso mío”⁵². La decepción de Osorio tiene mucho que ver con esos elementos clase medieros que él aborrece cordialmente y que en este caso responden al calificativo de “manzanillos”. El gaitanismo, un movimiento dispuesto a hacerse sobre “bases estrictamente populares, fuera de la influencia de los manzanillos y de los oligarcas”⁵³ termina en manos de los primeros. Y su consigna de “restauración moral” queda “reducida a una sucia disputa de curules”⁵⁴, sin que tampoco vaya aclarándose el comodín de la oratoria de Gaitán: “esa cosa gaseosa e indefinida que el ilustre ciudadano denomina oligarquía”⁵⁵.

o. La serie paradójica-diacrónica anteriormente anunciada sería poco más o menos la siguiente: Osorio lamenta el curso tomado por el movimiento gaitanista mientras declara que “(tiene a su pesar) un temperamento revolucionario y que (no es, ni ha sido, ni será) un político”⁵⁶. Elogia luego el proceso revolucionario venezolano encabezado por “Rómulo Betancourt y sus amigos, que nunca antes fueron empleados

⁵² *Ibíd.*, p. 561.

⁵³ *Ibíd.*, p. 559.

⁵⁴ *Ibíd.*, p. 562.

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 560.

⁵⁶ *Ibíd.*, pp. 562-563.

públicos”⁵⁷. Pero trece años después, en *Bacilo de Marx*, Betancourt entra en una lista, con Arévalo, Grau, San Martín y Figueres, de mandatarios al servicio de ese virus comunista que “En Colombia provocó un estado de guerra civil, exasperando hasta extremos de salvajismo los desacuerdos tradicionales de los dos partidos políticos atávicos, en cuyo seno sembró odios irreconciliables”⁵⁸. Gaitán, asesinado, “abogaba por una política de justicia social diseñada para poner a las masas en condiciones de resistir la infiltración comunista cuyas fuerzas lo atacaran de manera odiosa. Con el pretexto de este crimen, la chusma, conducida por los camaradas, se sumió en una orgía destructora. [... Ulteriormente] la guerra civil de dos años de existencia conoció profundidades escabrosas que un sentimiento de vergüenza nacional ha procurado acallar”⁵⁹.

p. Si comparamos esta explicación del 9 de abril y del (entonces) último grito del crónico conflicto bélico colombiano, con las páginas de *Gaitán. Vida, muerte y permanente presencia*⁶⁰ o aun con aquéllas de *El día del odio*, nuestra perplejidad nos lleva a sospechar cierto carácter mercenario de

⁵⁷ Ibídem, p. 563.

⁵⁸ *Marxian Bacilus*, op. cit., p.127

⁵⁹ Ibídem, p. 128.

⁶⁰ J. A. Osorio Lizarazo, *Gaitán. Vida, muerte y permanente presencia*, El Áncora, Bogotá, 1998 (1ª edición, 1952).

Osorio, análogo al de Porfirio Barba Jacob, cuyas militancias inestables caracterizara un crítico despiadado en términos de “sucesivos entreguismos”⁶¹.

q. Se nos dice que Osorio desestimaba a autores como Proust. Su preocupación por una cultura nacional lo alejaba de ciertas cimas literarias ajenas a la condición social colombiana⁶². De lo que no conseguía alejarse, sin embargo, era de los contextos más cicateros del Estado Nación. Un contemporáneo suyo más visible dentro del canon literario nacional como Eduardo Caballero Calderón, escritor procedente de las elites tradicionales –y como Paz o Neruda beneficiado y quizás también damnificado por su vinculación al mundo diplomático–, transfiere a Osorio los escenarios más sórdidos de la tragedia del

⁶¹ En las antípodas de su biógrafo Fernando Vallejo (incondicionalmente fascinado y casi enamorado de Barba Jacob y su cinismo; cf. *Barba Jacob el mensajero*, Séptimo Círculo, México, 1984), Hernando Valencia Goelkel expresa lo siguiente en un contexto sarcástico: “Transacciones, claudicaciones, acomodamientos, nada de esto podía minimizar su estatura, que estaba hecha de otros materiales y de otros valores, bien distintos de los que regían este tinglado de zarzuela que era América Hispana. Su verdadera vida era para una posteridad ideal”; H. Valencia Goelkel, “Destino de Barba Jacob”, *Mito*, Año 2, n° 8, 1956 (reproducido en *Mito 50 años después*, selección de F. Jurado Valencia, Lumen/Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2005, pp. 52-62). Cita de la p. 58.

⁶² Mutis Durán, “Introducción”, op. cit., p. lxxxiii.

funcionario-poeta obligado a lidiar con la burocracia del Estado Nación sin circunstancias atenuantes como las del entorno cosmopolita de la vida consular: “Osorio Lizarazo encarna el caso trágico del escritor colombiano. Como se ha ceñido voluntariamente a su vocación literaria la política no ha conseguido absorberlo. Probablemente gozan de más renombre que él los jefes de zona que vienen al Congreso para dormir y manotear sobre el pupitre [...] siempre corto de dinero, esporádicamente colocado en algún cargo oscuro, porque por delante siempre han pasado, como es natural en esta tierra, los broncos electores de provincia, los paniaguados de la gente de influencia, los recomendados de los ministros, y toda esa caterva de personajes incompletos e indoctos que pueblan las oficinas públicas. Osorio Lizarazo ha dejado de ellos, gracias a su experiencia burocrática, pinturas llenas de realismo”⁶³. Luis Enrique Osorio reitera lo anterior, cuando al referirnos a las peripecias de su tocayo, comenta el regreso de éste a su terruño: “De nuevo en la tierra natal, Osorio Lizarazo cae en el remolino del puesto público; ese terrible remolino del cual es posible alejarse por momentos, pero casi nunca emanciparse del todo. Es, más que un medio de vida, una endemia nacional. Familiarizándose con ella es

⁶³ Swan (E. Caballero Calderón) citado por Mutis Durán, “Introducción”, op. cit., p. lxxx.

posible llegar a ministro [...] Pero, ¡ay del que se estanque!... Pasará la vida alternando entre la cesantía, el ruego, la intriga, el nombramiento, la miseria”⁶⁴.

r. Hoy, cuando las editoriales de aquí y allá teatralizan diversas series de mini-booms narrativos, incluidos aquellos que bajo la protección oficial promueven autorías juveniles y descubren semilleros inagotables de prometedores hombres de letras entre jóvenes estudiantes cuyos volúmenes figuran al lado de textos técnicos o de ingeniería en las listas del programa editorial de alguna universidad pública, tal vez resulte extraña la dinámica editorial de la primera mitad del siglo XX, cuando escritores como Osorio no conseguían inscribir los resultados de su oficio en los patrocinios culturales del Estado Nación. Abandonado del Estado, aunque inscrito en éste como fuerza laboral, el escritor debía “andar de puerta en puerta, suplicatoriamente, como un polaco recién llegado ofreciendo su mercancía [...] Con excepciones de uno o dos, todos los libros aparecidos en Colombia en los últimos tiempos, se han editado por cuenta del autor o de alguno de sus amigos más desinteresados”⁶⁵.

⁶⁴ “José Antonio Osorio Lizarazo”, en *Novelas y crónicas*, op. cit., pp. 681-689 (1ª edición, 1943). Cita de la p. 687.

⁶⁵ J. A. Osorio Lizarazo, en *Novelas y crónicas*, op. cit., p. lxxvii.

s. En ello pudo parecerse Osorio a la chusma de su novela en torno al 9 de abril. Abandonado, inscrito apenas como fuerza laboral y excluido como escritor, reprodujo esa relación de bando que ha señalado Giorgio Agamben como torniquete que reúne al soberano y al despojado de toda dignidad humana en una suerte de estado (de naturaleza) originario de la ley (estado de excepción)⁶⁶. Lugar paradójico, donde algunos encuentran una reserva precaria de dignidad en el sufrimiento: “Lo terrible no es la miseria”, diría Osorio, “sino la inconformidad con que se padece”⁶⁷.

t. Soledad que obviamente habría rehusado comparaciones con cualquier encierro proustiano. Y que tendría que ver con el abandonado de toda dignidad humana –*homo sacer*–, como con el maldito que en los anales literarios interesa a Osorio⁶⁸: Verlaine, Nietzsche, Barba Jacob o el

⁶⁶ Giorgio Agamben, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Pre-textos, Valencia, 2003 (1ª edición en italiano, 1995; trad. A. Gimeno Cuspinera).

⁶⁷ Osorio Lizarazo, en *Novelas y crónicas*, op. cit., p. lxvi. Consecutivo a esta cita, Mutis Durán cita e informa alrededor de la vocación solitaria de Osorio.

⁶⁸ Malditismo no mistificado, consciente de la artificialidad el origen del término: “Paul Verlaine eligió para definir este martirio, gravitante sobre los años desde la infancia hasta la muerte, casi siempre prematura, el calificativo de ‘maldito’ que se aplicó a sí mismo y al grupo de poetas que marchaban por los caminos de la incoherencia”; “Dos poetas

cura Borges. En las páginas que dedica a Verlaine hallaríamos una clave para matizar el rechazo de toda alta cultura como estrategia del apóstol de la cultura nacional. Apartándose del imperativo misionero de levantar cualquier exclusión cultural, Osorio cita los versos de Verlaine en su idioma original. Ya esto nos indica un grado de compenetración que quizás olvida el precepto de la cultura nacional. Pero no quiere decir que Verlaine sea una elección alterna a Proust dentro de un canon de alta cultura. El poeta francés se señala, al final del ensayo del caso, como dado “no a la soledad sino a la compañía de inferiores, de los desconocidos que no aspiraban a hacerse reputaciones, ni presumían de su obra o de sus facultades intelectuales”⁶⁹.

u. Osorio habría permanecido fiel a la comunidad de su “infancia indigente”: “Por las salas de redacción de los periódicos liberales, por los cafetines y barrios extramuros, paseó durante muchos años su esquelética figura, su inteligencia y su mefistofélica figura”⁷⁰. Resalto la expresión *barrios extramuros* en estas palabras de

malditos de América”, en *Revista de América*, vol. 20, n° 62, pp. 317-332, Bogotá, 1950. Cita de la p. 317.

⁶⁹ J. A. Osorio Lizarazo, “En el centenario del pauvre Lelian”, en *Revista de las Indias 1936-1950*, Colcultura, Bogotá 1978 (edición original, 1944; reedición de Álvaro Miranda), pp. 143-160. Cita de la p. 160.

⁷⁰ H. Téllez, en *Novelas y crónicas*, op. cit., p. 692.

Hernando Téllez. Sugieren una vida secreta, una comunidad enigmática para la comunidad literaria. Un vínculo como el de Verlaine o Barba Jacob con el bajo mundo. Quizás sólo esto explique la impresionante transcripción de hablas populares en *El día del odio*, hecha a contrapelo de cualquier socio-antropología, pues frente a esta disciplina Osorio anticipa la crítica que evidencia en aquélla su complicidad con el poder.

v. No obstante, el torniquete maldito-soberano, chusma-soberano al cual se ve abocado Osorio, no sólo pone al escritor en el plano excepcional que le permite describir una ciudad y un país cuyas masas expuestas a la guerra civil o al acoso policial urbano habitan una versión andina y cuasi-informal de los *lager* nazis. No sólo da este escritor voz a estas víctimas. También se convierte en cómplice de la elemental soberanía. Incurre entonces en notables contradicciones. Es así como, en el origen de la nación colombiana, valora a Santander por encima del dictatorial Bolívar en términos que le adjudican al primero la “intuición de una república rigurosamente basada en un espíritu legal inexorable, de donde estuviesen ausentes, todo privilegio, toda violencia, toda expresión de fuerza”⁷¹. Pero

⁷¹ J. A. Osorio Lizarazo, “Colombia, donde los Andes se disuelven” (fragmento), en *Novelas y crónicas*, op. cit., pp.

también elogia a Franco y soslaya en éste sus nexos con el nazi-fascismo europeo porque pone talanqueras al totalitarismo comunista. Aquí o allá lamenta que el temor a la sindicación nazi-fascista corte las alas del anti-comunismo. Pero, por otra parte, a Laureano Gómez lo plantea exigiendo su promoción al “Ministerio de Relaciones Exteriores para rendir tributo a la delegación de los Estados Unidos y hacerse perdonar sus veleidades nazi-fascistas, muchas veces expresadas [...] cuando el Congreso liberal definía y confirmaba la posición de Colombia al lado de los aliados”⁷².

w. No he podido consultar el volumen osoriano dedicado a Trujillo, pero en *Bacilo de Marx* el dictador dominicano aparece como el campeón anticomunista que, fiel a las tradiciones democráticas de su país, se alinea contra el nazi-fascismo, equilibra capital y trabajo, desvanece los odios de clase e instaura un régimen solidario que inmuniza a toda una nación caribe frente a la amenaza del anárquico bacilo. Como si prefigurara una versión bizarra y aparentemente antagónica de la legendaria amistad de García Márquez y Fidel Castro, Osorio pone de manifiesto su fascinación con una soberanía que conecta a la base con la cúpula mediante la

629-677 (1ª edición en Santiago de Chile, 1955). Cita de la p. 630.

⁷² *Ibíd.*, p. 645.

anulación de esa cicatería intermedia en la cual medran los agitadores comunistas. Presunto testimonio de la consumación de un pacto mágico –sin mediaciones– entre el soberano y las capas afligidas.

x. Pero en la estela de Lucien Lévy-Bruhl el novelista de la chusma, tras subrayar que el primitivismo de la mentalidad mágica hace de las suyas con personajes de alta categoría social –quizás como él mismo, intelectual embrujado por quimeras dictatoriales–, procede a la crítica de las formas de soberanía comunistas fundadas en la mágica creencia campesina que explotan los agitadores al prometer la conversión automática del campesino “en el propietario de la tierra en donde es jornalero, en virtud a una relación inmediata de causa a efecto entre esta esperanza [...] y los actos revolucionarios que pueda cumplir”⁷³. Lo cual, entre otras cosas, induce al escritor a trazar un cometido a la novela realista: “mejorar” la mentalidad primitiva y “la aptitud para la lucha por la vida, eliminando las injusticias sociales sin llegar a los extremos revolucionarios y embusteros del comunismo”⁷⁴.

⁷³ J. A. Osorio Lizarazo, “Las mentalidades primitivas y la literatura realista”, en *Revista de las Indias*, vol. 30, n° 94, pp. 37-50, Bogotá, 1946. Cita de la p. 43.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 49.

y. Está el asunto del dolor. Sentimiento del maldito y de la chusma. O también pura condición física. En su aproximación a Nietzsche –según vimos– el dolor físico representa la fuente de una obra que comunica la “sensación poderosa que se experimenta ante los grandes fenómenos de la naturaleza”⁷⁵. El dolor es ponderado como resorte anarquista, a contrapelo de la censura de la anarquía/el comunismo⁷⁶. Me atrevo a reiterar la hipótesis de que, tras la condena de los procedimientos de agitación comunista y su cristalización estalinista, Osorio hace gala de un elemento de lucidez profética del cual carece en cambio su elogio de la inmunización dictatorial trujillista (una que en lugar de desembocar en cualquier balanceada ecuación capital-trabajo lo hiciera en un país paupérrimo) o, hasta cierto punto, su novela de ciencia ficción sobre Barranquilla⁷⁷. La crítica del comunismo, como la del Gaitán reducido a

⁷⁵ “El dolor físico...”, op. cit., p. 105.

⁷⁶ Cf. ibídem, p. 106 y literal b, *supra*.

⁷⁷ La escenografía de *Barranquilla 2032* (Tipografía Delgado, Barranquilla, 1932) no parece corresponder a lo que hoy pensaríamos como futurología verosímil, dado el lugar central de una avioneta –no importa cuán ultramoderna– en pleno 2032; podría concederse, sin embargo, cierto profetismo a la fecha del 2000 como culminación de la des-civilización –considerado el actual conflicto bélico entre los fundamentalismos islámicos y cristianos, el armamentismo norcoreano, el capitalismo desaforado, o los periódicos genocidios en Rwanda, Sudán, Bosnia, Colombia, etc.

capitán de manzanillos, tiene como blanco a esa sórdida burocracia socaliñera que él conoció de primera mano y que hoy Slavoj Žižek equipara, refiriéndose a sus manifestaciones capitalistas –equipos de trabajo y burós empresariales–, a las *nomenklaturas* estalinistas afianzadas –antes que en la propiedad– en un terreno de agarradas camarillas que monopolizan privilegios⁷⁸. Pero este ataque satírico tiene como contraparte un elemento cínico identificado con el poder. En ocasiones resulta difícil creer que el autor de *Bacilo de Marx* y el de *Gaitán. Vida, muerte y permanente presencia* sea el mismo. Porque si bien el primer texto presenta el *statu quo* de los Estados latinoamericanos bajo la manipulación de los empréstitos y las corporaciones norteamericanos –algo señalado también en el segundo texto–, la ignominia del elitismo excluyente que en *Gaitán* se presenta como parte esencial de este tipo de relación con los Estados Unidos, *Bacilo* la desdibuja hasta transformarla en escuálida secuela de la agitación comunista. Y el Estado colombiano que un texto perfila en términos criminales, aparece en el otro como una entidad cuyos cometidos de moral se ven saboteados hasta degenerar en una guerra intestina por obra de la pernicié comunista.

⁷⁸ Cf. Slavoj Žižek, *A propósito de Lenin: política y subjetividad en el capitalismo tardío*, Atuel, Buenos Aires, 2004 (1ª edición en alemán, 2003; trad. S. Waingarten), pp. 132-133.

z. En efecto, *Bacilo* caracteriza a Colombia como “una nación idealista en sus instituciones, celosa de sus libertades y sujeta a un espíritu jurídico estricto, arruinada por el maldito bacilo”⁷⁹. Y mientras que en *Gaitán* el *continuum* colombiano de guerras civiles aparece como trasfondo a la vez inmediato y remoto en la vida del elocuente demagogo, *Bacilo* da a entender que la violencia intensificada entre 1946 y 1953 no responde tanto a ese estado de excepción convertido en regla⁸⁰, cuanto a los agitadores marxistas incluidos en dicho estado endémico, a partir del gobierno del presidente López Pumarejo. Los agitadores se perfilan así como delegados del así llamado camarada-presidente, más allá o más acá del orden jurídico. Aquí aparecen nítidas las contradicciones de Osorio: se ufana de la herencia santanderista colombiana, de la nación legal, y sufre al verla amenazada por el bacilo marxista; pero al mismo tiempo perfila a Franco, Getulio Vargas, Pérez Jiménez o Trujillo como campeones y aun mártires (Vargas) de la heroica resistencia al pernicioso microorganismo. A estos

⁷⁹ *Marxian Bacillus*, op. cit., p. 174.

⁸⁰ En una expresión bastante literal de los términos más figurados de Walter Benjamin en su octava tesis de filosofía de la historia. Cf. “Sobre el concepto de historia”, en *La dialéctica en suspenso: fragmentos sobre la historia*, Lom, Santiago de Chile, s.f., pp. 45-67 (1ª edición en alemán, 1940; traducción, introducción y notas de P. Orzayún Robles).

dictadores y a su estado de excepción otorga Osorio todo el crédito posible como guías nacionales en una senda del progreso de la justicia. A Gaitán –su alguna vez denigrado capitán de manzanillos– lo ubica en un sendero paralelo, como fallido conductor de la creciente “truculencia popular”⁸¹ derivada del régimen de desigualdades fomentado por los agentes comunistas. La ruina económica que los dictadores habrían de representar para sus naciones no la ve Osorio más que en el caso de Juan Domingo Perón, quizás porque, pese a sus medidas anticomunistas, mantuviera relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Y si bien a Pérez Jiménez lo ve peligrosamente alejado del pueblo miserable que cohabita con la magnificencia de su arquitectura faraónica, de un plumazo también le otorga la credencial de campeón del “mejoramiento y progreso”⁸². El Gaitán en el cual Osorio el biógrafo deplorara un complejo de abogado, reaparece en *Bacilo* abocando “el profundo problema de las clases deprimidas desde el punto de vista de la justicia y la compasión humana”⁸³. La no-mención del derecho parece colocar a este líder en las alturas soberanas del conjunto de dictadores sindicados

⁸¹ *Marxian Bacilus*, op. cit., p. 172.

⁸² *Ibíd.*, p. 174.

⁸³ *Ibíd.*, p. 172.

de nazi fascismo debido a la firmeza de su anticomunismo⁸⁴.

aa. A la serie de déspotas intachables opone Osorio personajes de su país como el rector de la Universidad Nacional visto frecuentemente en Moscú o como un literato nonagenario que recibe el premio Stalin en 1953⁸⁵. Esta legitimidad intelectual de los militantes o simpatizantes del comunismo encuentra expresión superlativa en México; allí “un manto de investigación científica sirve para centralizar la dirección modernista de la penetración doctrinaria e intelectual” marxista⁸⁶. En países como Colombia, por otro lado, un cándido liberalismo, platónico, romántico y utópico hereda la mentalidad elemental de Murillo Toro, quien proponía armar al pueblo para coartar así cualquier abuso de los gobernantes⁸⁷. Así resume Osorio el período entre 1946 y 1958: a la intensificada desigualdad social y al asesinato de Gaitán los sigue una benévola pero incompetente dictadura a la cual remata un liberalismo delirante que, por omisión, resulta similar al ingenuo populismo de Murillo Toro.

⁸⁴ Cf. *ibídem*, p. 178.

⁸⁵ Cf. *ibídem*, p. 172.

⁸⁶ *Ibídem*, p. 110.

⁸⁷ Cf. *ibídem*, p. 173.

bb. Lo que sorprende aquí es cómo la cabeza visible de ese liberalismo pelele denunciado en *Bacilo* hace las veces de *ghost-writer* o competente ideólogo del camarada-presidente en *Gaitán*. En esta biografía, el camarada-presidente, López Pumarejo, no aparece solamente en tanto aliado del comunismo; brilla sobre todo como ejemplar paradigmático de los presidentes aristócratas – liberales o conservadores– menospreciadores de la chusma: López emerge como intrigante rival y autor de socaliñas que perjudican a Gaitán y descolla además –en el citado tomo biográfico– como amigo-enemigo íntimo de la cabeza visible de la extrema derecha colombiana.

cc. No es difícil soñar una conversación con Osorio, parecida a la que tiene lugar en la película mexicana *El Bulto*⁸⁸, cuando un personaje despierta tras veinte años vegetativos iniciados al compás de una manifestación estudiantil en el curso de la cual aparentemente lo han descerebrado: de sus antiguos compañeros, una porción considerable milita ahora en las filas de las corporaciones capitalistas. Sin ir tan lejos, ¿podría reír Osorio, al ver a aquellos antiguos militantes de izquierda convertidos en juiciosos burócratas del sector oficial –funcionarios universitarios o cuasi científicos incluidos–

⁸⁸ Dirigida en 1991 por Gabriel Retes (Cooperativa Conexión, S. C. L. y Cooperativa Río Mixcoac).

cuando no en estelares ejecutivos del sector privado? ¿Qué diría, por ejemplo, del guerrillero que secuestrara a un grupo de diplomáticos en una embajada, transformado –lustros después– en adúlador incondicional de un Presidente de derecha? ¿Cómo podría sostener sus teorías tras el derrumbe de la cortina de hierro? ¿No le quedarían entonces más que las cartas de su desprecio a los manzanillos, por un lado, y a la agitación oportunista, por otro? ¿Y podría decir algo acerca de la feliz coexistencia del presidente autoritario con el ex agitador comunistoide?

dd. No hay duda de que Osorio nos sorprendería con su trazo goyesco, templado en su dibujo del horror simple y natural de los despojos humanos de la sociedad. Y aunque compasivo también con el pequeño y acosado burócrata, seguramente dibujaría a estos funcionarios de la nueva *nomenklatura*, del nuevo capitalismo, con un trazo goyesco desprovisto de cualquier elemento catártico (sin horror compasivo).

ee. De ser así, desprovistos de estatura trágica, los engendros del notablato burocrático se verían esbozados de manera quínica, satírica, con una irreverencia paradójicamente emplazada en la suprema altura, retratados por alguien que mira desde un no-lugar, desde un ámbito excluido de las determinaciones sociales, desde una altura

soberana, tan excepcional como la bajeza de los despojos humanos, abandonados de la ley y acosados por todos. Tendríamos aquí a un dictador satírico, a una especie de Nerón literario en su *domus aurea*: a una mordacidad fraguada en la familiaridad con lo supremamente bajo. Osorio incluido-excluido, surgido de interminables peripecias, asilado perenne, nunca plenamente acogido. Espejo de Gaitán en los gobiernos liberales.

ff. No se parecería Osorio así en nada al Baudelaire de *Las flores del mal*, tipificado por Walter Benjamín⁸⁹. Su perfil invertiría más bien el de Rimbaud, ateniéndonos a las palabras que le dedica: "Rimbaud siguió su vida; mozo de cuerda en Java, cargador de marinería, comerciante en África, jamás escribió de nuevo"⁹⁰. Osorio, mozo de cuerda en..., cargador de... Así podría rezar una descripción de sus peripecias de bachiller altivo, de bruces contra el orden que lo incluye excluyéndolo. No hay perspectivas de

⁸⁹ "Lo decisivo es: cuando Baudelaire describe la depravación y el vicio, siempre se incluye. No conoce el gesto del satírico. Ciertamente, esto sólo se aplica a las *Fleurs du mal*, que en esta postura se evidencian totalmente distintas de los escritos en prosa"; Walter Benjamin, "Zentralpark", en *Cuadros de un pensamiento*, Imago Mundi, Buenos Aires, 1992 (1ª edición en alemán, 1939; trad. S. Mayer), pp. 173-213. Cita de la p. 211.

⁹⁰ Osorio Lizarazo, "En el centenario...", op. cit., p. 151.

carrera universitaria para él, no importa que se haya distinguido hasta el punto de incitar a eminentes compañeros suyos –futuros retóricos y oradores– a adueñarse de la autoría de alguno de sus escritos estudiantiles. Entonces, mozo de cuerda en... y finalmente, en la noria del empleo público y luego en “extraños viajes casi interplanetarios de los cuales venía a saberse, al cabo de los tiempos, que el desaparecido estaba descansando de sus fragilidades físicas y de sus debilidades intelectuales, en la sala de un sanatorio”⁹¹ como el Verlaine que él mismo nos describe adicto al abandono de los hospitales.

gg. Pero también aparece Osorio “a la sombra de una dictadura tropical, eventualmente benévola con su talento”⁹², como el Barba Jacob que él nos describe esteta y rufián, basculando entre “súbitas y breves magnificaciones [...] de príncipe asiático”⁹³ e insolentes imploraciones. Como un Rimbaud invertido, primero mozo de cuerda o aventurero y finalmente soberbio que no para de escribir, Osorio elige a Verlaine, criatura de excepción del canon literario francés, miembro de una comunidad de tipos sociales insignificantes. De este amigo de lo abyecto exalta, conmovido, “hasta las lágrimas, esa urgencia que

⁹¹ Téllez, en *Novelas y crónicas*, op. cit., p. 693.

⁹² *Ibídem*.

⁹³ “Dos poetas...”, op. cit., p. 324.

tenemos, todos los que escribimos mal o bien, de ser sinceros”⁹⁴.

hh. A Verlaine lo plantea Osorio como paradigma de dos malditos hispanoamericanos: Barba Jacob y el cura Borges. Este último reproduce los vaivenes entre el erotismo profano y el arrebatado misticismo del francés; y es a propósito de este personaje que Osorio formula “la voluntad inerte como un pájaro herido”⁹⁵ del maldito. El yo débil, expuesto, termina a merced de las fuerzas de la metamorfosis: rufián y esteta, don Juan y monje. Quizás quepa ampliar esta serie con un personaje procedente de las crónicas osorianas como Biófilo Panclasta: “Panclasta era anarquista y se había unido a toda esa chusma de harapientos, de criminales y de rufianes que estaban tratando de asesinar a su majestad Imperial Alejandro de Rusia, derruir los tronos y gobiernos que significaban la civilización y poner en vigencia todas las teorías monstruosas del judío barbudo que se llamaba Carlos Marx”⁹⁶. A este santandereano heterodoxo lo topa Osorio despojado al final de su vida, arrastrando “una ancianidad miserable por los tugurios más

⁹⁴ “En el centenario...”, op. cit., p. 160.

⁹⁵ “Dos poetas...”, op. cit., p. 325.

⁹⁶ “Biófilo Panclasta, el anarquista colombiano, amigo y compañero de Lenin, que conoció los horrores de la estepa de Siberia”, en *Novelas y crónicas*, op. cit., pp. 364-370 (1ª edición en *El Tiempo*, Bogotá, 1940). Cita de la p. 366.

insólitos de la urbe, entre mendigos y vagabundos sin nombre definido”⁹⁷. Como Barba Jacob, sólo tiene su miseria al final de la vida. Y a diferencia del elemento bolchevique en la chusma de criminales y rufianes rusos, su destino riñe con cualquier *nomenklatura*. Aun más: Panclasta sugiere un diagrama de la revolución cercano al derrideano acontecimiento por venir, cuyo elemento mesiánico traicionan las ontologizaciones y *nomenklaturas* que engranara Vladimir Ulianov, antiguo compañero de Panclasta: “El absurdo de Lenin –me decía el anarquista santandereano– consistió en que quiso llevar a la práctica los ideales. El hombre debe vivir de ideales y no de hechos. ¿Qué queda de un ideal cuando está reducido a un hecho práctico? ¿Cómo se puede seguir luchando por él?”⁹⁸

ii. Perdido a la hora de su muerte en el garito de la chusma, Panclasta confirma que su vínculo con los agitadores entregados a “derruir los tronos y gobiernos que significaban la civilización”⁹⁹ sólo tiene vigencia a la hora del atentado contra la instancia soberana. Algo que nos retrotrae a Agamben y el *homo sacer*. El magnicidio es más que homicidio, la disposición de la vida del despojo humano, menos que

⁹⁷ Ibídem, p. 370.

⁹⁸ Ibídem, p. 367.

⁹⁹ Ibídem, p. 366.

homicidio. El anarquista que ama la vida, declarándose demoledor de todo orden, ocupa un lugar abandonado de todo marco jurídico, como chusma alterna al proletariado ontológico de Marx, figura o carencia de figura representativa de “una posición que es la disolución de todas las posiciones”¹⁰⁰. Una vez más me parece factible proponer una afinidad electiva entre el tema de la escritura crónica osoriana y su postura química-cínica¹⁰¹.

¹⁰⁰ Marx “sostiene [en la Introducción a su *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*] que la única salvación posible para Alemania, y por lo tanto para el mundo, estriba en la ‘formación de una clase con cadenas radicales, una clase de sociedad civil que no es una clase de la sociedad civil, una posición que es la disolución de todas las posiciones, una esfera que tenga un carácter universal en virtud de su sufrimiento universal y no pretenda tener ningún *derecho particular* porque la *injusticia* que se perpetra contra ella no es *particular* sino general; una clase que no puede invocar ya ningún título histórico, sino sólo un título humano”;

Furbank, *Un placer inconfesable...*, op. cit., pp. 87-88.

¹⁰¹ A lo largo del presente trabajo recurro a la diferenciación cinismo-quinismo elaborada por Peter Sloterdijk, quien reserva el término *quinismo* para las bajas insolencias, características de Diógenes y otros filósofos *perros*, en sus tratos con el poder; cf. *Critique of Cynical Reason*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1987 (1ª edición en alemán, 1983; trad. M. Eldred). Ahora, una vez que el poder mismo se permite la insolencia, el término *cinismo* termina refiriéndonos a esa extraña circunstancia de auto-inmunidad de un dominante capaz de pasarse al campo de sus opositores. Piénsese en el primer George Bush como comparsa de su corrosivo imitador en el programa

jj. Pero surge aquí el asunto de los términos cargados, “chusma” o “judío barbudo”. Si diecinueve años después sabremos lo abominable que resultan para Osorio los agitadores y ya en 1940 verificamos su amor por la sufrida y vapuleada chusma, ¿cómo interpretar estos términos?: ¿Ironía cariñosa (sic)? ¿Desprecio? ¿Antisemitismo?

kk. Si reducimos lo anterior a manifestaciones características de un ánimo fascista, no sería comprensible el tono afectuoso que exuda la crónica sobre Panclasta. Supongamos sin embargo que es arrolladora dicha corriente fascistoide. ¿No sería explicable ésta en virtud del nexo entre el despojo humano y el soberano? ¿No podría citarse aquí la crónica sobre ‘Cuchuco’, el feraz y festivo embolador que a

televisivo *Saturday Night Live*. Sloterdijk acuña el término *quinismo* para diferenciar esta pseudo humorística inverecundia del originario gesto cómico-satírico y hedonista de Diógenes.

El crítico de la razón cínica se pregunta si en la instancia del cinismo contemporáneo puede aún hablarse de algún poder opositor. Porque el nuevo cinismo señala hacia esa postura ambivalente que descrece de sus propias mistificaciones sin tener el coraje de abandonarlas. Para el neo-cínico el ideal y sus ingenuos seguidores se vuelven intolerables, pero la vaga mistificación permanece aún como objeto de sus ocasionales reverencias (de dientes para afuera). Algo en las antípodas de la vida sencilla de los filósofos *perros*, negados a los hedonismos hipotecados, controlados y cancelados por las grandilocuencias institucionalizadas.

partir de una insolencia se convierte en cuasi-bufón y favorito del dictatorial Rafael Reyes?¹⁰²

II. De cualquier forma, el despojo humano sufre. Y dicho sufrimiento lo señala Osorio como lo esencial de cualquier obra: “Mas para hacer una obra perdurable es necesario haber vivido. Vivir es padecer, es decir, haber padecido. La sensibilidad del escritor sólo debería reaccionar ante el sufrimiento, porque el mundo está abrumado de dolor y este dolor hay que arrancarlo. Describirlo para remediarlo”¹⁰³.

Es factible que la criatura de excepción osoriana, de cuya naturaleza participara su enunciador, viva la exclusión inclusiva del *homo sacer*, y que su precaria deambulación por el mundo del lujo y la civilización sea exactamente eso: una fugacidad condenada. De ahí los bandazos entre la ideología autoritaria/dictatorial y aquella otra que declara protagonista histórica a la chusma insumisa nacida durante la revolución francesa: la identificación paralela con el muerto viviente dictatorial y con el muerto viviente despojado, con la instancia despótica y con la vida humana radicalmente encadenada (excluida-incluida) que Marx confundiera con el proletariado industrial.

¹⁰² J. A. Osorio Lizarazo, “Cuchuco”, en *Novelas y Crónicas*, op. cit. (1ª edición, 1940), pp. 371-375.

¹⁰³ Osorio Lizarazo, en *Novelas y crónicas*, op. cit, p. xxv.

Si Osorio habla de amor y de odio social, de amor surgido del dolor y de odio atizado por los oportunismos agitadores (*Bacilo de Marx*) o de odio que des-endurece, lo hace quizás como una criatura de excepción, con la voluntad de un pájaro herido. Una fiera acosada, un coloso, un muerto viviente. Odio y amor no son así tanto emociones del estatus cuanto del no-estatus. Y las emociones del estatus pueden quedar reducidas, de este modo, a la sátira quínica o a la complicidad quínica del Osorio civilizado: emociones sociales de una criatura precaria.

Asimismo, es factible que las únicas emociones del estatus correspondan a aquellos que Primo Levi considerara presas del “síndrome del poder permanente y certero: la visión distorsionada del mundo, la arrogancia dogmática, la necesidad de adulación, el aferrarse convulsivamente al puesto de mando, el desprecio de las leyes”¹⁰⁴. De un síndrome tal no puede sindicarse a Osorio; apenas resulta sospechoso de uno de sus rasgos: el de arrogancia dogmática.

¹⁰⁴ Primo Levi, *Los hundidos y los salvados*, El Aleph, Barcelona, 1989 (1ª edición en italiano, 1989; trad. P. Gómez Bedate), p. 86.

Revisaré a continuación algunos puntos de partida-llegada de mi lectura de Osorio.

Relato crónico

Los *relatos crónicos*, que constituyen versiones biográficas o noveladas del pasado, aun del pasado reciente, afiliadas inevitablemente al benjaminiano burdel historicista del “érase una vez”¹⁰⁵ tienden a una recreación melancólica de alguna vivacidad del pasado.

Pero, asimismo, el juego entre descarnada mirada clínica y recreación melancólica (*recreación* [“érase una vez”] en el doble sentido de entretenimiento y reconstrucción con/del pasado) puede someterse a una *dialéctica saturnina* y degenerar en esa capacidad visionaria que Benjamin habría señalado en los alegoristas del barroco. Las preguntas entonces serían las siguientes: en la medida en la cual Osorio expresa el punto de vista del vencido, ¿libra a sus relatos de la empatía con el vencedor? ¿Vincula su melancolía con el duelo patológico del alegorista barroco antes que con la recreación nítida y espléndida de la melancolía historicis-

¹⁰⁵ Cf. Benjamin, “Sobre el concepto de historia”, op. cit., tesis XVI.

ta?¹⁰⁶ ¿Burla así la *sagacidad melancólica* de nuestros días (de nuestra seriedad mentirosa, apoyada en un duelo abúlico, crónico antes que patológico)?¹⁰⁷ ¿Se distancia Osorio radicalmente del melancólico cortesano que prefigura en el barroco al cínico contemporáneo (siempre adaptado a las inestables circunstancias)?¹⁰⁸ ¿Sugeriría el poder alegórico y caricaturesco¹⁰⁹ de ciertas imágenes de Osorio una profunda melancolía, alejada del tedio y la depresión a

¹⁰⁶ Sin olvidar que esta melancolía, así como la plantea Benjamín afiliada a la empatía historicista, da lugar a cuadros que eventualmente abandonan su *falsa vivacidad* para saltar del *continuum* histórico; cf. Benjamin, *La dialéctica en suspenso...*, op. cit.

¹⁰⁷ Cf. Sloterdijk, *Critique of Cynical Reason*, op. cit, p. 5.

¹⁰⁸ Acerca de la inestabilidad del cortesano barroco, “traidor por naturaleza [...] siempre dispuesto a pasarse al campo del vencedor”, véase también Roger Bartra, *El duelo de los ángeles. Locura sublime, tedio y melancolía en el pensamiento moderno*, Pre-textos, Valencia, 2004, p. 158, quien elabora a partir de Benjamin

¹⁰⁹ Según lo ha recalcado Angus Fletcher (*Allegory. The Theory of a Symbolic Mode*, Cornell University Press, Ithaca, 1964), la caricatura comparte los rasgos simplificadores y esquematizantes de la alegoría. El caso de Osorio –dado lo naturalista (en términos fletcherianos, mimético) de algunas de sus descripciones–, difícilmente podría plantearse como caricaturesco. No obstante, si examinamos la cosmética de sus personajes, descubrimos en ella lo mismo que Fletcher descubre en la de Zola: la intención alegórica del detalle documental. Los personajes de Osorio, tanto ficticios como documentales, participarían de características alegórico-caricaturescas.

secas, separada de ese resplandor abúlico y opaco de la modernidad que desconoce lo “brillante [del] sol negro de la melancolía”?¹¹⁰ ¿Participa Osorio de la *dialéctica saturnina* de Benjamin? ¿Se sume en lo abismal de un duelo visionario para escapar a la empatía clínica con el vencedor de turno? ¿Transmuta una perniciosa melancolía en atronador lamento de las víctimas?

¿O es la empatía con el vencido el subterfugio de una empatía con el carácter supremo del vencedor, con el estado de excepción como regla? ¿Cómo conciliar la mirada compasiva y descarnada al despojo humano con el elogio fascinado de una serie de dictadores tropicales?

Estos interrogantes surgen de la óptica aquí empleada para leer a Osorio. Su lente pone en primer plano las animosidades del estatus, que en la sociología incoada por Norbert Elias se han planteado como zona inexplorada desde el punto de vista de una sociogénesis de las emociones¹¹¹. El ámbito de la escritura crónica osoriana nos brinda así una oportunidad de observar algunas expresiones reiterativas, similares por eso a la

¹¹⁰ Cf. Bartra, *El duelo de los ángeles...*, op. cit., p. 162.

¹¹¹ Cf. Cas Wouters, “Sobre la sociogénesis de una *tercera naturaleza* en la civilización de las emociones”, en V. Weiler (editora), *Figuraciones en proceso*, Fundación Social, Bogotá, 1998 (trad. J. Cortés), pp. 194-226; cf. p. 222.

iteración *fractal*¹¹², redundante e irregular¹¹³, de un tono emotivo populista, mediante expedientes como el de la ironía que pretende asumir el punto de vista oligárquico. Tal ironía no conseguiría salvar plenamente la empatía con el poder¹¹⁴, sugiriéndonos que una empatía con el vencido no necesariamente supera las canonizaciones de los actores históricos protagónicos del historicismo criticado por autores como Benjamin. Existiría más de un nexo entre populismo y tiranofilia, ironía y espíritu serio, derecha e izquierda, obscenidad y poder.

Sociedad homogénea-Sociedad escindida

¹¹² Cf. Benoit Mandelbrot, *La geometría fractal de la naturaleza*, Tusquets, Barcelona, 1997 (1ª edición en inglés, 1977; trad. J. Llosa).

¹¹³ Propongo aquí dos ejemplos que plantean variaciones y recurrencias de emociones críticas del estatus en *Gaitán*: 1) Gaitán “perfeccionó sus métodos de perfección exaltando su orgullo y el ligero menosprecio con que trataba a aquellos de sus discípulos más opulentos”; *Gaitán...*, op. cit., p. 85. 2) “el espectáculo que encontró en Perú pudo parecer reconfortante al reconsiderar la situación de Colombia, donde el indio, al mestizarse, adquirió la arrogancia y conciencia y donde un espíritu revolucionario habíase estructurado sobre una aspiración de justicia, teórica pero penetrante”; *ibidem*, p. 208.

¹¹⁴ Cosa que podremos apreciar al ponderar las consideraciones de Furbank, op. cit, durante nuestra lectura de *El día del odio*. Cf. *infra*, “Asedio, odio y deshonor en *El día del odio*”.

La ley está excluida del sistema sobre el cual ejerce jurisdicción. La medida común tiene paradójicamente, un origen no común: en un lugar trascendental del cual obtiene todo su poder. Lo homogéneo está, por lo tanto, por definición, bajo el dominio de lo heterogéneo y la ley está fuera de la ley; constituye apenas un crimen conservado-relevado (*aufgehoben*). En el corazón de la existencia social, asegurando la cohesión del grupo, rige un crimen espantoso.

Denis Hollier¹¹⁵

Ponderar lo inevitable de una ley-fuera-de-la-ley puede aproximar la perspectiva de la soberanía de Georges Bataille con la de Giorgio Agamben, quien considera problemática la identificación de Bataille con el mitologema de lo sagrado-tremendo, tratándose de una cuestión –la soberanía\lo sagrado– que demanda una interpretación antes política que religiosa¹¹⁶. Considero que un punto no discordante entre la elaboración de Agamben y la de su precursor cuestionado, lo constituiría la consideración batailleana de una sociedad cuya “base de homogeneidad es la producción y cuya exclusión

¹¹⁵ Denis Hollier, *Against Architecture: the writings of Georges Bataille*, M.I.T. Press, Cambridge, 1992 (1ª edición en francés, 1974; trad. B. Wing), p. 124.

¹¹⁶ Cf. Agamben, *Homo Sacer. El poder...*, op. cit., pp. 98-99.

de todo elemento inútil no lo excluye de la sociedad total sino de su parte homogénea". Cosa que da lugar a esa zona de excepción constituida por "formas heterogéneas"¹¹⁷.

Cierto momento del proceso urbanizador latinoamericano (según la historiografía de José Luis Romero¹¹⁸) también nos refiere a una pugna entre lo homogéneo y lo heterogéneo: la escisión que excluye a lo segundo de lo primero, aunque no de la sociedad, se presenta como el choque entre dos bloques compactos, el del lujo barroco de la sociedad "normalizada", contemplado desde los rancheríos de la sociedad *anómica*¹¹⁹. Pero con el tiempo, esa parte espectadora, anómica, heterogénea, comienza a afectar a su contraparte gobernante y normalizada; la masificación, el número, propina un "shock originario"¹²⁰ que trastorna los protocolos habituales. Sectores de lo heterogéneo se disuelven en una nueva versión de lo homogéneo. El poder normaliza o domestica a sus contradictores iniciales.

¹¹⁷ Cf. Georges Bataille, "La estructura psicológica del fascismo", en *El estado y el problema del fascismo*, Pre-textos/ Universidad de Murcia, Valencia, 1993 (1ª edición en francés, 1933-1934; trad. P. Guillem Gilabert), pp. 9-43. Cita de la p. 15.

¹¹⁸ *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, México, 1984 (1ª edición, 1976); p. 343.

¹¹⁹ *Ibidem*.

¹²⁰ *Ibidem*, p. 349.

En la perspectiva de Agamben –y acaso también en la de Bataille–, lo anterior cabría verlo de otro modo. La anomia siempre habría constituido a la sociedad *normalizada* (o a la *parte homogénea* de Bataille). En el origen del derecho encontramos el estado de excepción, de suerte que las elites tradicionales pueden no ser otra cosa que un séquito de ese personaje que “en la persona del soberano, el licántropo, el hombre lobo para el hombre, habita establemente en la ciudad”¹²¹; dichas elites participarían del elemento soberano de cara al expósito, al inmigrante, a aquél que participa desventajosamente de esa anomia que resulta ventajosa para el dictador. El efecto informalizador del sector anómico no sería otra cosa que el despertar de un elemento constitutivo, alojado en lo profundo de toda formalidad, legal, jurídica o derivada de ésta (*v. gr.* indumentaria).

No es de extrañar así que la decapitación de la cabeza visible de una masa *semi-subjetivada*, ocurrida en Bogotá el 9 de abril de 1948, haya intensificado dramáticamente algo crónico-habitual (el estado de excepción que es regla), recordándonos la *vis* espectacular del estado de excepción de duración limitada: “La transformación en licántropo corresponde perfectamente al estado de excepción, en el que mientras se mantiene su duración (necesariamente limitada)

¹²¹ Agamben, *Homo sacer. El poder...*, op. cit., p. 139.

la ciudad se disuelve y los hombre entran en una zona de indistinción con las fieras”¹²².

El hombre lobo, o su séquito de las elites excluyentes, propiciaron un estado de excepción-regla cuya culminación fue el 9 de abril, no tanto por la factible participación de tal instancia soberana en el asesinato de Gaitán, cuanto porque al fungir como anfitriones de la Conferencia Panamericana, extremaron las medidas de excepción que ya eran regla: escasearon aún más los víveres y aumentó el acoso policial, según relata *El día del odio*. De ahí a otorgar a Gaitán el carácter de *tribuno* (calificativo recurrente para este personaje en la biografía de Osorio) hay un solo paso: “La inviolabilidad del tribuno se funda, en rigor, sólo en el hecho de que, en el momento de la primera secesión de los plebeyos, éstos juraron vengar las ofensas inferidas a sus representantes, considerando a su culpable como *homo sacer*”¹²³. Esto explicaría el destino del presunto asesino material del *tribuno* (Roa Sierra) como el de un no-sacrificable, un muerto-viviente cuya liquidación replica a la de Gaitán: por un lado un magnicidio, por el otro un menos-que-homicidio.

Fisio-gnómica del poder y la infamia

¹²² *Ibíd.*

¹²³ *Ibíd.*, p. 109.

La masa *semi-subjetivada* a la cual acabo de hacer referencia constituye una preocupación de Peter Sloterdijk¹²⁴. Este autor nos refiere a la naturaleza cínica del mundo contemporáneo en tanto “falsa conciencia ilustrada” (o falsa conciencia iluminada)¹²⁵. Desilusionado por la modernidad, forzado a reconocer como quimera la ilustrada autonomía del sujeto, el mundo post-nietzscheano¹²⁶ habría optado por asumir la falsedad con un espíritu serio.

La estructura cínica contemporánea contrasta con el cinismo de Diógenes, para el cual reserva Sloterdijk el término *quinismo*.

Osorio tendría el perfil de un iluminismo de raigambre quínica en el cual la razón y la voluntad se expresan en connivencia con lo no-volitivo e irracional, dando lugar a “un simple poder-ser inteligente”¹²⁷.

¹²⁴ *El desprecio de las masas. Ensayo sobre las luchas culturales en la sociedad moderna*, Pre-textos, Valencia, 2002 (1ª edición en alemán, 2000; trad. G. Cano).

¹²⁵ Sloterdijk, *Critique of cynical reason*, op. cit., p. 6.

¹²⁶ “[D]espués de Nietzsche, no cabe ya pensar en una teoría de la cultura que no sea conciente de la existencia de ironías fundamentales. [...] Nietzsche] localizó [...] el fenómeno creativo, fingidor, mentiroso en el evento mismo de la vida”; Peter Sloterdijk, *El pensador en escena. El materialismo de Nietzsche*, Pre-textos, Valencia, 2000 (1ª edición en alemán, 1986; trad. G. Cano), p. 162.

¹²⁷ *Ibidem*, p. 102.

Es posible, sin embargo, que algunos de estos tragicómicos cuadros fisio-gnómicos abandonen el humor negro para asumir cierto carácter sacerdotal, cierta prédica que se apodera del verbo cortante, vinculando a Osorio con el neocinismo de un grandilocuente y patográfico *esprit de sérieux*¹²⁸. Pero ¿puede acaso decirse de las *fisiognomías* osorianas, razonables-cruels cuadros sinópticos de escenas y personajes, febriles imágenes de los estatus extremos en Colombia a mediados del siglo XX, sean de factura burguesa?

Sea como fuere, resulta evidente que los *relatos crónicos* de Osorio proponen una consideración *fisio-gnómica* tanto de los estrados del alto poder como de los abyectos escenarios de la infamia social¹²⁹. En línea con Sloterdijk, ello supone un conocimiento íntimo y sensual, antes que objetivo y distanciado, de estas abigarradas fisonomías. Y en efecto, los personajes de *El día del odio* son descritos por su autor con una nitidez imaginística prodigiosa, aquella que induce a Santiago Mutis a comparar el placer de su lectura de Osorio con la euforia sutil de una fruición pictórica¹³⁰. Y ya que

¹²⁸ *Ibíd.*, p. 135.

¹²⁹ Aquí esbozo una emergente o particular noción de lo fisio-gnómico, basándome en los gnómicos enunciados de Sloterdijk; cf. *Critique of cynical reason*, op. cit, pp. xxx, xxxi, 139, 384.

¹³⁰ Quizás pueda asociarse igualmente este pictoricismo a una fruición menos refinada, a una euforia poco sutil: al gigantismo sensacionalista, fundado en acontecimientos de

citamos este parangón, aquí podría proponerse otro: así como Sloterdijk imagina a Kant jugándole una broma a los partidarios de lo vital y lo atlético mientras esconde a un espigado titán en un hombrecito hipocondríaco y encorvado¹³¹, la mefistofélica y esquelética figura de Osorio (en los términos antes citados de Hernando Téllez) podría esconder a un glotón fisiognómico, a un obeso Nerón plácidamente instalado en la contemplación de la infinidad de grutescos de su *domus aurea*, a un sibarita fisonómico disimulado en la figura de una plumífera sabandija.

No en vano la literatura crónica osoriana revela un caso particularmente dramático de esa pulsión de poder/de muerte que Freud y Einstein asociaran a las clases gobernantes nacionales (o a una “clase espontáneamente soberanista”, dispensadora y provocadora de “la necesidad de odiar y aniquilar”¹³²). Osorio habría planteado esta escena soberanista al lado de la perversa y justificable duplicación de la misma en las clases infames. Si recurrimos a Agamben, su caso

actualidad, de una tela como *La balsa de la Medusa* de Géricault, con su patográfica sangre fría, folletinesca y veloz; cf. Paul Virilio, *El arte del motor. Aceleración y realidad virtual*, Manantial, Buenos Aires, 1996 (1ª edición en francés, 1993; trad. H. Pons).

¹³¹ Sloterdijk, *Critique of cynical reason*, op. cit., p. xxx.

¹³² Jacques Derrida, *Estados de ánimo del psicoanálisis. Lo imposible más allá de la soberana crueldad*, Paidós, Buenos Aires, 2001 (1ª edición en francés, 2000; trad. V. Gallo), pp. 33-34.

establece el paralelismo entre el estado de excepción del poder soberano y el estado de excepción de la *nuda vida*. Osorio hace gala de un denso imaginario fisio-gnómico en los textos aquí abocados: en la figura de políticos-aristócratas, manzanillos, oficinistas, prostitutas y truhanes lumpenescos. Pero acaso también en los bandazos de su propia biografía literaria: duplicidad compasiva-despiadada con los oficinistas que conociera íntimamente o descarnado cuadro de bestialización de personajes como el Alacrán (*El día del odio*), súbitamente separados de su denigrante feracidad por un tenue pero vigoroso sentimiento de amor y compasión. Legalismo santanderista aplastado bajo el contrapeso del odio a los manzanillos. Perspectiva de Gaitán como supremo agitador y acomplejado abogadillo. Alabanza del terror revolucionario (*El día del odio*) y condena de la agitación marxista (*Bacilo de Marx*), etc.

Cuestiones crónicas

He utilizado las expresiones *relato crónico* y *literatura crónica*. Es necesario especificar a qué me refiero.

Comencemos por una consideración del vocablo *crónica*. Del cronista histórico al cronista periodístico median diferencias de género.

Benjamin nos habría referido a lo anterior en su discusión de las “formas épicas”, y más específicamente en el contrapunto que esboza entre cronista e historiador. Benjamin otorga al primero la credencial del narrador, pues, a diferencia del historiador, aquél no explica los hechos: más bien, como el cronista medieval creyente en un *plan divino de salvación*, los recuenta como instancia de lo inescrutable. Las explicaciones históricas –por otro lado– acercan lo historiográfico a la minucia de la novela y aun a la inmediatez efímera o sensacional de la información. De lo anterior se infiere que la crónica de nuestros días se separa radicalmente de la crónica de antiguo.

Aquello que denomino *relato crónico* conjugaría lo informativo del periodismo con una enunciación épica/narrativa cuyo registro historiográfico dominante podría variar: novelesco, folletinesco, noticioso, biográfico...¹³³

¹³³ Al referirnos a las formas épicas, Benjamin considera la historiografía como una suerte de grado cero de las mismas (“sería [a las formas épicas] lo que la luz blanca es a los colores del espectro”); cf. Walter Benjamin, “El narrador”, en *Para una crítica de la violencia. Iluminaciones IV*, Taurus, Madrid, 1998 (1ª edición en alemán, 1936; trad. R. Blatt), pp. 111-134; cita de la p. 122. Es esto lo que nos permitiría reconocer que el periodismo venía anunciándose ya desde la antigüedad clásica, en la crónica misma, según lo sugiere la expresión de Virilio (*El arte del motor...*, op cit., p. 38) “superperiodismo de Tucídides” (fórmula particularmente provocadora si imaginamos los contrastes que ésta puede

Esta conjugación plantearía un supergénero de “discursos crónicos” dentro de los cuales cabría incluir ciertas instancias de la novela (algo que no debe sorprendernos si concedemos que las “crónicas” del presente participan de lo novelesco), de la biografía y del reportaje noticioso. En el plano de la escritura alfabética, abarcaría tanto escrituras de carácter periódico (desde novela por entregas hasta opinión semanal) como escrituras cuyos “objetos” se vinculan a la actualidad o al paso del tiempo: “crónicas”, recuento histórico, biografías etc., con un parentesco lejano y de-generado con las formas épicas occidentales más originarias. Cuando consideramos que Marcel Proust se mofaba de su práctica narrativa, preguntándose si no sería la de un *Homero de alcantarilla* (comparable al documentalismo de Zola), la afirmación anterior suena, más que a provocación, a perogrullada.

Si nos trasladamos al plano local, una reciente antología de crónicas realizada por Daniel Samper Pizano¹³⁴ se introduce mediante un examen de la crónica que plantea perfiles

sugerir entre Tucídides y Heródoto, a quien Benjamin considerara “el primer narrador de los griegos” (“El narrador”, op. cit., p. 117). La pugna dialéctica entre narración artesana y velocidad reporteril, podría remontarse a esta lejana escena originaria.

¹³⁴ Daniel Samper Pizano, *Antología de grandes crónicas colombianas*, tomo 1, Aguilar, Bogotá, 2003.

cronológicamente tan diversos como los de las *Crónicas anglosajonas*, la crónica de Bernal Díaz del Castillo acerca de la conquista de México o *El Carnero* de Rodríguez Freyle, “padre de la crónica moderna colombiana”, en razón de una progresiva “renuncia a todo perfil épico” (no habría Homeros de alcantarilla). Samper subraya entonces –en la crónica contemporánea– cierta “intención crítica” tanto como el empleo de un conjunto de técnicas narrativas novelescas “características del reportaje moderno”¹³⁵. Por último, llegado el momento de zanjar “qué no es la crónica” y como apuntando a la última identidad de este género, separa tajantemente una pasada “crónica de estilo”, que pone en un lugar central la opinión del autor, y una crónica que no se libra a la artesanía literaria, anteponiendo a ésta los hechos¹³⁶. La intención samperiana de purgar al género, realizada tras el elogio de sus precursores más literarios y satíricos (de Rodríguez Freyle a Tejada), deja la impresión de que las técnicas del relato se imponen al fin sobre la artesanía de la narración para ofrecernos las manifestaciones paradigmáticas modernas de un conjunto textual¹³⁷.

¹³⁵ *Ibídem*, pp. 31-32.

¹³⁶ *Ibídem*, p. 40.

¹³⁷ De haber consultado el volumen que dedica Julio Ramos a la relación entre los autores del modernismo y la crónica urbana (tan reveladora cuanto encubridora y estetizante), Samper no habría podido ser tan rotundo a la hora de

La noción de *relato crónico* aquí esbozada se aparta de estas preocupaciones, tanto como de las de Mary Luz Vallejo o Donaldo Alonso Donado Viloria, quienes también han intentado caracterizar los diversos momentos de la crónica en Colombia. Donado, por ejemplo, es ligero a la hora de proponer clasificaciones genéricas/sub-genéricas: tras considerar a la crónica como el género que introduce la “modernidad literaria” en la prensa colombiana, nos propone la módica suma de doce tipos de crónicas periodísticas seminales¹³⁸.

Aquí recurro a Derrida¹³⁹, para sugerir que esta afán taxonómico resulta indesligable de cierta locura de la ley, de la ley del género, y que vale proponer una relación marginal con respecto a la plena pertenencia a un género, máxime cuando un texto se inscribe en un género también en la medida en la cual se des-marca de éste o –en los términos de un vulgar

establecer esta disyunción entre artesanía literaria y lenguaje informativo-tecnologizado, anclado al reportaje de “los hechos”; cf. Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

¹³⁸ D. A. Donado Viloria, *Crónica anacrónica. Un estudio sobre el surgimiento, auge y decadencia de la crónica periodística en Colombia*, Panamericana, 2003, Bogotá, pp. 63-64.

¹³⁹ Lo que sigue a continuación desarrolla puntos específicamente tratados en Jacques Derrida, *La ley del género/Retóricas de la droga*, Elipsis ocasionales, Pasto, 1990 (1ª edición bilingüe francés-inglés, 1980; trad. B. Mazzoldi), pp. 16-17.

reduccionismo– “lo renueva”. Es así como Derrida reflexiona en torno a textos de Blanchot – cuestionados y cuestionantes desde/de las taxonomías de género–, hasta formular una plausible participación sin pertenencia en el género: “Precisamente un principio de contaminación, una ley de impureza, una economía del parásito”. Paradójicamente, viene a ser el ámbito periodístico –para los autores antes citados tan crucial como molde final del género–, aquél que nos plantea el carácter cotidiano de tal “principio contaminador”.

Esto lo ha subrayado un autor que nos refiere a la decimonónica “innovación de una literatura-crónica, la novela folletín o por entregas”, planteándonos cómo ésta, “ni novelesca ni política, ya es una subestructura de la vida cotidiana, con sus sucesos misceláneos, sus anuncios, sus críticas artísticas y teatrales, sus recetas, sus relatos de viajes”¹⁴⁰. Tal literatura-crónica, fundida con ésta o aquella instancia de lo épico –v. gr. con escombros de la crónica en su acepción originaria, con elementos de la novela en sus diversas acepciones contemporáneas, con...– configuraría un campo híbrido entre biografía, novela, reportaje periodístico, etc.

Mi referencia a *relatos crónicos* entronca, entonces, con una consideración de la turbulenta transformación de las épicas occidentales –y en

¹⁴⁰ Virilio, *El arte del motor*, op. cit., pp. 53-54.

tal medida, como lo plantea Benjamin, de un *continuum* sobresaltado de formas que abarcan desde las instancias primitivas u originarias de la narración hasta la información tal y como la conocemos hoy-. Pero dicho punto de partida apunta a un destino más inmediato, a una acepción en donde *crónica/crónico* remite a un discurso acerca del tiempo y pautado por el tiempo, tal y como puede darse en diversos géneros contemporáneos (crónica/reportaje periodístico, novela histórica, biografía, novela de fondo autobiográfico y así sucesivamente). Para el caso de los textos de Osorio cabe considerar que nos refieren a hechos y personajes históricos, en una escritura de evidente artesanía, distante de la precariedad literaria de las crónicas de prensa, pero próxima a una inmediata y dramática actualidad¹⁴¹. En uno de estos textos predomina lo histórico-documental (una biogra-

¹⁴¹ Osorio oscila entre el historiador como “profeta vuelto hacia atrás”, aquél para el cual “el propio tiempo le es más contemporáneamente presente que a los contemporáneos que ‘están al día’” (cf. Benjamin, *La dialéctica en suspenso*, op. cit., p. 82) y el “superperiodista” (heredero de Tucídides; cf. Virilio, *El arte del motor*, op. cit.). Así me parece factible contrastar *Gaitán* con *Bacilo*. El *continuum* de injusticias que el primer texto establece al yuxtaponer pasado y presente, se desdibuja en el segundo texto, creyente en la presunta bondad del estado de excepción anticomunista y pautado por una empatía con la figura dictatorial. Las valoraciones de la coyuntura latinoamericana resultan así, en *Bacilo* –a la luz de los resultados históricos–, rotundamente equivocadas: precisamente por estar ‘al día’.

fía enmarcada además en una sucesión de guerras civiles que podrían evocar textos como los de las *Crónicas anglosajonas*), en otro lo documental puede estar aun más presente, pero modulado por la ficción. Los dos textos orbitan alrededor de un magnicidio y un estallido social sangrientos con un nada menospreciable valor escénico, trágico, dionisiaco, dramático –en pugna con lo épico.

Gaitán estepario

El perfil de Gaitán que traza con su pluma atrabiliaria el escritor Osorio Lizarazo me hace pensar en un anacoreta sembrado en su alta columna. Puedo culparme de esta imagen como lector excesivamente susceptible a las cavilaciones de Sloterdijk y al mismo tiempo declararme impenitente a este respecto. Lo que este autor llama cinismo y contrapone al quinismo no deja asimismo de perseguirme –tal vez por cuestiones de mi ocupación docente o por mis lecturas de escolar incómodo en su contexto–, a la hora de leer a Osorio.

Y así es como aprecio a Gaitán empeñado, tal y como lo señala su biógrafo, en mantener “recta la ficción de su propia suficiencia económica”¹⁴², estudiante de derecho “incompetente para la

¹⁴² Gaitán. *Vida, muerte...*, op. cit., p. 83.

técnica de las imploraciones”¹⁴³, empeñado en erigirse como personificación, voz o garganta de un pueblo heroico, de una “chusma menospreciada”: Gaitán, ascético, corta nexos con el mundo para erguirse soberano, auto-fundado, personero del pueblo soberano antes que cínico *self-made-man*.

Personificación del “genio heroico con que el pueblo colombiano se enfrenta a la vida”¹⁴⁴, como joven estudiante de derecho opta por una dieta de agua de panela mientras se ejercita en la dramatización de su suficiencia económica. Se niega a exhibir sus condiciones de necesitado o el mérito de sus esfuerzos.

Asediado por la imagen del anacoreta, percibo al Gaitán que retrata Osorio. Lo veo extinguir al mundo en sí para arder en la entraña popular: “En el grande y multiforme corazón popular [...] fuego sagrado de la nacionalidad”¹⁴⁵. Lo veo ingresar en el mundo de los privilegios académicos como un personaje de ficción, sin nexos con su fuego íntimo: “Toda esta gente de posición quería su título para afianzarse en el privilegio, como una decoración de su dinero, y lo obtendría con facilidad, sin sacrificio, trasponiendo los exámenes con ruidosos éxitos por el poderoso valimiento de su posición, que nunca desafiarían los catedráticos, solidarios o

¹⁴³ Ibídem, p. 93

¹⁴⁴ Ibídem, p. 241.

¹⁴⁵ Ibídem, p. 104.

sumisos a la jerarquía social. En tanto que él y otros que, como él, arrostraban patentes dificultades para concurrir a las aulas, eran empequeñecidos y menospreciados [...] al servicio sucesivo de todos los vencedores”¹⁴⁶. Tanto como el anacoreta va en pos del desierto con el objeto de interrumpir el bullicio que impide una acústica plena entre el alma y Dios, Gaitán asimila el mundo escolar de los privilegiados a un espejismo y extingue en sí la ambición de jerarquía o rango. Su mundo queda reducido al mínimo, su *kosmos* apenas sí dispone de *kosmoi*. No estamos aquí ante el caso de un trepador eminente que esgrime las insignias propias de cada escalón ascendido. ¿No? La duda nos obliga a abrir un prolongado paréntesis. Después de éste podremos ponderar mejor la relación Gaitán-mundo.

Bajo el ímpetu de su impulso ascético, quínico como Diógenes, el prócer popular rehúsa toda golosina dirigida a incorporarlo al cosmos político colombiano que, en medio de una continua *guerra civil*, separa a la chusma de su dirigencia, a la carne de cañón de los gloriosos generales: “gran pueblo humilde e indefenso, perpetuamente mártir y glorioso, [...] que [suministra] la carne de cañón y el caudal de su fe en las guerras civiles y cuyos odios infecundos son malignamente estimulados [...] que ignora la

¹⁴⁶ *Ibidem*, p. 47.

causa ideológica de su celo y se lanza a la muerte y al asesinato por un nombre sin contenido esencial”¹⁴⁷. En la división nominal liberal-conservadora finalmente se impone un mundo del poder beneficiario del enfrentamiento civil. Como si al erigirse la instancia soberana hobbesiana que interrumpe el estado natural de guerra intestina mediante un ejercicio calculado del terror, se tratara de azuzar el conflicto para prevalecer en su seno. Cual si se tratara del ejercicio de una soberanía plenamente asentada sobre su dominio de la nuda vida¹⁴⁸: los grandes comandantes disponen a su antojo de la vida de unas masas harapientas, removidas de sus hogares, movilizadas como carne de cañón.

Osorio propone inclusive una teoría acerca de las diversas máscaras¹⁴⁹ de esta instancia soberana de acuerdo a las modificaciones que opera en ella el tiempo de su continuidad:

¹⁴⁷ *Ibíd.*, p. 247.

¹⁴⁸ “El estado de excepción, sobre el que el soberano decide en cada ocasión, es precisamente aquel en que la nuda vida, que en la situación normal aparece engarzada en las múltiples formas de vida, vuelve a plantearse en calidad de fundamento último del poder político”; Giorgio Agamben, *Medios sin fin. Notas sobre la política*, Pre-textos, Valencia, 2001 (1ª edición en italiano, 1996; trad. A. Gimeno Cuspinera), p. 15.

¹⁴⁹ “Es el soberano invisible [el] que nos contempla tras las estúpidas máscaras de los poderosos que, consciente o inconscientemente, nos gobiernan en su nombre”; *ibíd.*, p. 17.

La oligarquía no era, ciertamente, una improvisación de los últimos tiempos, sino un fenómeno con profunda raigambre histórica, que acentuó su poderío en proporción al progreso material y al enriquecimiento económico. Las denominaciones políticas [...] fueron perdiendo sus esencias, pero quedaron inscritas de manera indeleble en el corazón del pueblo, que permaneció para siempre dividido en dos fracciones irreconciliables, en tanto que las clases altas fusionaban sus intereses por encima de toda diferencia partidista, se agrupaban en sociedades comerciales, industriales o simplemente especuladoras, y alzaban la insuperable muralla que sitúa a todos los hombres de trabajo en círculos inferiores. Y de esta suerte, la oligarquía se conformó con los siguientes elementos:

a) Las familias de abolengos españoles que lograron conservar en parte la herencia [...] de la Colonia [...] las familias [...] que] lo perdieron todo, se incorporaron al pueblo anónimo.

b) Los descendientes de antiguos terratenientes y comerciantes enriquecidos en los azares de la guerra o en otras actividades de la paz.

c) Los nuevos ricos de las últimas revoluciones [...]

d) Profesionales [...] ¹⁵⁰

Aquí podríamos cerrar el paréntesis, y regresar a la relación Gaitán-mundo, tal y como

¹⁵⁰ *Gaitán. Vida, muerte...*, op. cit., p. 241.

la veníamos observando en la descripción osoriana de los días juveniles del héroe. Habíamos señalado que el joven prócer no participaba del mundo de los universitarios privilegiados. Ahora debemos contemplarlo convertido en un joven penalista de indudable solvencia, negado a entregar “el diploma tan rudamente conseguido a la demoledora voracidad del empleo [...], o a] la mediocridad y el anonimato”¹⁵¹. Hemos de verlo ya armado de la elasticidad del gladiador y la estructura del atleta”¹⁵², triunfador, obligado a someterse otra vez a las tentaciones del espejismo, a pugnar con sus antecedentes familiares, al menos parcialmente catalogables dentro de aquellos degradados de la pirámide oligárquica de los cuales habla el literal a¹⁵³: pero para el asceta el

¹⁵¹ Ibídem, p. 84.

¹⁵² Ibídem.

¹⁵³ Cf. *supra*. Esto se colige de al menos dos pasajes de la biografía osoriana: uno (cf. *infra*) citado *in extenso* en el cuerpo principal del presente texto, sostiene que la oligarquía no aceptará en su seno a “un advenedizo de las capas populares, así [tenga] *antecedentes de claros linajes*, deslustrados por la pobreza de dos generaciones y el exceso de probidad de sus antecesores inmediatos”; ibídem, p. 91 (énfasis mío). Otro pasaje nos refiere al bautismo del héroe: “Y con la enfática simulación con que la clase media procura mejorar su alcurnia, Eliécer se obstinó en consagrar a su vástago con las aguas bautismales en el augusto recinto de la catedral primada, bajo cuya sombra secular residían las gentes ricas y las presuntuosas descendencias de los más distinguidos inmigrantes de la colonia española, lo cual

desafío de esta pugna radica en superar la tentación de adherir al mundo de privilegios¹⁵⁴, y salir indemne como un púgil (gladiador, atleta) que sólo viene-al-mundo¹⁵⁵ porque aspira a luchar en palestras más significativas, depositario del fuego popular:

Las altas clases sociales y económicas no tolerarían jamás que un advenedizo de las capas populares, así tuviera antecedentes de claros linajes, deslustrados por la pobreza de dos generaciones y el exceso de probidad de sus antecesores inmediatos, alcanzara cualquier posición si no disponía de montones de dinero para encubrir la oscuridad de su origen. [...] Debía] compensar su impotencia pecuniaria alzándose sobre un pináculo de sabiduría [...] Fue entonces cuando pensó que un viaje a Europa y el título de

implicaba una *exhibición de pretendidos linajes*, que coincidía con las ambiciones latentes aun entre los más inmovibles demagogos”; *ibídem*, p. 14 (énfasis mío).

¹⁵⁴ “Venir-al-mundo puede ser interpretado cinéticamente como un gran impulso a la ocupación positiva del exterior y, por eso, su rasgo característico es el de rodeo y demora”; Peter Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*, Pre-textos, Valencia, 1998 (1ª edición en alemán, 1993; trad. E. Gil Vera), pp. 96-97.

¹⁵⁵ La *voluntad de triunfar* de Gaitán no podría homologarse al compendio de intereses del poder establecido y su mundo: “El mundo como compendio de ‘intereses’ viene a ser, en el sentido latino del término, compendio de todo aquello que hace resistencia en el cortocircuito Dios-alma con el que se traen su peligroso juego las aspiraciones de la psique deseosas de muerte”; *ibídem*, p. 96.

una universidad del viejo continente podrían significarle un precioso instrumento defensivo en su lucha desigual, no sólo porque las supervivencias coloniales de la psicología colectiva mantenían intacta la desconfianza en la propia potencialidad cultural, sino porque en cualquier momento podría relatar sus experiencias en el extranjero y su familiaridad con profesores de renombre universal, cuando se tratara de deslumbrarlo con el turismo de los ricos.¹⁵⁶

El propósito de estudiar en Europa debe librar otra escaramuza con el orden jerárquico, cuando la madre del futuro caudillo solicita los auxilios del presidente Marco Fidel Suárez para su hijo aventajado. Éste los ignora, rehusándose a suscribir cualquier hipoteca de su intimidad popular, apoyándose únicamente en su propia ascesis incesante¹⁵⁷. Este rigor prevalece también en Europa, aunque allí Gaitán encuentra

¹⁵⁶ *Gaitán. Vida, muerte...*, op. cit., pp. 91-92.

¹⁵⁷ "Otros estudiantes, miembros de familias distinguidas, conseguían fáciles apoyos oficiales para trasladarse a Europa con pretextos intelectuales. Gaitán era incompetente para la técnica de las imploraciones y su voluntad se había forjado sobre un exasperado sentido de dignidad. Su vida se hizo más austera. Redujo sus diversiones a algunas horas semanales de remo [...] Limitó sus gastos personales al pago de los muebles y la oficina"; *ibídem*, p. 93. Gaitán admite, sin embargo, a un hermano-colaborador: "y su apoyo fue, tal vez, el único que a lo largo de su vida recibió Jorge Eliécer"; *ibídem*, p. 95.

coartadas para jugar con ilusorios adornos¹⁵⁸. “Todo fue abnegación, sacrificio y simulación [...] porque lo inspiraba, en el fondo, un sentimiento de vanidad de construirse a sí mismo hasta la totalidad de la ejecución”¹⁵⁹. El crecimiento del caudillo “perfecciona sus métodos de perfección” [sic]¹⁶⁰, y el auto-control alcanza –paradoja de paradojas– las más elevadas cotas de la impostura quínica, como si Diógenes mismo se hubiese decidido a poner en ridículo a la capa aristocrática mediante una imitación de su *vis* más apergaminada¹⁶¹.

Pero si esta irónica simulación suya en el contexto europeo le vale tributos como el de una adoradora hindú, transida ante la presunta efigie

¹⁵⁸ “Se escondía en las más modestas pensiones y cambiaba de domicilio cuando se lo imponía la ficción de bienestar que practicó desde el principio. Procuraba contraer elevadas amistades, porque su vida gravitaba sobre propósitos de dignificación y de igualdad. Sus primeras vacaciones pudo pasarlas, a costa de ignorados sacrificios, en una excursión con aristocráticos amigos, de rancias titulaciones y sonoros apellidos de novela histórica”; *ibidem*, p. 99.

¹⁵⁹ *Ibidem*, p. 85.

¹⁶⁰ *Ibidem*.

¹⁶¹ “Entre sus compañeros estaba el hijo de un ex senador del reino, altísimo conde y valido real, quien disponía de una pensión tan exigua, que sólo podía compararse a la de Gaitán; como el aristócrata era avaro y ruin, esto permitía al colombiano ascender a una rimbombante categoría de sordidez nobiliaria y encubrir sus dificultades”; *ibidem*, p. 99.

del representante de una casta superior¹⁶², esto se debe a la química dramaturgia que permite al héroe escenificar “una ficción permanente [en condiciones de] transformar el posible ridículo [de su exótica complexión morena] en admiración”¹⁶³. Quizás también así haya subyugado a su legendario maestro Ferri, como inspirándose en la teatralidad del líder fascista¹⁶⁴ de origen plebeyo, poseedor éste de “métodos y [...] procedimientos con los cuales [...] conquista la voluntad, hasta el sacrificio, de sus adeptos”¹⁶⁵. De manera que armado ya no sólo del título académico europeo capaz de subyugar a la recua de afectados por “las supervivencias coloniales de la psicología colectiva [que mantienen] intacta [una tenaz] desconfianza en la propia potencialidad cultural”¹⁶⁶, dispone además de un nuevo conjunto de recursos teatrales para imantar al

¹⁶² “Gaitán recibía aquel tributo con estudiado menosprecio y luego expresaba teorías sobre los complejos miserables en que se mueve la humanidad que prefiere abatirse; pero no impedía que la hindú se postrase a sus plantas”; *ibídem*, p. 110.

¹⁶³ *Ibídem*.

¹⁶⁴ “En más de una oportunidad fue a escuchar a Mussolini, para analizar la teatralidad de su gesto y las modulaciones que imponía a su voz a fin de hacerla convincente o enérgica, según que pretendiera exponer o mandar. Gaitán llevaba consigo, con una intensidad personal tan propia y exclusiva como los rasgos de su rostro, la vocación oratoria”; *ibídem*, p. 98.

¹⁶⁵ *Ibídem*, p. 105.

¹⁶⁶ *Ibídem*, p. 91.

pueblo, a partir de la comunidad entre su fuego íntimo y aquel de las multitudes bogotanas¹⁶⁷.

La capital colombiana, entretanto, dispone el escenario para las conductas decadentes o gangsteriles de una oligarquía conservadora dedicada a endeudar a la nación y a dilapidar sus recursos. Las fuerzas militares escoltan los prostíbulos predilectos del Ministro de Guerra¹⁶⁸ mientras que un presidente radicalmente inepto¹⁶⁹ precipita el hundimiento de la república conservadora, quizás desbordado por los rescoldos miserables de algún escrúpulo¹⁷⁰. A

¹⁶⁷ Existen “inagotables reservas de patriotismo y de grandeza que se aposentan en el corazón de las multitudes bogotanas [...] porque en el pueblo de Bogotá ha subsistido siempre un fondo de heroísmo y una sensibilidad desvelada que lo han conducido a la realización de los más grandes episodios”; *ibídem*, p. 122.

¹⁶⁸ El factible autor intelectual de la masacre de las bananeras, Ignacio Rengifo, ex gobernador del Valle cuyo mandato fuera conocido en su propia provincia como “el régimen de la champaña”: “se embriagaba en los prostíbulos, cercados de guardias, y se hacía acompañar, como los gángsters de película, de algunos pistoleros y un cuerpo consultivo de politiqueros despreciables”; *ibídem*, pp. 101 y 120.

¹⁶⁹ “El presidente [Abadía] distribuía sus ocios entre partidas de caza y prolongadas siestas y actuaba como el monarca imbécil de una decadencia”; *ibídem*, p. 101.

¹⁷⁰ “En el ánimo de Abadía se movilizaba una serie de sentimientos: la inercia, que era su más notable característica, y a cuyo amparo se encumbraron los aventureros que mancharon su gobierno; el desconcierto, que presagiaba los síntomas de la demencia senil que atormentó sus años postreros; un temperamento civilista

este escenario regresa Gaitán, después del “primer descanso metódico que tomara en su vida”¹⁷¹, un periplo por Europa en el curso del cual se topa con los inveterados compatriotas auspicados por el gobierno nacional, cuya comodidad servil pone de relieve las “proporciones de soberbia alcanzadas por la petulancia de Gaitán”¹⁷².

“Su regreso [es] triunfal. No se presenta [...] como uno de esos viajeros turistas, que traen en sus maletas con etiquetas de costosos hoteles [sic] y en los ojos la nostalgia de refinamientos entrevistados o gozados, y que suelen acendrar, en el contacto con las exquisitas civilizaciones europeas, el menosprecio a la plebe y la exaltación de las jerarquías”¹⁷³. Lejos de desplegar tan consabida jactancia, el prócer emprende un recorrido por la zona bananera y recoge testimonios estremecedores acerca de los efectos del

que rechazaba por principio el uso de la fuerza; y acaso un secreto deseo de librarse de la cadena de perfidia que lo envolvía”; *ibídem*, pp. 123-124.

¹⁷¹ “Mantuvo su lucha entre la insuficiencia económica y la altivez que lo decoraba, y sin pasar por los grandes hoteles, extendió sus relaciones, discutió sobre cuestiones jurídicas con los más expertos profesionales, recorrió los preciosos museos [...] Era esta maravillosa excursión por un mundo desconocido el primer descanso metódico que se tomaba en su vida, desde la infancia”; *ibídem*, p. 107.

¹⁷² *Ibídem*, p. 109.

¹⁷³ *Ibídem*, p. 116.

“odio aristocrático”¹⁷⁴ del cínico ministro Rengifo. Ha quedado atrás “el profesional de clase humilde, apenas tolerado ante los tribunales, el hombre oscuro que se debate en vano contra una sociedad que estrangula su ambición, el intelectual condenado a una lucha desoladora [...], pues Gaitán impone] su presencia y [adquiere] la categoría de una figura nacional”¹⁷⁵. Actor principal del cambio de régimen, asiste a las relamidas celebraciones del cambio de decorado¹⁷⁶.

El caudillo en ciernes se destaca ahora como eminente penalista y figura nacional; denuncia en el parlamento el horror ocurrido en las bananeras. En lo sucesivo pugna en estos dos mundos –política y derecho–: su impulso *ascensional* debe confrontar los espejismos cosméticos inherentes a estos ámbitos del poder, cuya mundanidad puede distraerle de la comunión suprema con el hogar popular. Su arrogancia debe sufrir, atemperarse. Una densa trama de intereses alarmados ante el peligro que encarna un líder popular jurídicamente competente ofrece a éste, como a un eremita que

¹⁷⁴ *Ibídem*, p. 112.

¹⁷⁵ *Ibídem*, p. 128.

¹⁷⁶ Y “los escritores adscritos a la oligarquía exaltaron la reincorporación de ésta en la dirección de los negocios públicos, como si acabara de ocurrir una nueva emancipación, cuando sólo se había arrojado a unos cuantos mercenarios de menor cuantía”; *ibídem*, p. 124.

ayuna en el desierto, un abanico de privilegios o conquistas, junto con la factura que señala la contraprestación demandada por la incorporación al jerarquizado mundillo administrador de las prebendas¹⁷⁷.

El héroe está facultado entonces para reclamar una parte del botín, y no de manera indecorosa, pues tras los abusos del decadente régimen conservador el juego de las apariencias juega a su favor para canonizarlo como caudillo liberal. Y es aquí cuando su impulso vertical debe someterse, acaso por primera vez, a una suspensión temporal. Una de las máscaras más imponentes de la instancia soberana se le acerca para exponer algo parecido a un ruego. La posibilidad de rechazar esta solicitud del vampiro dispuesto a chupar la sangre de su fuego íntimo, conjura una zona de peligro y seducción:

Si se rebelaba abiertamente contra Olaya, éste no olvidaría jamás la actitud suplicante que asumiera ante Gaitán [...] Se alzaría contra él una hostilidad unánime [...] Olaya, aristocrático, imperativo, soberbio, le rogaba, lo convencía, le presentaba argumentaciones, no lo mandaba como a los

¹⁷⁷ "Ciertamente, en la república había antecedentes del encumbramiento de gentes humildes y el propio presidente Suárez fue una demostración. Pero antes de otorgarle su confianza, las clases dirigentes lo sometieron a un largo proceso de prueba, de sumisión y de solidaridad"; *ibidem*, pp. 150-151.

demás, sino que le concedía un valor suficiente como para emplear métodos especiales, con un hombre del pueblo, de indigente infancia, cuyo padre se obstinaba en comerciar con libros viejos. Era el triunfo de su clase social, encarnada en él. Y por su parte, Olaya cobraba también una inmensa victoria, adquiriría para su servicio al más vigoroso y rebelde tribuno parlamentario [...]¹⁷⁸

El patriciado político colombiano rinde homenaje al *tribuno*. De esta manera reconoce como suya una falsa soberanía. El conjunto de vasallajes de un feudalismo político rige aun para el más soberbio representante de la oligarquía renovada¹⁷⁹. El peligro estriba en derrumbar tal ficción. El *tribuno* heroico debe retomar su ejercicio de la teatralidad; debe fingir una plena o relativa incorporación a la jerarquía del partido liberal.

El patriciado –si cabe la expresión– está satelizado, mediatizado al servicio de la instancia genuinamente soberana del capital. Se trata de una clase alta dedicada a incurrir en los

¹⁷⁸ Ibídem, p. 137.

¹⁷⁹ “En el febricitante entusiasmo que siguió a la victoria, la extraordinaria personalidad de Olaya tuvo oportunidad para desplegar el poderío de su seducción y de su dominio. De alta estatura, de voz profunda, de ademanes vigorosos, emanaba de su presencia una comprometedora energía y una imponente superioridad que colocaba de manera automática al interlocutor en una escala subalterna”; ibídem, p. 131.

empréstitos con el capitalismo norteamericano: endeudada de una u otra forma, ya al estilo de un cretino “régimen de champaña” o ya de un modo adornado por la competencia financiera. Éste último caracteriza al relevo liberal que ya perfila la figura de un nuevo mandatario proveniente del *kosmos* financiero: un apóstol del sometimiento individual y colectivo al capital financiero¹⁸⁰.

En el mundo del derecho el tribuno debe afiliarse también a determinados escalafones cosméticos como a una ficción útil para sacar adelante el ascético apostolado que vindica a la chusma sumida por el Estado colombiano en la decrepitud alcohólica de un “vivir bestial y troglodita”¹⁸¹. Este propósito marca al héroe desde sus días de estudiante del derecho¹⁸². Ha de ser quínico de cara al derecho burgués y cínico con respecto a los ornamentos que

¹⁸⁰ “Alfonso López sostenía que la prosperidad de un país, como la de un individuo, se podía medir por su capacidad para contraer deudas [...] Pretendía extender al Estado las normas de su conducta personal”; *ibídem*, p. 100.

¹⁸¹ *Ibídem*, p. 33.

¹⁸² “Su hiperestesia para la injusticia se acendró con la lenta penetración en las tenebrosidades del derecho que estudiaba en la universidad [...] leyes [...] dictadas en nombre del pueblo, para que los hombres del pueblo se enredaran en ellas y las personas respetables pudieran eludir las. Había visto cómo el crimen se engendraba en la miseria, en la ignorancia y en el alcohol, y que estos tres elementos eran los fundamentos del Estado conservador y la garantía del orden”; *ibídem*, p. 61.

acompañan su ejercicio: será “un profesional caro porque así [conviene] a su elevación”¹⁸³ y prestará, por otra parte, servicios gratuitos a los menesterosos.

Al participar del mundo de los más prestigiosos profesionales del derecho, aun la mancha de su filiación, la humildad de quien se gana la vida vendiendo libros viejos en el mercado¹⁸⁴, parece revestirse con las insignias del refinamiento:

Hizo trasladar a su familia a uno de los barrios residenciales que entonces comenzaban a aparecer en la ciudad, retiró a su madre de la escuela donde pasó la mejor parte de su vida [...] El padre mejoró su indumentaria y empezó a darle otra tonalidad a su negocio de libros viejos que, como no resultaba una urgencia permanente,

¹⁸³ *Ibídem*, p.132.

¹⁸⁴ Tanto como el fenotipo no europeo de su héroe (“el negro Gaitán”), Osorio señala repetidamente la humilde ocupación del padre como aquello que limita la aceptación de Gaitán –eminente penalista– por parte del estamento oligárquico. Las expresiones son continuas y variadas: a) “No podían olvidar que el padre del universitario vendía libros viejos en el mercado para ganarse la vida”; *ibídem*, p. 76. b) “Un hombre del pueblo, de indigente infancia, cuyo padre se obstinaba en comerciar con libros viejos”; *ibídem*, p. 137. c) “Tornaban a enrostrarle la librería de segunda mano que su padre se obstinaba en sostener”; *ibídem*, p. 223; d) “El Negro Gaitán, sin representación social ni económica, cuyo padre era un pobre vendedor de libros usados”; *ibídem*, p. 286.

adquiría un ligero aspecto de refinada afición de coleccionista. [...] El progenitor se sentía orgulloso y ufano, adquirió ademanes de gran dignidad, concibió una conciencia artificial de su importancia y se sentía colmado de jubilosa vanidad cuando la gente reconocía en la calle al padre del gran tribuno¹⁸⁵

No obstante, el adorno no tarda en recobrar su elemento denigrante, refractado en “obstinación de vender libros viejos”¹⁸⁶. Quizás esto valga como confirmación del carácter tornasolado de toda mundanidad y, así, de cierta dosis de ambigüedad propia de los *kosmoi*: ciertos hábitos tenaces ligados al origen social irrumpen en la adornada superficie e impugnan la integridad del rango reclamado por ésta.

A los ardides de ese inestable espejismo el joven Gaitán ya había contrapuesto “el esfuerzo de [una] voluntad de triunfar pautada por la difícil práctica del deporte”¹⁸⁷: un ejercicio

¹⁸⁵ Ibídem, p. 133.

¹⁸⁶ Cf. nota 184, *supra*.

¹⁸⁷ Ibídem, p. 77. De acuerdo con Sloterdijk: “Quien se exige hasta el último esfuerzo no será víctima, sino autor del esfuerzo. Ahí estriba –junto a la incontestable influencia del ascetismo griego– una base psicológica de la antigua gimnasia, así como también del deporte moderno. [...] Hay que escenificar intensificado el sufrimiento inevitable con el fin de hacer soportable el quehacer real”; Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*, op. cit., p. 67. Aquí aparece el elemento cínico de la mortificación. Uno frente al cual el héroe debe permanecer vigilante al asumir las obligaciones

ascético que habría de dotarlo de una significativa inmunidad frente al deseo de obtener credenciales como miembro oficial de cualquier agrupación oficializada. Había conseguido burlar la seducción de las vanidades literarias del grupo “Los Nuevos” porque alentaba en sí “un incommovible instinto de [...] independencia, enardecido con la urdimbre de su presunción [y esto] le impedía sumarse al número y reducir su engreída unidad”¹⁸⁸. Pero cuando el presidente Olaya le ofrece credenciarlo, el héroe parece dejar a un lado estos radicalismos de su juvenil inmunidad para jugar una vez más con la ficción, ahora en una palestra que compromete seriamente su “voluntad de triunfar”. Dicho en otras palabras, su personaje –su identidad más ficticia– debe comprometerse en la riesgosa asunción de una pertenencia que lo aparta de su discreta y “engreída unidad”, trans-

de los cargos prestigiosos: su ascesis puede resultar funcional a un mundo con el cual pretende romper o que aspira a extinguir en sí mismo. La ascesis quínica –v. gr. la negativa de Diógenes a las ofertas de Alejandro–, no debe confundirse, según lo recalca Sloterdijk, con la cínica automortificación del obediente.

¹⁸⁸ *Gaitán. Vida, muerte...*, op. cit., p. 65. Inmunidad frente a la celebración ingenua de “lo nuevo” e ilusoriamente ruptural: “No anduvo errabundo o extraviado bajo la inquietud de una agitación superficial, por la influencia de la novedad o por el reflejo del desconcierto de las nuevas generaciones europeas, cuyos flujos y reflujos llegaban tardíamente a América”; *ibidem*, p. 87.

formándolo en colaborador oficial de una agrupación política.

Desde su elevada columna, y ante la muchedumbre que admira su sobrepujada resistencia, el anacoreta parece ceder al fin ante el demonio que “exaspera su vanidad”¹⁸⁹. Pero no tarda en discriminar entre su psique y aquella de aquel demonio:

Gaitán [...] acentuó su imponente y su desdén. Recibía con ligero menosprecio el caudal de adhesión que empezó a converger sobre él como reflejo de la adulación a Olaya, por parte de los minúsculos partidos de provincia, fieles a su tradición reptil. [...] Y esta aproximación se convertía en honores [...] La presidencia de la cámara [...] banquetes y agasajos. Olaya contemplaba con su sonrisa socarrona la sumisión del parlamento, que no sólo aceptaba sino que exaltaba al oscuro hombre del pueblo a quien él había señalado, y que prescindía de los prejuicios de abolengo y posición social. Pero estos prejuicios, sin embargo, no estaban sino transitoriamente relajados [...] ‘Los Notables’ [...] estaban seguros de que el prestigio de Gaitán sería fugaz [...] se unirían [...] para colocarlo en el modesto lugar que le correspondía.¹⁹⁰

¹⁸⁹ Olaya “lo invitó a visitarlo [...] Ejercitó sus mejores argucias. Exasperó la vanidad de Gaitán”; *ibídem*, p. 136.

¹⁹⁰ *Ibídem*, p. 138.

Los séquitos de lagartos y mediocridades provincianas¹⁹¹ que se humillan ante el héroe, lejos de arrastrarlo hacia cualquier lujosa servidumbre –atornillándole como a un *zombie* en la comodidad de los vice-cargos¹⁹², irritan las fibras íntimas de su psiquismo y excitan su inmunidad frente a las fingidas pleitesías: el asceta paciente y auto-controlado sabe esperar a los andrajosos observadores agolpados en torno a su anacoretica columna. Conoce la diferencia entre un séquito pretencioso y una muchedumbre harapienta, entre las escenografías de la falsa

¹⁹¹ Olaya (y más adelante López) constituye su séquito con nulidades: “Designó un gabinete de mediocridades, sumisas y humildes, y puso en acción la fórmula de Guzmán Blanco, uno de los dictadores de Venezuela: ‘Yo no quiero ministros que piensen, sino ministros que firmen’”; *ibídem*, p. 148. López Pumarejo habría de acentuar el mismo procedimiento: “De súbito, extraía de la provincia olvidada a los más inesperados anónimos para confiarles un ministerio, y estrangulaba a las fatuas insignificancias que empezaban a tomar fuerza. Gozaba sembrando ilusiones en el ánimo diminuto de las más infecundas mediocridades, para echarse a reír cuando las veía retorcerse bajo el golpe del inesperado fracaso y jubilosamente se frotaba las manos con su habitual socarronería. Ideaba pasos de comedia para burlarse incluso de sus más allegados parientes y dejar bien establecida la supremacía de su posición”; *ibídem*, p. 199.

¹⁹² “Gaitán llegaba a ser segundo vicepresidente de la república en un momento de suprema agitación para el país”; *ibídem*, p. 150. Lo hacía, sin embargo, como un equilibrista. Renunciaba al honor más alto reclamado por sus méritos: la designatura. Debía esperar. Cf. *ibídem*, p. 143.

soberanía y aquellas del asceta quínico¹⁹³. Si la espera prolongada le expone a nuevas y mayores tentaciones, el riesgo ha de correrlo como parte del impulso *ascensional*, leal no a un monigote de la soberanía terrorífica, cuanto al fuego íntimo de un alma soberbia y compasiva, heroica y pseudo-estoica¹⁹⁴. Ha de transar momentáneamente con la abnegación de los perennes lugartenientes de un generalato condescendiente¹⁹⁵. Sabe que en dicho contexto sus credenciales de “hombrecillo del pueblo” mortifican a los generales en ciernes, oligarcas postergados, “banqueros eminentes,

¹⁹³ En efecto, ya desde sus días de joven penalista habría identificado claramente las diferencias entre la miseria abyecta de los más paupérrimos bebedores de chicha –escarnecidos en la arena jurídica– y los jurados de la sociedad responsable de tanta abyección: estos últimos “tenían sus diligencias reguladas, habían asistido a los colegios y si tomaban alcohol era porque éste se transformaba para ellos en un placer decente”; *ibidem*, p. 75.

¹⁹⁴ “La Stoa ha reconocido a los pacientes en casa y ha diagnosticado que un vago fastidio permanente es la situación básica de la vida en sociedad. El individuo estoicamente instruido es aquel que se hace cargo de que no se puede escapar”; cf. Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*, op. cit., pp. 68-69.

¹⁹⁵ La capa dirigente preside sobre un heroísmo estoico, relativamente minusválido, pletórico de “héroes desconocidos”, que anteponen su condición de funcionarios/ciudadanos/legionarios al despliegue heroico, dentro de un modelo militarista-masivo del reclutamiento al servicio del Estado-nación; cf. Peter Sloterdijk, *Crítica de la razón cínica*, Siruela, Madrid, 2003 (1ª edición en alemán, 1983; trad. M. A. Vega), pp. 330-343.

representantes de los altos clubes sociales, agentes de poderosas compañías extranjeras, frente a los cuales sólo el respaldo [del] espíritu autoritario de Olaya [vuelve a Gaitán] tolerable”¹⁹⁶. El notablato calcula contados los días preeminentes del tribuno¹⁹⁷: alberga en su seno al sucesor de Olaya, quien “despreciaba [...] a Gaitán”¹⁹⁸. Al *tribuno* lo aguarda una suerte de doble intensificado del presidente que “en medio de su untuosa cortesía le profesa [...] un infinito desprecio”¹⁹⁹. Y como sabe tantear las distancias entre el mundo del poder establecido y el hogar íntimo del cual procede²⁰⁰, reconoce llegada la hora de romper. Inmune a los halagos²⁰¹, consigue que Olaya esgrima “la fría cólera de su superioridad”²⁰² para entablar con éste un duelo definitivo de “recias voluntades”.

¹⁹⁶ Gaitán. *Vida, muerte...*, op. cit., pp. 150-151.

¹⁹⁷ Cf. *supra*, cita sangrada.

¹⁹⁸ “En general, López despreciaba a todo el mundo; era frío, sinuoso y pérfido en sus actividades políticas; dispuesto a la deslealtad personal”; *ibídem*, p. 153.

¹⁹⁹ *Ibídem*, p. 155.

²⁰⁰ “Si [Olaya] no lo incorporó en su gabinete, fue sólo porque no le reconoció categoría social”; *ibídem*.

²⁰¹ “Y las deferencias con que el presidente lo distinguió, hubieran podido satisfacer hasta la saciedad la presunción al verse más exaltado que todos los ambiciosos de menor cuantía, si en el fondo el tribuno no hubiese vislumbrado la ausencia de sinceridad y la más refinada impostura”; *ibídem*.

²⁰² *Ibídem*.

“El rompimiento con Olaya y el sistemático y sutil desprecio de López empequeñecieron súbitamente su importancia”²⁰³. Al héroe lo rodea entonces el rumor malediciente²⁰⁴ desatado por aquellos que no soportan el gesto arrogante con el cual rubrica el *tribuno* su caída²⁰⁵. Aun en su refugio docente se alzan en su contra esos “estudiantes que [tienen] ya pervertida la conciencia desde la juventud”²⁰⁶, adversarios de la verdad que su maestro ha proferido (el partido liberal como un método de continuidad conservadora).

²⁰³ Ibídem, p. 156.

²⁰⁴ “Decíase que Gaitán no era, al fin y al cabo, sino un hombre del pueblo, impulsado por la satánica soberbia que le provino de sus éxitos y de las complacencias de Olaya, y sus ejecutorias le glorificaban el pasado pero le ensombrecían el porvenir. Y que su actitud era el resultado del despecho, porque no pudo penetrar definitivamente en el seno de los grandes, que apenas lo toleraron mientras quisieron, y luego lo lanzaron por la borda, en cuanto les pareció oportuno”; ibídem, p. 158.

²⁰⁵ “[J]uzgó llegado el momento de probar sus fuerzas, de establecer la verdad política de que el nombre liberal en manos de los especuladores era un instrumento de servidumbre, de mostrar la ideología de Olaya, de anunciar la catástrofe que se operaría bajo el comando aristocrático de López, con sus presumidas actitudes de lord británico. [...] se erigiría en exterminador de la farsa [...] porque diría cuál era el sentido de un verdadero liberalismo y cómo el nombre político consagrado en cien batallas campales se había trocado en un método de continuidad conservadora”; ibídem, p. 157.

²⁰⁶ Ibídem, p. 156.

Gaitán apela entonces “al estudio que hizo en Roma sobre la organización fascista [... y su portentoso experimento de propaganda, de estructura, de construcción”²⁰⁷. Una especie de caricatura de la emblemática fascista reviste entonces al emergente movimiento –el Unir– bajo

²⁰⁷ Este punto difícilmente puede despacharse, como lo hace Osorio, mediante la observación de que el recurso a los mecanismos masificadores fascistas no implicaba “la aceptación, ni remota, de tal ideología”; *ibídem*, p. 161. Más bien tendría que reconocerse una dimensión fascistoide en el populismo de Gaitán. Una peligrosa inflexión cínica del desprecio quínico hacia el poder establecido. Cabría considerar que este elemento se presenta desde antes del periplo italiano, cuando el joven y brillante penalista parece depender excesivamente de los recursos emocionales, según se desprende de las siguientes palabras de Osorio: “su elocuencia, no siempre profunda, pero plena de recursos emocionales, dirigida más a la sensibilidad que a la inteligencia de los oyentes”; *ibídem*, p. 87. Después de Roma ello iría incrementándose; a alturas del gobierno de López, Gaitán: “Continuaba concediéndole al teatralismo un significado fundamental. Lo aprendió en Roma y no lo había olvidado. No bastaba con mantener sobre las cabezas el fuego encendido de la elocuencia, sino que era indispensable movilizar también la fantasía. Quería llegar a la alcaldía conducido por el pueblo, en hombros del pueblo, no haciendo que se concediese a su nombramiento *el significado trivial de una asignación burocrática, sino el simbólico de que era el pueblo quien lo llevaba y le confería su poderío integral*. Con este fin anunció su posesión para el 8 de junio, séptimo aniversario de la pequeña revolución que dio por tierra con la inmoralidad incrustada en el régimen de Abadía y significó, en cierto modo, el principio de la victoria liberal”; *ibídem*, p. 188 (énfasis mío).

la insignia de un círculo rojo y negro cortado en diagonal. “Y los diarios lo [envuelven] en ridículo. [...] ¡Pobre “Negro Gaitán”, con sus bodoqueras y sus caucheras por instrumentos de combate, al frente de descamisados y limpiabotas!”²⁰⁸. La inspiración fascista propone entonces –como culminación– una réplica de la marcha mussoliniana sobre Roma, un asedio popular de la capital colombiana²⁰⁹. Uno de sus ensayos previos, en Fusagasugá, termina en una masacre. Las secuelas incluyen un proceso de *subjetivación* de la masa gaitanista²¹⁰ que pone de presente el carácter extremadamente precario de dicha configuración, máxime cuando no cuenta con la imagen de un hermano-abominable-alimaña como el que la subjetividad fascista demanda para politizar a sus adeptos, unidos entre sí por un ambivalente –reprimido– lazo fraternal²¹¹. Porque Gaitán dirige los sentimientos

²⁰⁸ Ibídem, p. 161.

²⁰⁹ Cf. ibídem, p. 163.

²¹⁰ “Pero ahora, bajo su impulso, la chusma se insurreccionaba, ostentaba la prepotencia de su voluntad, desenmascaraba a los especuladores de la fe pública, descubría las trampas y los engaños que se le tendían y no sería más la máquina sumisa que depositaba los votos como se lo mandaban, sino una fuerza consciente capaz de modificar la trayectoria de los destinos de la patria”; ibídem, p. 165. Un desarrollo de la noción de masa subjetivada remite también a Sloterdijk: cf. *El desprecio de las masas*, op. cit.

²¹¹ Cf. Theodor W. Adorno, “La teoría freudiana y los esquemas de la propaganda fascista”, en *Ensayos sobre la propaganda fascista: psicoanálisis del antisemitismo*, Paradiso,

de indignación a una coalición de “industriales [...] banqueros [...] socios del Jockey Club y [...] arrendadores de casas”²¹² que por su parte lo considera a él como su más patente adversario. Y a su turno, el régimen liberal personificado en la figura de un padre bondadoso y grato al pueblo, se encuentra comprometido en la defensa de los intereses de dicha coalición propietaria, fundada en el principio de “humillación de la chusma”²¹³. En medio de una coyuntura tal, los sentimientos de injusta inferioridad difícilmente conquistan el lugar necesario para dirigir un quínico desprecio hacia el poder. Al contrario: en la entraña popular quedan afianzadas más bien *emociones estatutarias*²¹⁴ que aceptan la ineluctable legiti-

Buenos Aires, 2005 (1ª edición en inglés, 1951; trad. M. Cánovas), pp. 21-51.

²¹² Gaitán. *Vida, muerte...*, op. cit., p. 163.

²¹³ “Los grandes terratenientes, los especuladores de la industria y del comercio, los banqueros, con quienes fue particularmente dadivoso, los descendientes de buenas familias y en general las clases adineradas, no ocultaban su apasionada adhesión al mandatario que había sabido no sólo evitar los desmanes de un populacho agresivo, exasperado por los últimos acontecimientos del gobierno conservador y por la violencia de la oposición, sino reforzar y salvaguardar los privilegios y dar al régimen liberal un sentido de respeto a las tradiciones y a los principios, de humillación a la chusma y de resplandor a las instituciones”; *ibídem*, p. 167.

²¹⁴ No sin cierta dosis de consabida cursilería académica, propongo utilizar el término *emociones estatutarias* como expresión abreviada de *emociones del estatus*.

midad de un *statu quo* acentuadamente jerárquico²¹⁵.

La subjetivación fascistoide no consigue oponerse a los encantos del paternalismo liberal y menos cuando el sucesor del paternal Olaya esconde “una serie de resentimientos contra su alta clase social: López incorpora [...] dentro de su concepto y de su ejercicio de liberalismo todo el programa de justicia social que agita [...] Gaitán, [...] arrebatándole] la bandera de reivindicación con que sojuzga [...] a las multitudes. El camarada presidente”, según se hace llamar, llega al extremo de animar “la incorporación de agitadores soviéticos dentro de los sindicatos y [hasta] organiza huelgas obreras desde el palacio presidencial”²¹⁶.

Para neutralizar a su rival en el populismo de izquierda, el nuevo presidente repite el gesto de Olaya y reclama a Gaitán para las filas liberales: “valiéndose de los más experimentados intermediarios, halaga [...] las pequeñas pasiones de que no estaba libre la carnadura humana de Gaitán, impulsándolo a regresar humilde y contrito al

²¹⁵ “[Y] el pueblo que en el fondo, según sostenían, tiene el instinto y la conciencia de su propia inferioridad y de su destino subordinado, amaba a Olaya con fervor místico precisamente por el énfasis y la autoridad que supo dar a su ejercicio presidencial y a las normas inexorables de la jerarquía social, y por la habilidad con que la inflamada propaganda había decorado de virtudes su soberbia”; *ibídem*, p. 168.

²¹⁶ *Ibídem*, p. 170.

seno del liberalismo, del que se había apartado con tanta arrogancia”²¹⁷. El aristócrata populista dispone entonces de Gaitán como un cuadro que no demora en librar para él batallas decisivas en el Congreso de 1935, en virtud de su temperamento arrogante, inmune a la mezquindad del resentimiento²¹⁸. López diluye “en su provecho la inteligencia del tribuno”²¹⁹. “Gaitán no [tiene así] oportunidad de lucir sus singulares aptitudes de agitador, de apóstol y de revolucionario. Su función en la Cámara se [reduce] a sostener proyectos del gobierno y a ampliar las explicaciones cuando algún ministro [titubea] o se [deja] dominar por sus prejuicios”²²⁰.

El impulso ascensional del *tribuno* no tarda en rechazar nuevamente este papel de lugarteniente. Le resulta imposible seguir amontonado y anónimo, miembro de una

²¹⁷ Ibídem, p. 172. “Los altos dirigentes del liberalismo se coordinaron para hacer sentir a Gaitán la condición de prófugo con que regresaba. [...] ni siquiera dieron a la noticia más importancia que a una información sobre la muerte de un negro de Zululandia”; ibídem, pp. 172-173.

²¹⁸ “En el Congreso de 1935 actuó Gaitán, con su acostumbrado ímpetu, a favor de López. El tribuno no estuvo poseído nunca por rencores diminutos. Carecía de esa sensibilidad de pretérito que agobia a otros temperamentos y que les hace experimentar el martirio con la misma intensidad cada vez que evocan las causas de su dolor”; ibídem, p. 174.

²¹⁹ Ibídem, p. 175.

²²⁰ Ibídem, p. 176.

comparsa de “gentecillas provincianas que, por un azar de la política, por una protección inesperada o por una combinación afortunada, escalan una curul parlamentaria, exhiben desde ella su mediocridad o su insignificancia y después se hunden en el olvido de donde salieron fugazmente”²²¹. Toma conciencia de que su programa social no obtiene el ímpetu deseable, ligado a una colectividad que reúne en un solo toldo tanto “la avanzada política de López como la invencible aristocracia de Olaya, la expresa posición prosoviética de determinados grupos de izquierda, como el espíritu transaccional de Eduardo Santos”²²². Sabe además que “López no [es] sincero en su agitación multitudinaria; no [puede] serlo; ser revolucionario no es una actitud ocasional, sino una profunda e inmovible actitud ante la vida”²²³. Se decide al repliegue en la docencia y gasta sus ya escasos dividendos electorales²²⁴ en una campaña al Concejo de Bogotá, al cual consigue incorporarse. Su segundo episodio de interrumpida soberanía finaliza. Su temporal estoicismo al servicio del

²²¹ Ibídem.

²²² Ibídem, p. 180.

²²³ Ibídem, p. 179.

²²⁴ “Estaba acostumbrado a la insidia y sabía por experiencia personal que en la política el fracaso y el éxito son conceptos eventuales y efímeros, y también que todo en ella es porvenir, porque el pretérito se diluye en la insignificancia y el presente es esencialmente precario y veleidoso”; ibídem, p. 215.

populismo liberal arde hasta las cenizas en el fuego de su hogar popular, y resurge su alerta frente a ese “método de continuidad conservadora” constituido por el partido liberal: revela en el Concejo de Bogotá nuevos ardides de los mascarones de la soberanía del capital²²⁵. Recupera visibilidad y vuelve a irritar las aspiraciones de hegemonía personal de López²²⁶, al reaccionar frente a un complot conservador dentro del ejército, dirigido a derribar las conquistas obtenidas por el pueblo bajo la avanzada lopista.

Entretanto, desposa a una distinguida antioqueña como parte de un cálculo político²²⁷. Se revela aquí más cínico que quínico. Esto ocurre nuevamente en el campo de la vida privada/profesional, aunque el cómputo se refiera a los efectos públicos de su enlace.

²²⁵ V. gr. el ardid para valorar predios, mediante una “donación” para la construcción de un estadio, en condiciones muy onerosas para el fisco; cf. *ibidem*, p. 182.

²²⁶ “Para López, que parecía encarnar una revolución sin precedentes, la recuperación popular de Gaitán era insufrible”; *ibidem*, p. 187.

²²⁷ Gaitán “sabía subordinar sus pasiones personales a la fuerza de sus ideales. Antioquia ha sido el más poderoso sector electoral [...] podría atraer por ello los votos y la simpatía colectiva en una suprema emergencia [...] La ceremonia nupcial tuvo caracteres de intimidad y careció del fausto que una vanidad fundamentada sobre motivos más triviales que los suyos hubiera exhibido”; *ibidem*, p. 178.

El carácter de jurista eminente de Gaitán, significa para Osorio que cierto “complejo de abogado” se interpone a la hora decisiva, entre el quinismo de las masas insurrectas y su personificación oratoria. Aquí puede verse cómo el impulso vertical de Gaitán se amarra al derecho burgués o a un anhelo de realizar la revolución dentro de los márgenes del *statu quo*. El decoroso abogado pugna con el cabecilla plebeyo y de esta suerte traiciona el quinismo que ha suscitado en las masas. La incomodidad de Gaitán dentro de un liberalismo que ejercita apenas una *ficción* revolucionaria, nos revela a un *tribuno* que aspira a la pureza imposible dentro de la corriente populista y que hace suya una aspiración desinfectante plausiblemente fascista. Y sin embargo, el mismo *tribuno*, como decoroso abogado, difícilmente puede representar al hermano plebeyo que vocifera vulgarmente esos anhelos. Las paradojas son varias: Gaitán va en contra de la mezcolanza típicamente populista representada por el liberalismo, aunque a veces parece rendirse a ésta como un estoico combatiente. Frente a la recua de mediocridades de la política que frenan el impulso de las conquistas populares se erige entonces como héroe negador del mundo del establecimiento político. Su heroísmo pugna con el adocenamiento del cinismo mercenario y en esa medida también con el purismo fascista paradójicamente gestado en el seno de dicha mediocridad. Podría

decirse que Gaitán no es completamente fascista porque en él pugnan dos fuerzas irreconciliables: una, su verticalidad imposible de subyugar por la instancia imperativa del capitalismo a la cual se pliegan los líderes feudales-aristocráticos que gobiernan una recua de mediocres y privilegiados funcionarios públicos; otra, su estoicismo jurídico: una capacidad de ser estoico en el plano privado del derecho que contrasta con la confrontación rebelde de los jerarcas en el ámbito público del marco liberal-democrático.

En el hilo de la crónica de Osorio, un Gaitán recuperado que disputa a López la primogenitura liberal no tarda en caer nuevamente emboscado, ya no mediante “refinadas imposturas” como la del presidente Olaya, cuanto víctima del ardid maquiavélico de López, quien accede a la presidencia al estilo de los corruptos mandatarios conservadores²²⁸ y no tarda en nombrarlo Alcalde de Bogotá²²⁹. Y así, aunque el *tribuno* asume el cargo en medio de una dramaturgia fascistoide que recalca el origen popular de su

²²⁸ “Y de esta suerte [por el poco número de votantes], López llegaba al poder con todas las características de los más conspicuos jefes conservadores, cabalgando sobre el fraude, y acuciado por un espíritu de aristocráticas presunciones”; *ibídem*, p.168.

²²⁹ Y López “concibió la idea de nombrarlo alcalde de Bogotá, ponerse al acecho, vigilar sus actos y buscar el punto en donde pudiera enredarse y caer al suelo, atado de pies y manos e impotente para otro resurgimiento”; *ibídem*, p. 187.

enaltecimiento²³⁰, sus ejecutorias edilicias en pro de la auto-estima popular chocan con la resistencia quínica de los sectores harapientos²³¹, facilitando el escarnio y humillación cínica de la chusma a los cuales entregan sus energías los sectores imperativos²³².

Y como López controla el sindicalismo, la oposición de los choferes de servicio público a las disposiciones de Gaitán obliga a éste a asumir su crucifixión a manos del “odio de los ricos” mediante un nuevo retiro de la visibilidad

²³⁰ Cf. *ibídem*, p. 188. “Y terminó su oración, fogosa y encendida, porque estaba impedido para hablar en tono medurado o en frase galana, con la imprecación de alguien a quien admiraba pero cuyas doctrinas rechazaba: ‘Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme’. Eran las palabras con que Mussolini encabezó la marcha sobre Roma”; *ibídem*, p. 189.

²³¹ “Gaitán había dispuesto que los choferes de los vehículos de servicio público usaran un uniforme que fuera testimonio de su responsabilidad ante el público. [...] Y en el seno de los sindicatos del transporte aparecieron agitadores clandestinos que incitaron a la resistencia contra la disposición del alcalde”; *ibídem*, p. 193. Era “en ese empeño de dignificación donde radicaba el aspecto más importante del espíritu revolucionario de Gaitán. ¡Cuán diferentemente se movía por la vida un hombre decorosamente presentado! ¡Cómo se acrecentaba su sentimiento de responsabilidad doméstica y ciudadana!”; *ibídem*, p. 191.

²³² “Y emprendió una campaña de calzado y de indumentaria, de agua y navaja de barba, que mereció la sonrisa y el sarcasmo de los grandes de la política. ¿De modo que a eso se reducía todo el apostolado de Gaitán? ¿A que la chusma se vistiera como la gente decente?”; *ibídem*, p. 189.

pública que recurre una vez más al “don supremo de saber esperar”²³³.

Otra serie de paradojas se presenta en esta oportunidad: uniformar a los pequeños servidores públicos, afeitar y asear a la chusma: ¿no significa esto imponer a los sectores bajos un estándar de decoro propio de la pequeña clase media?²³⁴ ¿No cava así Gaitán una tumba para el quínico Diógenes andrajoso? ¿No es esto colaborar con el proyecto modernizador del caricaturesco *lord* británico que le disputa la primogenitura en la izquierda liberal?

No debemos perder de vista el momento en el cual Gaitán propone esta estrategia para fomentar la auto-estima popular y no debemos

²³³ Ibídem, p. 178. “Contra él estaban en guardia todos los prejuicios, y el odio de los ricos y de los que creían en el derecho divino de la desigualdad social, y a veces también el de los explotados, que siempre han crucificado a su apóstol. Y puesto que tenía su curul [...] tuvo la voluntad suficiente para no entregarse al placer de la inmediata represalia que hubiera sido estéril, guardó silencio sobre la intimidad de su derrota y siguió esperando su hora decisiva”; ibídem, p. 195.

²³⁴ “Si cada hombre vistiera con su ropa habitual, un ejército del siglo XVIII desprovisto de uniformes tendría el aspecto de un populacho miserable. [...] Los *seres humanos* incorporados a un ejército no son más que elementos negados, negados con un tipo de rabia (de sadismo) evidente en el tono de cada orden, negados en el desfile, por el uniforme y por la regularidad geométrica de sus movimientos cadenciosos”; Bataille, “La estructura psicológica del fascismo”, op. cit., pp. 29-30.

evaluar su propósito con un criterio como el que podríamos tener hoy, cuando la indumentaria y ciertos estándares en la presentación personal constituyen un mecanismo de dominio y control ejercido por las grandes compañías sobre sus asalariados. Pero asimismo, tampoco podemos soslayar el hecho de que la estrategia compromete seriamente a ese quinismo popular que opone libertariamente andrajos y prendas rurales al decoro de las clases urbanas homogéneas²³⁵. Gaitán traiciona aquí el valor independiente o heterogéneo de lo bajo y actúa en connivencia con el heroísmo diluido de los funcionarios y su cinismo mercenario: se acerca a la maniobra final de un caudillismo fascista que se une a los elementos heterogéneos²³⁶ para terminar sometiéndolos a una instancia imperativa capaz de impedir hasta el más leve asomo de subversiva heterogeneidad.

Porque si tenemos que la parte homogénea de la sociedad hace suyo un proyecto limitado de justicia social, y que un caricaturesco *lord*

²³⁵ “Así, en el orden actual de las cosas, la parte *homogénea* de la sociedad está formada por aquellos hombres que poseen los medios de producción o el dinero destinado a su mantenimiento y a su compra. Es la llamada clase capitalista o burguesa, exactamente en su parte media, adonde inicialmente se opera la reducción tendencial del carácter humano a una entidad abstracta e intercambiable, reflejo de las *cosas homogéneas* poseídas”; *ibídem*, p. 11.

²³⁶ Bataille nos recuerda que fascismo significa etimológicamente concentración, reunión (cf. *ibídem*, p. 29).

británico de las filas bancarias encabeza dicho moderado populismo, el ímpetu revolucionario que no teme ser asociado a la indignidad de los sectores ínfimos y lumpenescos a los cuales reivindica como las peores víctimas de una discriminación exclusivista, debe recurrir afirmativamente a los rasgos e insignias de un mundo denigrado. Los choferes insubordinados impiden que Gaitán-asceta se aparte de su elevada columna, para mutar en el demonio que les ofrece las insignias de una incorporación al cosmos urbano. El líder solitario, inmune al adocenamiento de sus colegas mercenarios, debe regresar a sus proezas cosmoclastas para extinguir en sí las ambiciones imperativas y cosmogónicas.

En el ínterin emergen a la luz pública o afianzan su popularidad nuevas figuras del establecimiento productor de homogeneidad: “el contralor general, Carlos Lleras Restrepo, el más ambicioso de todos los jóvenes políticos que surgieron después de 1930”²³⁷ o Darío Echandía, quien opacara a Gaitán durante el gobierno de López, en su calidad de “conciencia jurídica del régimen”²³⁸. Se trata de figuras que medran muy probablemente en virtud de su especializado *ghost writing*²³⁹ para el poder. Lleras Restrepo

²³⁷ Gaitán. *Vida, muerte...*, op. cit., p. 196.

²³⁸ *Ibidem*, p. 181.

²³⁹ Traigo a colación esta categoría del presente para resaltar el hecho de que Osorio la anticipaba al calificar a Alberto

aplasta desde la contraloría al Ministro de Guerra Mendoza Neira, conjurador del complot militar conservador y quien pese a su “arrogancia habitual”, en lugar de revirar al “diminuto contralor” su violación de “secretos de estado”, se abate “como un culpable” cuando aquél revela su destinación de “pequeñas cantidades” de exiguos “fondos reservados”²⁴⁰ al patrocinio editorial de algunos escritores²⁴¹. Osorio se asombra de ver a esta arrogancia sometida a la instancia imperativa de López.

Nuestro cronista reconoce a Mendoza o Echandía cualidades excepcionales. Pero la fibra psíquica de estos gloriosos y cuasi-trágicos personajes termina pareciéndose –dadas sus cualidades como servidores leales y abatidos– al ánimo “diminuto de las más infecundas mediocridades” que el gran magistrado de la instancia imperativa –López– promueve “para echarse a reír [una vez que éstas se retuercen] bajo el golpe inesperado del fracaso”²⁴². Al momento de abandonar el poder, López se juega la carta de permanecer en un lugar preeminente y recurre al subterfugio de candidatizar a

Lleras como “conciencia literaria del régimen”; *ibidem*, p. 206.

²⁴⁰ *Ibidem*, p. 196.

²⁴¹ Llama la atención el hecho de que el implacable Osorio reduzca estas desviaciones presupuestales al carácter de un insignificante pecadillo. Quizás lo hace alentado por un *esprit de corps* plumífero.

²⁴² *Ibidem*, p. 199.

Echandía a la presidencia. Éste, proveniente de “una sencilla familia aldeana, [... permanece] en [una] posición subalterna, [y entrega] su poderosa inteligencia al servicio de los intereses lopistas, como la hubiera dedicado a Santos o a Olaya si lo hubieran descubierto antes, y no [intenta] andar por su propio paso, formarse su personalidad independiente y conquistar por fuerzas intrínsecas la cumbre de sus ambiciones, como lo [pretende] la indómita arrogancia de Gaitán”²⁴³.

Echandía desconoce el furor ascensional que constituye el meollo psíquico de Gaitán; la suya es una “mentalidad introvertida, con una irresistible vocación erudita, [... reacia a] los menesteres de una política cuyas sucias intimidades [le resultan] ajenas”²⁴⁴; su entrega a la erudición puede más que su obediencia a López. Como candidato resulta ser un fiasco: “Nunca [está] dispuesto a ningún viaje ni a ningún esfuerzo. [Desaparece] en los momentos culminantes de la campaña [...] Al fin [pueden] localizarlo en un hotel barato, rodeado de libros, vestido con ropas íntimas, oculto como un prófugo”²⁴⁵.

Esto significa que el rival de López, el moderado Eduardo Santos, accede a la

²⁴³ *Ibíd.*, p. 204.

²⁴⁴ *Ibíd.*, p. 203.

²⁴⁵ *Ibíd.*, p. 206.

presidencia. Y con él, otro *ghost writer*, otro Lleras, entra a engrosar las filas de los obedientes secuaces del presidente saliente, anunciándose como virtual “conciencia literaria del régimen”²⁴⁶. López emprende una campaña reelectoral que persigue para sí la seguridad de “una senectud opulenta como la de los lores británicos”²⁴⁷, mientras que Santos restituye los principios aristocráticos de Olaya comprometidos por López, quien al fin y al cabo se encontraba siempre dispuesto a idear “pasos de comedia para burlarse incluso de sus más allegados parientes y dejar bien establecida la supremacía de su posición”²⁴⁸. En lugar de atizar peligrosamente las “bajas pasiones de la plebe”, como López con su populismo controlado y modernizador, Santos enseña a la chusma que sus conquistas dependen exclusivamente de “la beneficencia y magnanimidad de las clases dirigentes y del gobierno”²⁴⁹.

²⁴⁶ “Su florido ingenio, oculto en una investidura carnal desmedrada, lo convirtió en la máxima expresión del grupo Los Nuevos cuando aún era adolescente. López lo convirtió en su secretario [...] fue después ministro [...] y en todas las oportunidades mantuvo una inquebrantable lealtad hacia su protector”; *ibídem*.

²⁴⁷ Esto lo habría expresado López “bajo la expansión confidencial que suele promover el buen whisky”; *ibídem*, p. 209.

²⁴⁸ *Ibídem*, p. 199.

²⁴⁹ *Ibídem*, p. 207.

En el ínterin Gaitán prosigue con sus rutinas de “esfuerzo físico brutal”²⁵⁰ y viaja en representación de la Universidad Libre al Perú, por encima de los ardides de López dirigidos a evitar su contacto con Haya de la Torre²⁵¹.

A estas alturas Osorio incurre en ciertas inconsistencias. López, a quien dibuja continuamente como un refinado hombre de negocios²⁵², difiere de Santos y Olaya, no en los emblemas exclusivistas de su personaje, sino en sus ejecutorias populistas. ¿En qué difiere entonces de Gaitán? Si Santos restituye los principios de humillación de la chusma, López los habría remitido. ¿Cómo explicar su diferencia con Gaitán, como no sea mediante una paradoja

²⁵⁰ “En [el] esfuerzo físico casi brutal radicaba el secreto de su resistencia. Mientras todo el mundo se desperezaba en las sábanas, temeroso del friecillo bogotano, él trotaba cerro arriba, como si todo su ser mantuviese una tremenda aspiración ascensional”; *ibídem*, p. 211.

²⁵¹ “En sus postrimerías, el gobierno de López, por conducto del ministerio de Educación, procuró impedir este viaje, por lo menos despojarlo de toda trascendencia y carácter, y con tal fin se desconoció la autoridad intelectual de la Universidad Libre en documentos oficiales [...] Temía López que la conferencia de Gaitán con Haya no agradase a su amigo el presidente del Perú, Oscar Benavides, con quien había pactado la concordia internacional, en su condición de simple ciudadano, en 1933”; *ibídem*, p. 208.

²⁵² Era “refinado y sólo concebía la vida sibarítica y cortesana. Era, ante todo, un hombre de negocios [...] En todas sus acciones el cálculo se convertía en el propulsor primordial”; *ibídem*, pp. 208-209.

cosmética, que poco afecta su práctica política con relación a aquella del tribuno? Las claves pueden hallarse en el texto de Osorio, pero éste no parece subrayarlas: el sindicalismo de López y su juego con el comunismo parlamentarista nos revelan una fractura entre el pueblo en vías de incorporación al establecimiento y la chusma olvidada. Ésta tiene consciencia de que subsiste –quínica– al despreciar los emblemas de la incorporación al establecimiento, según lo indica la negativa de los choferes al imperativo que pretende uniformarlos. Gaitán puede asimilarse completamente a López en la medida en la cual pugna por cerrar la brecha representada por los andrajos, tal y como la supera el sindicalismo. Como profesional caro, casado con una dama distinguida, también acerca su personaje a las insignias de la cumbre que López asume de manera desaforada.

Gaitán representa a un personaje surgido de la masa, y concretamente de la heterogeneidad de un miserable vendedor de libros usados y de la precaria homogeneidad de una maestra martirizada²⁵³. Pero también encarna a un eminente penalista, cuyas credenciales permitieron a López –más elástico que Olaya–²⁵⁴

²⁵³ “[A]tada desde la juventud, como al banco de una galera, a la penosa tarea del magisterio elemental”; *ibídem*, p. 118.

²⁵⁴ Aparte de no incluirlo en su gabinete, Olaya recurre a los servicios de Gaitán como parlamentario, sin elevarlo jamás por encima del fraudulento escalafón electoral, nutrido de

designarlo alcalde de la capital colombiana. Como orador, se distingue además de la innumerable cohorte de improvisados, medios y provincianos congresistas. De ahí que Santos, el nuevo presidente, no se sienta impedido a la hora de repetir la maniobra diabólica²⁵⁵ de su antecesor, otorgando ahora al héroe popular la insignia ennoblecedora de miembro de su gabinete²⁵⁶. De esta manera el “temperamento transaccional” del nuevo mandatario acalla el bullicioso anti-gaitanismo de la dirigencia sindical, de su propio periódico

“figuras opacas, imprecisas y errantes [...] inadvertid[a]s lo mismo en su grandeza que en su abatimiento [...] comparsas, trajes vestidos, Pierrots, animales amaestrados”; *ibídem*, pp. 222-223.

²⁵⁵ “El presidente Santos [...] lo nombró ministro de Educación Nacional, a principios de 1940. Tan extraordinaria designación produjo sorpresa y estupor [...] Jamás los conservadores le perdonarían que entregara el más decisivo y tradicional de los despachos a un revolucionario despreciable [...] El lopismo consideraba casi una afrenta personal la elevación de Gaitán [...] Los grupos más allegados al régimen supusieron que Santos estaba evolucionando peligrosamente hacia la demagogia lopista. [...] *Pero Santos esperaba que los ímpetus del nuevo ministro lo llevaran hasta el punto [...] de provocar una caída vertiginosa y de evidenciar que, en el fondo, Gaitán era un inepto*”; *ibídem*, pp. 214-215 (énfasis mío).

²⁵⁶ Por lo demás, Santos ya había reconocido oficialmente a Gaitán como jurisconsulto eminente, incluyéndolo en una terna de candidatos a la Corte Suprema de Justicia. Éste rechazó “el altísimo honor”; *ibídem*, p. 214.

(*El Tiempo*)²⁵⁷ y de Lleras Camargo, el *ghost writer* de López, dedicado a ejercer un “fragante ingenio [que no termina de descubrir] adjetivos inéditos para zaherir al tribuno”²⁵⁸.

Como Ministro de Educación, el *tribuno* repite una historia semejante a la de su alcaldía; renuncia al gabinete “por hábil y diplomática insinuación del presidente Santos”²⁵⁹. En esta oportunidad no recibe el rechazo popular: el imperativo civilizador de sus campañas de “escuelas ambulantes y calzado popular”²⁶⁰ no ofende ya la susceptibilidad de unas clases heterogéneas –dicho en términos de los teóricos y administradores contemporáneos de los sectores deprimidos– *empoderadas* no sólo mediante este acceso al calzado y los cuadernos, sino dado el discurso gaitanista que resalta los “acentos de ironía y sarcasmo [que confirman su] agudeza mental”²⁶¹. Cuando Gaitán profiere este discurso en el Congreso, los delegados regionales “de espíritu oligárquico” descalifican sus proyectos como centralistas y arrastran consigo a un parlamento que ve amenazadas las condiciones jerárquicas y analfabetas de su predominio (el de

²⁵⁷ “Santos consideró absurda la campaña de difamación que se hacía contra Gaitán, porque [...] se transformaba en prestigio, y ordenó que fuera suspendida”; *ibídem*, p. 213.

²⁵⁸ *Ibídem*.

²⁵⁹ *Ibídem*, p. 220.

²⁶⁰ *Ibídem*.

²⁶¹ *Ibídem*, p. 218.

un clientelismo cuyas principales fichas son los maestros rurales), y rehúsa su voto al ministro, quien así sufre el tropiezo fríamente anticipado por el presidente Santos.

No deja de ser irónico que en esta oportunidad las ejecutorias de Gaitán sean rechazadas por la clase política, antes que directamente por la esencial clase homogénea de banqueros y empresarios dispuestos a contribuir con camionetas y autobuses a los esfuerzos civilizatorios del ministro²⁶². Este punto, sobre el cual pasa Osorio olvidando la virtual sinonimia entre oligarquía y banqueros que su texto plantea con beligerancia, vuelve a poner de presente la ambivalencia de Gaitán entre quinismo irrestricto y estoicismo abnegado y contemporizador. El olvido momentáneo de Osorio viene a ser síntoma de su arrebatado seguimiento de las acciones populistas del *tribuno*. Un estado hipnótico del cual despierta finalmente cuando diagnostica a su héroe un “complejo de abogado”.

Es quizás este Gaitán desgarrado entre lo calculable del derecho y lo incalculable de la justicia²⁶³ el que debemos observar de ahora en

²⁶² Cf. *Ibíd*em, p. 216.

²⁶³ Esta distinción derrideana resulta particularmente pertinente aquí porque nos permite imaginar a Gaitán desgarrado entre la deconstrucción del derecho y su incontrolado impulso hacia el infinito de la justicia (no deconstruible): “El derecho es el elemento del cálculo y es

adelante. En su fuero íntimo pugnan el gimnasta estoico con el héroe furibundo; el matrimonio calculado con el incondicional amor filial²⁶⁴; la lealtad fraternal con el cálculo cainita²⁶⁵: en pocas palabras, el amor al pueblo, como derivación del amor filial, riñe con su vocación de estudioso de la ley. Por eso su talón de Aquiles tiene que ver con la auto-estima. El fuego del amor filial como amor al pueblo le lleva a pensar en una redención de los descastados que puede parecerse a la liberación de su madre de las galeras de la docencia más elemental. Bastan entonces el calzado o la educación básica para activar el mecanismo liberador de la agudeza

justo que haya derecho; la justicia es incalculable, exige que se calcule con lo incalculable”; cf. Jacques Derrida, *Fuerza de ley: el fundamento místico de la autoridad*, separata de la revista *Doxa* nº 11, 1992 (conferencia pronunciada en francés dentro del seminario *Deconstruction and the Possibility of Justice*, Cardozo School of Law, 1989; trad. A. Barberá y P. Peñalver), p. 142.

²⁶⁴ “Pero ante el cadáver de su madre tornaba a la infancia [...] Acaso su amor filial fuera el único afecto perfecto que conmovía su emoción íntima. Porque los demás sentimientos familiares, que le inspiraba incluso su esposa, eran fríos e inexpresivos [...] Por el sufrimiento maternal se había hecho apóstol y mantenía la rectitud de su amor al pueblo”; *Gaitán. Vida, muerte...*, op. cit., p. 196.

²⁶⁵ A su regreso de Roma comete la injusticia de exigir cuentas al hermano que ha sacrificado sus propios estudios para patrocinar los suyos: “Poseído por una culpable avidez, que no fue condición permanente de su carácter, recordó que la Droguería Veneciana era suya y exigió las cuentas a su hermano Manuel José”; *ibidem*, p. 119.

irónica popular; una chusma en condiciones de auto-estimarse puede refutar a aquellos que pretenden erigir el “arte y la inteligencia en categorías sociales, [... en] privilegio de linaje”²⁶⁶.

Gaitán deja de ser heroico al ceder al halago de su propia estima: considera que ésta se extiende a la totalidad de los desvalidos. Los presidentes liberales una y otra vez optan por halagarlo y atraerlo para frenar su ímpetu como “tremendo agitador”²⁶⁷. Y también una y otra vez lo enredan en los recovecos del poder democrático-parlamentario, obligándolo a caer. Los mandatarios liberales lo tientan con la posibilidad de una inmediata transformación de las condiciones sociales en el marco liberal-democrático y el abogado penalista, conocedor de las injusticias y falencias de la ley tanto como de la posibilidad de lidiar en su terreno, cede a estos llamados. Pero también una y otra vez vuelve a quedar solo y entonces reaparece el dilema de pugnar dentro de la colectividad burguesa de la izquierda o sacrificar las conquistas cosméticas de su ejercicio profesional para financiar una aventura divergente: sacrificar las sobrias insignias de su prestigio profesional, de su auto-estima, para erigirse en el furioso adalid de la chusma²⁶⁸. Un dilema que en su

²⁶⁶ *Ibíd*em, p. 216.

²⁶⁷ *Ibíd*em, p. 213.

²⁶⁸ “En el ejercicio de su profesión [...] había reunido algún dinero. No era mucho: unas acciones [...] una casa en la

momento más álgido puede significar la elección entre el mundo –el éxito profesional y una elevada posición jerárquica en el partido liberal– y la falta de mundo, la columna del eremita-agitador rodeado por la chusma.

Pero algo impide siempre la ruptura limpia. Cuando Gaitán emprende la aventura en solitario, lo sigue un pequeño séquito de aventureros, que incluye a uno que otro miembro del cortejo oportunista de mundanas gentecillas que lo adulan cuando el partido liberal le otorga alguna primogenitura: gentecillas que “nunca [hacen] sombra, [que] jamás [sufren] derrotas estrepitosas. [... A las cuales se confían] ministerios precisamente por su condición [anodina...], homúnculos imprecisos y gaseosos”²⁶⁹. Cuando Gaitán cae, este convoy niega a su derrota cualquier dimensión heroica, reduciendo a su otrora líder a la condición de miserable aspirante a “posiciones que le [son] siempre vedadas”²⁷⁰.

nueva avenida Caracas, cuyos alrededores se valorizaban vertiginosamente. Emplearía parte de ese dinero o todo [...] para su propaganda; y no podría silenciarlo nadie [...]; ibídem, p. 212.

²⁶⁹ Ibídem, pp. 222-223.

²⁷⁰ “Sólo sobresalían sus defectos [...] La inmensa vanidad que lo devoraba al sentirse hechura de sus propias manos. La soberbia de aspirar a posiciones que le serían siempre vedadas. Sus complejos de resentimiento y de humillación por la áspera experiencia de su juventud. Los delirios imposibles de grandeza que eran la consecuencia de tales circunstancias. La demagogia irritante con que pretendía

El oponente por excelencia del *tribuno* es aquel patricio resentido con su propia clase²⁷¹, que en su momento lo animara a realizar las ejecutorias edilicias causantes de su caída²⁷². Ahora reelegido, López Pumarejo repite la inveterada fórmula de entregar a “una serie de badulaques [...] los ministerios y los puestos principales”²⁷³. Pero también se apoya en la inmensa significación intelectual de los *ghost*

exaltar las pasiones populares en torno a su ambición. Tornaban a enrostrarle la librería de segunda mano que su padre se obstinaba en sostener”; *ibídem*, p. 223.

²⁷¹ El dibujo del cinismo de López, viene a ser un fractal tan recurrente en la crónica de Osorio como el de las mediocridades provincianas de la política; he aquí dos variaciones de esta iterativa recurrencia: 1) “Contradictorio, frío, desleal, profundamente maligno, el complejo psíquico de López se concentraba en una ilusionada adhesión de las masas populares, en un incontenible desorden de la economía y de la política y en actos de deslumbrante eficacia. La más protuberante de sus cualidades era el escepticismo sistemático con que contemplaba y analizaba las ideas y los hombres y la pueril satisfacción de reírse a solas de los conflictos que provocaba”; *ibídem*, p. 200. 2) “Sus pupilas [las de Gaitán] eran las primeras que habían profundizado en lo íntimo de las tenebrosas anfractuosidades que encerraba el espíritu de López [...] Regresaría al poder con el ánimo de conseguir, una vez más, la fortuna económica, porque ningún dinero satisfacía su espíritu derrochador y dispendioso. Arrebataría al pueblo las pequeñas conquistas que antes le ayudó a conseguir”; *ibídem*, p. 222.

²⁷² “Con su sonrisa socarrona, López lo escuchó, lo aplaudió y lo animó a sostener sus puntos de vista”; *ibídem*, p. 194.

²⁷³ *Ibídem*, p. 227.

writers Darío Echandía y Alberto Lleras. El primero lo releva en el poder, una vez que su cesarismo alcanza extremos escandalosos²⁷⁴.

Durante el relevo de López, Gaitán vuelve a ser exaltado al gabinete, ahora en el Ministerio de Trabajo, Higiene y Previsión Social. En esta oportunidad su gestión lo fortalece, y renuncia para lanzarse a la candidatura presidencial. López no demora en convocar a la elite para abrir el abanico de candidatos y cerrar el paso a Gaitán.

Ahora el *tribuno* tiene la audacia de robar flores retóricas a los oligarcas, apropiándose de la consigna de un mundano socialdemócrata que se reviste con la misma máscara soberana de Olaya y López, los mandatarios de “sonrisa socarrona”, usurpadores de los estandartes anti-oligárquicos²⁷⁵. Gaitán roba a los ladrones la

²⁷⁴ “Prohibió los paros de solidaridad [...] organizó negocios para miembros de su familia con bienes de alemanes. [...] Litigaba contra la nación por terrenos petrolíferos [...] su gestión para [...] la reforma agraria [...] tendía a [...] procurarse un instrumento jurídico que simplificara el litigio a su favor”; *ibídem*, p. 226.

²⁷⁵ Se trata de Arango Vélez, destituido por Olaya “escandalosamente. Mantenía intacto su resentimiento, [que había transferido] sobre Santos [...] Abogado de compañías petroleras, flotaba en un ambiente impreciso entre el caduco radicalismo de las guerras civiles y las conveniencias y evoluciones del presente. Disponía de una caudalosa elocuencia”; *ibídem*, p. 204. Lanzándose como candidato liberal alterno al reelegido López, “Arango Vélez abandonó sus compañías petroleras, procuró confeccionarse un

consigna “por la restauración moral de la república”, llenándola de significado, alejándola de su plausible y paradójica insipidez²⁷⁶ como vacío signifiante en una retórica igualitaria engañosa, administrada por una elite diabólica. Con Osorio como su columna²⁷⁷ Gaitán brilla mientras el brazo periodístico del mundo oligárquico explota retóricamente la cosmética de

programa apresurado, introdujo el elemento heroico de las guerras civiles en su oratoria, habló del viejo radicalismo, usó el tono de las arengas militares de la generación de los guerrilleros, y se llamó a sí mismo Espartaco, para simbolizar en el legendario conductor de los esclavos romanos la hipotética lucha que emprendería *contra una oligarquía de la cual formaba parte*”; ibídem, pp. 225-226 (énfasis mío).

²⁷⁶ Gaitán “increpó al régimen por sus engaños, [...] amplificando la frase que Arango Vélez pronunciara con espíritu literario y trivial al iniciar la campaña presidencial de Echandía [...] ‘por la restauración moral de la república’ [...] En Gaitán [...] era en donde convergían y encarnaban los esfuerzos de los grandes patricios, de los próceres visionarios del liberalismo, entidad que al fin se invertiría de contenido sincero. Integró sus comandos con elementos no contaminados por la perversión política”; ibídem, p. 235.

²⁷⁷ “Y siguió con la única adhesión periodística del indigente hebdomadario, en donde resaltaba el ánimo combativo de su director, habitualmente tímido, pero movilizado por un profundo e inmodificable sentimiento de rebeldía que lo había circundado porque jamás aprendió ninguna ciencia pragmática”; ibídem, p. 250.

sus nexos tribunicios con las insignias esteparias del mundo-desierto de rateros y andrajosos²⁷⁸.

Esto ocurre inmediatamente después de que el presidente López se ve obligado a tejer una cortina de humo en torno a las conductas escandalosas de sus hijos. Mediante la impostura de un golpe de estado comisionado a un oficial farsante, crápula reconocido, entre otras, por su participación “en el sueldo de las mecanógrafas a su servicio”²⁷⁹, López distrae a la opinión pública. Gaitán se revela en este momento fiel al derecho y Osorio lamenta que aquí su complejo de abogado haya impedido una ocasión revolucionaria²⁸⁰.

²⁷⁸ “Se consideró insuficiente el poder de todos los diarios colegiados en su odio y se fundó un semanario, dirigido por Darío Samper, *Batalla*, para que sin la responsabilidad que correspondía a publicaciones tradicionalmente serias se pudieran levantar sobre Gaitán injurias y calumnias que aquéllos no se atrevía a imprimir. [...] Publicaban fotografías de rateros y de ebrios, de pequeños delincuentes y prostitutas, aplicándoles el calificativo de gaitanistas. Los títulos se referían al gaitanista que robó una cartera en el tranvía, el gaitanista que dio una puñalada a un compañero mientras apuraba su chicha, el gaitanista que promovió un escándalo en un burdel”; *ibidem*, p. 264.

²⁷⁹ *Gaitán. Vida, muerte...*, op. cit., p. 256.

²⁸⁰ “La multitud que recorría las calles, hábilmente dirigida, se aglomeró frente al edificio para pedir una orientación en el tremendo peligro que corría la civilidad. Y Gaitán se negó a satisfacer esa exigencia, cuyo objetivo era el de obligarlo a presentar a López ante la muchedumbre como la encarnación de la ley y del derecho [...] cuando la muchedumbre, fatigada de vociferar, se había dispersado,

El candidato de la oligarquía es, finalmente, Gabriel Turbay. Sus concentraciones palidecen ante las de Gaitán. Las masas liberales rechazan al candidato jerárquico y se intensifica el contraste entre plazas y conciliábulos²⁸¹, concentración libertaria y asedio policivo, izquierda cooptada y chusma²⁸². La prensa burguesa se ve a gatas en su intención de mentir “sobre las apoteósicas manifestaciones de Turbay, [en realidad] obligado a llegar a escondidas a cualquier lugar”²⁸³, y el nuevo relevo de López,

Gaitán se marchó a su casa, en la fiel compañía de su amigo periodista”; ibídem, p. 258.

²⁸¹ “Frente a [la] aclamación [de Turbay] a puerta cerrada, como [en] una asamblea de accionistas, Gaitán decidió que la suya se haría a cielo abierto [...] Aquí [...] los empleados, los explotados, los míseros, [...] sin un policía [...]. Y allá, en el recinto estrecho del Teatro Colón, fuertemente custodiado por las armas oficiales [...] los explotadores del trabajo y de la fe popular”; ibídem, pp. 269- 270.

²⁸² “Una diminuta sociedad electorera que pretendía llamarse partido comunista [...] fue adquirida por la oligarquía para respaldar a Turbay en nombre de las fuerzas de izquierda. [...] el más poderoso jefe de la oligarquía liberal contrató los servicios de más de cien vehículos de servicio público a un precio exagerado, y puso empleados a distribuir boletos para ocuparlos, con el fin de prepararle una recepción artificial a su candidato. [...] Los boletos fueron despedazados frente a *El Tiempo* y los automóviles hicieron vacíos el recorrido de ida y vuelta. Y para compensar esta tentativa, los choferes, que en 1937 habían derribado a Gaitán de la alcaldía, se reunieron [...] en un imponente homenaje al tribuno”; ibídem, p. 266.

²⁸³ Ibídem, p. 270.

Lleras Camargo, tiembla ante la presencia de la muchedumbre gaitanista a las puertas de palacio: “Cuando Gaitán [termina] su discurso [... comienza] a desfilas por las calles la más monstruosa exhibición popular que hubiera presenciado Bogotá, y [pasa] por frente al palacio presidencial, donde el subalterno de López [padece] la angustia de que el pueblo súbitamente [llegue] hasta el solio y lo [eche] de él, para colocar en su sitio al gran tribuno”²⁸⁴.

El mundo-desierto del andrajoso eremita, toca a las puertas de aquellos que ejercen la política al estilo de una sibarítica asamblea de accionistas. El candidato popular lo es por no haberse “sometido al proceso de reacondicionamiento intelectual y social que otros soportaron”²⁸⁵. Está a la cabeza en cuanto “garganta” o “dínamo”²⁸⁶ del pueblo heterogéneo, humorista, lacerado, descalzo y aglomerado, martirizado por los lacayos de las clases propietarias²⁸⁷. El

²⁸⁴ *Ibíd.*, p. 270.

²⁸⁵ *Ibíd.*, p. 233.

²⁸⁶ *Ibíd.*, p. 235.

²⁸⁷ “Por sobre todas las cosas pregonaba su amor y su admiración por ese gran pueblo [...] que soporta su tragedia con heroico sentido del humor, que es valiente y decidido, que es arrogante y activo, y en cuyo seno los grandes intereses siembran y cultivan los gérmenes del odio y de la pasión política porque sólo sobre su discordia pueden sobrevivir la especulación y el privilegio [...] pueblo] que soporta múltiples plagas succionadores de sus pequeños ingresos; usureros, propietarios de casas, acaparadores de

solitario cabecilla liberal habla “al pueblo en su lenguaje y [descubre] y [cristaliza] sus sensaciones imprecisas”²⁸⁸. Amenaza a los jerarcas establecidos que mueven a esta hueste abnegada mediante “un nombre sin contenido esencial”; los amenaza con relevar la palabra-fetiché (“partido...”) y con otorgar a la chusma un lugar que no corresponde ya al de su tradicional papel de “carne de cañón” durante las guerras civiles atizadas por una capa dirigente dedicada a estimular “odios infecundos”²⁸⁹.

Gaitán ofrece una alternativa. El pueblo lo eleva al estatus de patricio²⁹⁰. Su movimiento no demora en sufrir las consecuencias del fraude atávico²⁹¹. En el estamento oligárquico se agitan

viveres y autoridades venales, encargadas de proteger al rico [...] en connivencia con párrocos apasionados, cuya misión primordial es la de mantener intacto el odio político entre sus feligreses”; *ibídem*, p. 246.

²⁸⁸ *Ibídem*, p. 249.

²⁸⁹ *Ibídem*, p. 247.

²⁹⁰ “Pero el pueblo lo seguía en caudalosa tormenta, y cuando recorría algunas ciudades las multitudes febricitantes se lanzaban al avión en que viajaba y lo arrancaban de su sitio para pasearlo en triunfo como a un patricio de la leyenda romana”; *ibídem*, p. 265.

²⁹¹ “¿Y cómo pretendía ser presidente de la república un hombre que no podía salir a la calle sin que se le faltara al respeto? Por el respaldo de la oligarquía. Por la influencia del dinero. Por la habilidad del fraude”; *ibídem*, p. 266. “Después de los escrutinios, se adulteraron los resultado [...] y el gaitanismo, que en elecciones rectas y sinceras hubiera

retóricas que reflejan pactos subterráneos entre los carteles liberal y conservador²⁹², y un *businessman* conservador de linaje continuista²⁹³ accede a la presidencia. López y Lleras, cómplices de la derrota liberal, ocupan enseguida

logrado la mayoría absoluta [...], apenas obtuvo unas veinticinco bancas"; ibídem, p. 267.

²⁹² He aquí dos citas relevantes: 1) "López pareció cobrar su más decisiva victoria al reducir la oposición conservadora y reducir la tremenda máquina de pelea que era Laureano Gómez en una domada oveja que comía de la mano. Pero [...] López continuaba entre las manos de Gómez, y éste le impuso sus condiciones en un pacto secreto que implicaba la sepultura definitiva del cadáver de Mamatoco [...] a cambio de su contribución para el triunfo conservador en las elecciones de 1946"; ibídem, pp. 261-262. 2) "Cooperando a esta labor demoledora [...] desarrollada por López para satisfacer al fuerte jefe conservador que lo había atrapado, Alberto Lleras Camargo, desde la presidencia de la república, rodeaba de amor y ternura al partido de oposición. Gómez no le formulaba solicitudes sino [...] órdenes"; ibídem, p. 272.

²⁹³ "Ospina Pérez, ingeniero, era nieto de Mariano Ospina Rodríguez, uno de los conspiradores contra la vida del Libertador Bolívar [...] Sobrino de Pedro Nel Ospina, presidente de 1922 a 1926, había acumulado una importante fortuna en negocios de urbanización y de representaciones industriales en Medellín y en Bogotá [...] disfrutaba de ancho crédito [...] ante los banqueros yanquis, y estaba señalado para la candidatura en el momento en que el partido, en cuyo seno sobrevivían perturbaciones dinásticas, se decidiera a intervenir en una elección"; ibídem, p. 271.

cargos en las Naciones Unidas y en la Unión Panamericana²⁹⁴.

Osorio lamenta que Gaitán no haga nada en el momento decisivo, pese a la “emergencia en todos los ámbitos de una disposición a sacrificio y un ímpetu heroico para detener el regreso de la reacción conservadora”²⁹⁵. No amenaza seriamente a Lleras Camargo “contra cuyas maniobras al servicio del conservatismo se levantaba la opinión”²⁹⁶. A estas alturas el cronista se atreve a señalar que “ninguna revolución se puede hacer dentro de la ley, porque la revolución consiste en quebrar la columna vertebral de la ley”²⁹⁷ y diagnostica enseguida el complejo anímico de Gaitán:

La intensidad de su lucha interior consistía en su dualidad de abogado y agitador revolucionario. Por eso, mientras sus discursos seguían promoviendo una hiperestesia revolucionaria, anunciaba la peregrina teoría de que su

²⁹⁴ “López partía como representante de Colombia ante las Naciones Unidas, con un sueldo excepcional, y algunas semanas más tarde Alberto Lleras Camargo era elegido secretario general de la Unión Panamericana con sede en Washington”; *ibídem*, p. 273.

²⁹⁵ “Sus amigos lo hallaron en una clínica donde se había hecho extraer el apéndice sin estar enfermo, en uno de los momentos de mayor efervescencia nacional”; *ibídem*, p. 277.

²⁹⁶ *Ibídem*, p. 275.

²⁹⁷ *Ibídem*, p. 276.

revolución estaría dentro de la ley y sofrenaba los ímpetus de la multitud enardecida por la vehemencia de su apasionada oratoria. Y con frecuencia, el abogado que predominaba en las horas serenas se entregaba a destruir en parte los excesos del agitador, cuando frente a una multitud ávida se sentía poseído de un demonio interior.²⁹⁸

Gaitán entonces se “entrega de lleno a la voluptuosidad de su dominio”, y asediado por “trampas de adulación [... ingresa] en los directorios departamentales y municipales con personal extraído de esa fauna [...] que reptaba, trepaba, se encarama, se agarra, serpea” y medra en virtud de la adulación. Aun “el grupo de denigrantes que había dirigido *Batalla* se [apodera entonces] de *Jornada* [y vocífera] su ditirambo con el mismo desenfado con que había ejercido su diatriba y su calumnia”²⁹⁹.

“Ya no [es] ‘el Negro Gaitán’ sino la clave de la paz pública”³⁰⁰; contemporiza momentáneamente con los “parásitos de la política y su lastre de inmoralidad”³⁰¹. Simula incorporarse al cínico *continuum* y su “voraz reparto” de posiciones de acuerdo a dictados de “la poderosa influencia y la despierta diplomacia de Laureano Gómez”³⁰².

²⁹⁸ Ibídem, p. 277.

²⁹⁹ Ibídem, pp. 278-279.

³⁰⁰ Ibídem, p. 278.

³⁰¹ Ibídem, p. 281.

³⁰² Ibídem.

Pero no demora en recelar de su colaboración, luego de que una solicitud “de amparo y justicia para los campesinos indefensos” la responde el presidente Ospina con “mentiras y evasivas”³⁰³.

El gaitanismo gana las elecciones y el jefe de la corriente liberal que se le opone regresa a sus lujosos periplos europeos³⁰⁴. El gobierno conservador no tarda en recrudecer sus abusos³⁰⁵. De manera que el 7 de febrero de 1948 una manifestación de factible inspiración fascista pone en escena el mundo desierto y silenciado de las clases heterogéneas y éstas, en “la más impresionante manifestación que haya presencia-

³⁰³ *Ibidem*, p. 282-283.

³⁰⁴ “Santos partió para Europa, y Gaitán elevó su estatura colosal [...] Tenía más influencia que el presidente de la república”; *ibidem*, p. 283. Al momento de la muerte de Olaya, Osorio ya nos había referido la cultivada eurofilia de Santos, a quien caracteriza como sincero creyente en la amenaza representada por Gaitán como ácrata: “el periodista [Santos], a pesar de que su ambición era comedida y circunscrita a sus paseos a Europa y a su estudioso sosiego, tuvo que aceptar [...] un público que lo consideraba el heredero natural y el intérprete fiel del pensamiento olayista”; *ibidem*, p. 202.

³⁰⁵ Según lo previsto de manera cínica por esos amigos de Gaitán que, cómodos en sus empleos, pretendían que esto sólo ocurriría al interrumpir la colaboración: “Pero sus amigos se sentían muy cómodos en los empleos y argumentaron [...] que su ausencia sólo tendría como resultado la intensificación de la crueldad contra los inermes aldeanos y el montaje impune de toda la maquinaria del fraude, por lo cual se decidió a cancelar la amenaza”; *ibidem*, pp. 282-283.

do Bogotá, profieren entonces la más formidable y terrible [...] acusación muda, cuando llevando en sus manos banderines negros”, proclaman su estatus de anacoretas involuntarios, habitantes de una ciudad sin ciudad, de un mundo sin mundo³⁰⁶.

Mundo sin mundo en pavoroso contraste con la cosmética venalidad que se apodera entonces de la capital colombiana, sede de un fastuoso y elitista congreso continental:

La organización de la solemne asamblea [Conferencia Panamericana de Bogotá...] fue encomendada a una junta [...] con ostentaciones de irresponsabilidad. Como en los buenos tiempos de Pedro Nel Ospina, bajo el régimen de los empréstitos extranjeros, se entregó a la dilapidación. [...] Con el pretexto de la Conferencia [...] se organizaron contrabandos aduaneros, robos de mercancía, compras innecesarias a precios fantásticos, comisiones reservadas y otras delincuencias. Con el criterio exhibicionista propio del trópico, la junta organizó grandes fiestas, agasajos de un lujo inusitado, y el gobierno dispuso esconder los víveres, aumentar las provisiones de chamapaña y de whisky, y prepararse para mostrar la opulencia inexistente a

³⁰⁶ “Como escenario de la gran secesión y labor de la transformación díada-monádica, el desierto era la ciudad sin ciudad, el mundo sin mundo”; Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*, op. cit., p. 108.

las delegaciones que concurrieran a la Conferencia.³⁰⁷

Esta apoteosis cosmética reúne en una sola celebración de *opulencias inexistentes* a dos sectores cínicos: aquél que a unas prestigiosas filiaciones de linaje suma la máscara socarrona del ejercicio maquiavélico del poder o aquél de las masivas y acomodaticias mediocridades periféricas de la política: los mascarones solemnes del soberano y sus mascaritas; lugartenientes diabólicos y melancólicas sabandijas. Unos y otros, como buenos cínicos del siglo veinte³⁰⁸, nunca sufren derrotas: pactos suscritos en la cúpula de los carteles partidistas o reacomodos en el ejercicio de una secuaz lagartería se encargan de que esto sea así.

Por debajo de estas cúpulas y sus séquitos se mueven las entrañas de la nación, la carne de cañón de una chusma acosada, perennemente sacrificada en el transcurso de una perenne guerra civil.

El curubito del poder y sus dóciles secuaces consolidan un sistema genealógico cristalizado en el solio presidencial por un descendiente

³⁰⁷ Gaitán. *Vida, muerte...*, op. cit., p. 285.

³⁰⁸ "Gottfried Benn, él mismo uno de los destacados portavoces de la moderna estructura cínica, ha dado la formulación del siglo sobre el cinismo, lúcida y desvergonzada: 'Ser tonto y tener un trabajo, he ahí la felicidad'"; Sloterdijk, *Crítica de la razón cínica*, op. cit., pp. 42-43.

directo de la elite granadina de una pretérita Gran Colombia. La ciudad capital esencializa ese mundo urbano que acosa ancestralmente a las entrañas nacionales³⁰⁹, poniéndolas al servicio de los privilegios de linaje, esgrimidos una vez más con particular virulencia por los conservadores³¹⁰. El *tribuno* no demora en verse expulsado del cenáculo continental congregado en Bogotá³¹¹: a este personaje de la entraña nacional “no le [abrirán] jamás las puertas del Jockey Club ni lo [admitirán] en sus salones por más prestigio popular” que tenga³¹². Los exclusivismos se dedican a acentuar un sistema mundano en el

³⁰⁹ “En la medida en que la vida humana se hace ‘autóctona’, cae bajo el terror de una nueva lógica. Prevalece la obsesión por el concepto de genealogía, el parentesco y la propiedad”; Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*, op. cit., p. 60.

³¹⁰ “José Antonio Montalvo aceptó el ministerio de Gobierno y declaró enfáticamente que sólo ahora se empezaría a cobrar a sangre y fuego la victoria conservadora, que había pasado casi inadvertida. [...] Triunfaba el sentimiento aristocrático de Gómez [...] el aumento de los asesinatos de multitudes indefensas [...] acrecentaron la indignación colectiva”; Gaitán. *Vida y muerte*, op. cit., p. 286.

³¹¹ “Gómez designó la delegación colombiana a la Conferencia y como Gaitán, pese a haberse constituido en la más alta y descollante figura de la política colombiana [...] mantenía su humilde origen, del cual no podría desprenderse, y era indigno de sentarse al lado de gentes de buena sociedad que vendrían de todos los países, mientras su padre, anciano, se obstinaba en mantener su negocio de libros usados, su nombre no fue incorporado”; ibídem, p. 286.

³¹² Ibídem, p. 287.

cual medran la corrupción y la injusticia³¹³. Y el *tribuno* que como eminencia del derecho ocupa un lugar en el sector opulento de la urbe subraya entonces su precaria inserción en éste³¹⁴.

El cartel político envalentonado u otras fuerzas oscuras de la cúpula desencadenan el asesinato del *tribuno*³¹⁵ y la chusma enardecida ve florecer en sí el odio “como una crisálida”³¹⁶. Un entusiasmo cosmoclasta arremete contra los objetos de placer del estamento que controla policivamente a la urbe. Un furor subversivo, autoinmolador³¹⁷, dimana de la ley³¹⁸, como

³¹³ “Mientras el pueblo padecía hambre y los precios se alzaban vertiginosamente, en los depósitos del Ina el gorgojo devoraba grandes existencias de maíz y frijoles”; *ibidem*, p. 243.

³¹⁴ “Gaitán desvió la legítima vanidad de su encumbramiento hacia el exhibicionismo de parecer más simple y más humilde que nunca [...] Comía en los restaurantes públicos, penetraba en los cafés populares [...] y seguía conduciendo su propio automóvil con gran habilidad”; *ibidem*, p. 288.

³¹⁵ “La consigna de sangre y fuego del ministro Montalvo se reunía con la proclama del atentado personal contra los hombres ilustres del liberalismo, expresada algún tiempo antes por Laureano Gómez [...] Entre los intelectuales, tales frases pueden adquirir una tonalidad de audacia literaria o de exaltación oratoria, pero no puede ocurrir lo mismo respecto de las mentalidades primitivas”; *ibidem*, p. 313.

³¹⁶ *Ibidem*, p. 293.

³¹⁷ “El pueblo empezó a matarse a sí mismo. [...] Ya no dolía el propio padecimiento. El anhelo de represalia extraviaba su origen, y no se detenía en objeto alguno [...] fulgía, como una visión de ensueño [...] la figura fantástica del prócer, con el puño en alto, la boca contraída en grito, el gesto

indicando que cualquier violencia fundadora conserva las iniquidades del régimen trastocado, que un cosmos subvertido perdura en su inmunidad desquiciada³¹⁹.

La chusma esteparia, “como una fiera doméstica, resignada y triste, pero sujeta a cóleras tremendas cuando se la hostiga en exceso”³²⁰ finiquita su “resistencia acéfala”³²¹. Avergonzada³²², calla como si un instante de violencia divina reclamara lugar en medio de

trágico, como una encarnación de la violencia, del arrebato y de la justicia, y la voz conminatoria rompía los rugidos oceánicos de la catástrofe arengando a su pueblo: ‘¡a la carga!’”; *ibídem*, p. 297.

³¹⁸ “Pero frente al acontecimiento, ante el cadáver del caudillo del pueblo, que trazó un sendero de unificación entre los explotados de todos los partidos, los agentes de policía se lanzaron a cooperar con el pueblo en su obra demoledora [...] También los guardianes de las cárceles eran pueblo, [...] barrieron las puertas de las prisiones y hombro a hombro con los reos corrieron a juntarse con la delirante multitud”; *ibídem*, p. 296.

³¹⁹ “Se invistió a los batallones del carácter de policía militar, para reemplazar al cuerpo que se disolvió por su propia decisión ante el cadáver, como un homenaje siniestro”; *ibídem*, p. 302.

³²⁰ *Ibídem*, p. 301.

³²¹ *Ibídem*, p. 302. Ya “no estaba la voluntad predominante para refrenar los ímpetus ni las represalias”; *ibídem*, p. 298.

³²² “Entonces el pueblo volvió los ojos sobre sí mismo y se aterró de su propia obra. [...] El edificio de más alto valor histórico, reliquia de los días próceres de la Independencia, donde Bolívar saboreó la amargura de su decadencia, había sido consumido”; *ibídem*, p. 302.

aquella interrupción homeopática del inicuo *continuum*: cual si la urbe volviera a tronar con el mismo lamento poderoso y silencioso de la marcha del 7 de febrero, “venganza incruenta” o cortina “de plomo”³²³.

Así, espantada, la plebe regresa a guarecerse en los eriales que circundan este mundo de dominaciones ancestrales, ahora erguido ineluctablemente sobre el cadáver del guía renuente a la violencia de una huelga general³²⁴. La gleba otea desde su guarida el lugar del mundo, ahora semejante al de su precario refugio³²⁵.

³²³ Ibídem, p. 285.

³²⁴ “Cuando anunció la posibilidad de ponerse a la cabeza de una huelga general, el pueblo se lanzó a la huelga; y Gaitán se fingió enfermo”; ibídem, p. 306.

³²⁵ Esta pasajera abolición del mundo no representa el advenimiento mesiánico de la justicia, “estado del mundo en que éste aparece como un bien absolutamente inapropiable e injuridizable”; cf. cita de Benjamín en Giorgio Agamben, *Estado de excepción. Homo sacer II*, Pre-textos, Valencia, 2004 (1ª edición en italiano, 2003; trad. A. Gimeno Cuspinera), p. 95.

El drama terrorífico del 9 de abril apenas si pone en escena la *exapropiación* (Derrida): una refriega, una expresión exacerbada de la reapropiación siempre imposible: un clímax del estado-de-excepción-que-es-regla. Nada más alejado del *verdadero estado de excepción* invocado por Benjamin, uno en donde la “vida [...] se transforma íntegramente en ley”; cf. Agamben, *Homo sacer. El poder...*, op. cit., p. 75.

Asedio, odio y deshonra en *El día del odio*

Asedios

Ya no habría tren. No podría correr otra vez. Todos los policías estaban esperándola para capturarla. La Cachetada se lo había anunciado.

¡Que jrios de noche con un tris de pañolón!

[...] sabía que la sociedad había armado contra su orfandad todo el mecanismo de una policía omnipotente e implacable que esparcía sus instrumentos y sus tentáculos en torno como las patas de una araña monstruosa.

J. A. Osorio Lizarazo³²⁶

³²⁶ J. A. Osorio Lizarazo, *El día del odio*, op. cit., pp. 55, 72 y 152.

La urbe a la cual se ve lanzada una joven campesina de nombre alegórico (Tránsito) constituye un espacio vigilado y asediado por “algo grande e indescriptible”³²⁷, la policía, multiplicada o desdoblada en “porteros impersonales”³²⁸ que niegan el albergue, bien sea en el curso de la primera noche de intemperie en la ciudad inhóspita, o bien durante un trance cercano a la muerte, cuando a las puertas de un hospital de Beneficencia, “un solemne portero elevado a la altísima categoría de distribuidor de mercedes niega una cama donde morir”³²⁹. En la fase final de un continuo cambio de morada³³⁰ —si puede darse este nombre domiciliario a los patios carcelarios, a los violentados recintos de un prostíbulo con cuartos que “no son para dormir”³³¹, a los “refugios trogloditas, a las cabañas purulentas”³³², a los refugios asentados

³²⁷ Ibídem, pp. 23-24

³²⁸ “Hablaban con dificultad, medio tartamudo. Sus ademanes eran afeminados e imprecisos. Demostraba una neutralidad que debía ser muy útil para el dueño del hotel, porque no se apasionaba por nadie, y podía cuidar con eficacia sus intereses”; ibídem, p. 26.

³²⁹ Ibídem, p. 202.

³³⁰ “Y es que [...] somos, en efecto y radicalmente, *metoikoi*, advenedizos, existencias de tránsito, *gueules de métèques*, rostros extraños. Tránsitos de un *oikos* a otro marcan la forma de movimiento de la ‘vida humana’ desde el principio hasta el fin”; Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*, op. cit., p. 89.

³³¹ *El día del odio*, op. cit., p. 26.

³³² Ibídem, p. 154.

en el “barro formado por las deyecciones de los ricos”³³³, o a las “chozas aplastadas, construidas con empaques de mercancías”³³⁴— se repite la escena de la intemperie inicial y un continuo hostigamiento a lo ancho y largo de espacios de inspección y acoso se encarga de curtir a una dulce virgen campesina, reemplazando la suavidad de su pañolón por la panoplia continuamente examinada de la prostituta.

El hostigamiento endurecedor transforma un aliento campesino descrito en términos de los estereotipos más visibles de una dulzura inocente, hasta convertirlo en “alma de comadreja”³³⁵, en ánimo paranoico de mísera orfandad urbana, hostigadora y hostigada³³⁶. Atenta como un ave de presa, entre el policía y el cliente, como en las descripciones de Walter Benjamin, el alma de la puta comadreja aflora al lado del espectro desvanecido del alma de la campesina, y éste espanto se espanta cuando la boca del cuerpo que aún habita profiere las

³³³ *Ibíd.*, p. 174.

³³⁴ *Ibíd.*, p. 177.

³³⁵ *Ibíd.*, p. 215.

³³⁶ “Desde que los hombres se hicieron sedentarios en la ‘revolución neolítica’, no ha habido ningún gran acontecimiento que fuese comparable en alcance con el que está a punto de tener lugar ante nuestros ojos como hecho cada vez más consumado. En el neolítico, se impuso el autocerco del hombre que se ve forzado a la resistencia en un territorio, a partir de entonces sacro y maldito”; Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*, op. cit., p. 60.

salmodias de una seducción infame³³⁷. La metonimia de este espantajo asustado es el pañolón, una manta aldeana que poco tiene en común con las mantas de las gentes calzadas y arropadas de la urbe³³⁸ y que la campesina-en-proceso-de-prostitución debe “salvar a todo trance”³³⁹. El pañolón está expuesto, muchos quieren arrancarlo a la virgen en tránsito, otros se lo ofrecen como prenda, en el sentido de “cosa mueble que se sujeta especialmente a la seguridad o cumplimiento de una obligación”³⁴⁰. La negra manta pugna así entre su carácter de vehículo del chantaje y objeto transicional contiguo a “la seca ternura de las madres campesinas”³⁴¹. Objeto liminar, objeto de tránsito también según la antropológica o escolar definición de Robert Redfield, de acuerdo a la

³³⁷ “Y como la lena insistía en lanzarla a la calle en seguida, quitándole el pañolón para cobrarse el agua de panela que le había ofrecido, fuéle preciso aventurarse, murmurando vocablos infames al paso de un desconocido. Aterrorizada, vio que el hombre se detenía, la miraba y aceptaba su invitación”; *El día del odio*, op. cit., p. 166.

³³⁸ “Y abajo, colgada de los mismos cerros, la ciudad reposaba en paz, satisfecha de su existencia, y las gentes, envueltas en sus mantas abrigadas, no sospecharían la existencia de esas basuras arrojadas por la resaca de la selección social, profundamente despreciadas pero animadas por feroces e imprecisos gérmenes de odio”; *ibídem*, p. 151.

³³⁹ *Ibídem*, p. 121.

³⁴⁰ *Diccionario de la Real Academia Española*, Madrid, 1992.

³⁴¹ *Ibídem*, p. 195.

cual los campesinos, “parte sociedades, parte culturas” se presumen –según Sloterdijk– partícipes del “cinismo de intercambio”³⁴² de la urbe: no por nada la historia del pañolón en juego comienza con una acerada madre campesina negociando el salario de su hija para beneficio propio, brindándola como cualquier hortaliza a unos tacaños ciudadanos de medio pelo. Objeto presente en este contrato originario entre campo y ciudad, el pañolón termina por volar en átomos, entregado a las llamas del 9 de abril.

La seca ternura de esta prenda negra revela, al comienzo de la novela –cuando la madre entrega a la hija-mercancía–, su carácter estepario y su nexo originario con la ferocidad urbana: como si ya en el atavío tierno y seco vibrara el germen de la catadura sórdida de la puta.

La virgen campesina es arrojada como un frágil pañolón al cemento, a “un mundo de miseria, de horror, (al) centro de los despojos de la ciudad”³⁴³ a un destino. La fragilidad y la inocencia, como la tersura de la prenda aldeana, chocan inmediatamente con un mundo que ha proferido ya su veredicto, con un tribunal que sólo ve culpables. La presencia en las calles tiene

³⁴² “La prostitución, tanto en sentido amplio como estricto, es el núcleo fundamental de los cinismos de intercambio en los cuales el dinero, en su brutal indiferencia, rebaja a su nivel también los bienes de rango superior”; Sloterdijk, *Crítica de la razón cínica*, op. cit., p. 466.

³⁴³ *El día del odio*, op. cit., p. 26.

pocas explicaciones: ¿por qué ahí y no en algún albergue?³⁴⁴

Pero el dictamen no es exclusivo de la policía o sus desdoblamientos burocráticos³⁴⁵. No menos yerta puede ser la voz de quienes ya exhiben en su carne el tatuaje del campo de concentración³⁴⁶. *La Cachetada* viene a ser el nombre del lugar terminal del inexorable proceso. Trance en cuyo curso la virgen acosada seduce involuntariamente a quien ha conocido los rigores más extremos de la orfandad urbana³⁴⁷; lo seduce precisamente

³⁴⁴ “-Tuve en uno a pedir posada –respondió-. Y un agente se dentró con yo y me hizo lo que quiso...”

-¡Ajá! –dijo el secretario sonriendo ante la ingenuidad de la respuesta. Porque él era zorro viejo y no se dejaba engañar. Conocía todas las argucias de nocheras y rateros. La más común era esa: fingir ingenuidad”; ibídem, pp. 29-30.

³⁴⁵ “Al frente colgaba de la pared un Cristo exangüe, y debajo de la imagen un hombre de edad, con el cabello gris, representaba al poder de la justicia implacable, cuya majestuosa severidad trituraba la vida de esta pobre mujer indefensa. Pero éste no era sino el secretario de la Inspección de Policía Sanitaria”; ibídem, p. 39.

³⁴⁶ “-¿Qué le pasa? ¿Es que es nueva pa que chille tanto?

[...] -¡Probe! ¡Lo que pasa es que es nueva!”; ibídem, p. 31.

“-Así empezamos todas –dijo otra de las mujeres-. La misma me pasó a yo. Yo taba sirviendo en una casa y antós una noche jue y se li’antojó al señor metérseme a la cama y la señora se dio cuenta, porque eso sí, pa eso sí’stán listas las gran puercas. Y antós me sacó ‘e la casa a la mesma medianoche”; ibídem, p. 36.

³⁴⁷ El Alacrán, admirador, hostigador y final protector de Tránsito, cuenta en su haber un saldo de rigores pavorosos:

por estar en curso, por ser tránsito, por no exhibir aún la prenda helada, porque la tarjeta sanitaria aún no la marca como un tatuaje³⁴⁸. Porque no es “tuavía [...] la Cachetada”. Y el seductor le reitera a Tránsito su ingreso ineluctable al asedio urbano –su condición estigmatizada, “sucia pa toa la vida”– y para atraerla se presenta como factible colaborador de su escape, de su proyectada fuga de la ciudad vigilada, brindándole o restituyéndole además el pañolón esfumado como prenda de enlace³⁴⁹.

“Jamás recibió una palabra afectuosa, ni vio saciadas sus necesidades elementales. Vivía acosado por la autoridad, por los compañeros huérfanos, por los mismos perros callejeros, que parecían descubrir en ese cuerpecillo desmedrado un rival capaz de arrebatarles los mejores bocados de las basuras. Sólo pudo aprender a huir y a odiar. El pelo áspero le cubría los ojos y cuando ya no podía ver se lo cortaba con una tijera de uno de sus amigos, más poderoso y enriquecido, porque a veces iba a una choza del Paseo Bolívar donde vivía alguien a quien suponía su madre”; *ibídem*, p. 81.

³⁴⁸ “-¿Y qué le gustó de yo? [...]

-Pos... eso. Que vos nos sos tuavía como la Cachetada.”; *ibídem*, p. 113.

³⁴⁹ “-Yo l’unico que quero es irme pa mi casa. Yo no toy buscando hombres.

-Güeno: pero, ¿ora cómo consigue más que siá lo del tiquete pal tren?

-Si yo toy con ganas de servir.

-Pero ¿no ve que tá sucia pa toa la vida y no la dejan porque disque lleva ejermedades a las casas decentes? A yo no me gusta tener mujer de fijo, pero cuando hay una plancha com’usté, antós aunque sia unos días. Y ay tá: le regalúel

En el endurecimiento, en la máxima cosificación³⁵⁰, despunta el quinismo, el antiguo cinismo que Sloterdijk considera preservado en la marginalidad insolente, y entre Tránsito y la Cachetada –prostituta en ciernes y ramera consumada– asistimos tanto a un testimonio de quinismo en ciernes, como a una expresión de éste en tanto asunción de la cosificación *qua* liberación del estigma y desprecio dirigido a las sublimaciones de medio pelo:

-Yo taba sirviendo hasta ayer. ¡Me agarró un ladrón policía anoche y ay ta! Aquí la señorita dice que me registraron y que se m'í acabó la vida.

-¡No me digás señorita! ¿Luego no soy una pisca de lo pior, una nochera? Señoritas son las que tienen con qué tragar, las impliadas, las que no tán perseguidas como perras canchosas.³⁵¹

pañolón y endespúes le ayudo a irse, porque yo sé los trucos pa sacarles el cuerpo a los pacos que vigilan las estaciones"; *ibídem*, p. 89.

³⁵⁰ Cosificación extrema cuya originariedad aparece en la embriaguez pasiva –perseguida– de la chicha, cuando el asedio social arrasa a Tránsito: "No sabía nada sino que la sed devoradora le incendiaba las entrañas y un martillo incandescente le golpeaba las sienes. Pero iba a cumplir diez días de prisión en la cárcel de mujeres, rea de los delitos de escándalo público, embriaguez, riña y vagancia"; *ibídem*, p. 92. Esta embriaguez cosificada, ingenua, injustamente sancionada, contrasta con aquella –activa, de un odio cuasi encarrilado– del 9 de abril: "Ella prorrumplía en aullidos de un júbilo indescriptible. Avanzaban, tambaleantes, [...] borrachos de whisky y de odio"; *ibídem*, p. 233.

³⁵¹ *Ibídem*, p. 52.

Pero el personaje quínico pugna con su enunciador, cuando éste no asume la insolencia abyecta como posibilidad, distanciándose de todo cinismo y procediendo a deletrear convicciones del credo burgués soslayadas por el cinismo burgués, al echar de menos en los orfanatos cualquier “sensación de hogar, base de todas las otras sensaciones ciudadanas”³⁵², a tiempo que su habitual severidad se relaja a la hora de ponderar el arribismo de los obreros con proyectos propietarios: “si se sacrificaban para comprar sus lotes [...] era porque el sentimiento doméstico y el amor familiar, suprema reserva de una dignidad humana [...] subsistía a pesar de su postración y sobre ella”³⁵³.

La ferocidad de la urbe recalcada por el enunciador siembra la simiente del odio. La consciencia quínica queda hipotecada entonces. En lugar de una asunción de la cosificación como chance para salir de ésta, el odio o el resentimiento se presentan ante el endurecido – una vez que éste ha experimentado instantes de ternura como los que depara la leve dulzura³⁵⁴ de

³⁵² Ibídem, p. 83.

³⁵³ Ibídem, p. 178.

³⁵⁴ “Quien conozca el *douceur de vivre* se convertirá en testigo contra la necesidad de las durezas vitales que los endurecidos están constantemente reproduciendo”; Sloterdijk, *Crítica de la razón cínica*, op. cit., p. 473.

una “elemental parodia de hogar”³⁵⁵– como fruto que germina para señalar un único camino de “recuperación de la condición humana”³⁵⁶.

El odio se engarza con las expresiones químicas de los personajes³⁵⁷. Pero no sólo el odio

³⁵⁵ *El día del odio*, op. cit., p. 220.

³⁵⁶ Así rezan algunos pasajes relativos a la conmovedora resignación de Tránsito al final de la novela, cuando entre la vida y la muerte implora piedad y promete sumisión al Alacrán, quien sufre de ternura y des-endurecimiento al contemplar tan absoluta vulnerabilidad:

“Una confianza inesperada inundaba su espíritu. Estaba tranquilo y apacible, como si no corriera peligro alguno, como si la policía no anduviese en su busca lo mismo que una jauría hidrófoba. [...]

-No me vaya a pegar ora, su mercé. ¡Toy tan malita! Déjeme su mercé dormir y si quiere, mañana me pega...

Pero en lo ojos del hampón se alzó un velo turbio, que no los había empañado jamás.

-No te güelvo a pegar, Tránsito, porque sos güena con yo”; *ibídem*, p. 212.

De aquí hay sólo un paso al odio:

“Y sin poderlo explicar sentía que sólo en el odio radicaba la recuperación de su condición humana.

[...] Ignoraba todo concepto de dignidad, pero se sintió iracundo con la tímida ofrenda. Y nadie sabía cuán infinita y total era ésta, ni lo que significaba ese renunciamiento”; *ibídem*, p. 218.

³⁵⁷ Un quinismo impregnado de resentimiento que se revela, según Sloterdijk, más en la “falsa consciencia ilustrada” de un tinterillo lumpenescos que en la indignación de una prostituta:

“-¡Cómo son de ladronas esas guarichas de la alta! –dijo, indignada, la excriada-. ¡Lo ponen a uno hasta a lamberles las patas y uno muerto de hambre!”; *ibídem*, p. 63.

las contamina. También lo hace el cinismo reinante³⁵⁸. Se impugna entonces la conducta vertical, fiel a ciertos principios de dignidad humana: “Se acordó muchas veces del Alacrán y se arrepintió de haber sido tan bruta cuando el viejo aquel la fue a besar y ella se asustó y huyó en lugar de sacarle plata”³⁵⁹.

Otra no es la opción en una ciudad que revela apenas puede, como un nuevo rico, la magnitud

Tinterillo 'Forge' Olmos:

“-Ustedes tienen la culpa –insistió Olmos [...] Porque si un día nos diéramos cuenta de la verdá, y nos amarráramos los calzones y nos saliéramos a la calle, com’una revolución, com’una tempestá, hacíamos temblar a esos mantecos disgraciaos. Y les cortábamos los pescuezos.

-¡Ah, güeno que sería! –dijo el Asoliao– [...] desguargüerar unos patiajorraos de esos. Y empelotar las guarichas de l’alta pa ver si es que tienen el cuerpo distinto ‘e las nocheras”; *ibídem*, pp. 134-136.

“-Y porque es abogao –continuó Olmos– no se va a hacer la revolución que es necesaria. No nos va a dejar despescuezar a unos de esos ladrones de la alta. [...]

-Yo que vivo sacándole el cuerpo a la ley, sé que las leyes las hacen esos guaches de arriba pa afianzar sus privilegios [...] lo primero que hay que hacer es tumbar la ley. Partir de nada, como en la Revolución Francesa”; *ibídem*, p. 146.

³⁵⁸ “-¡Qué caracho! –se dijo–. En último caso, una vecesita no es nada, y me gano pal tiquete... y de todas maneras, ¿luego los chapoles no me persiguen sin haber hecho nada y n’ues lo mismo qui haga?”; *ibídem*, p. 76.

³⁵⁹ *Ibídem*, p. 98. En palabras del sujeto del enunciado:

“-¡Ah, burta que jui! ¡Quisque haberme juyido di’onde esa señorita! Ora taría comiendo algo”; *ibídem*, p. 162.

de su “caudalosa falsía”. Una ciudad dispuesta a ostentar de cara al mundo, con ocasión de un foro panamericano, un “ambiente de paz artificial” asentado “sobre el engaño, la matanza y la arbitrariedad” atávicas. Se conjura entonces el fantasma de la abundancia y para ello el gobierno “acapara víveres, funda depósitos inmensos y retira del mercado artículos de primera necesidad”. Un *da igual* cínico proyecta una pantalla sobre los que están debajo, “porque para la sociedad esclarecida todos [ellos] merecen un calificativo idéntico, ya que son sus víctimas y los productos de su ignominia”³⁶⁰.

Este *da igual* inclemente con todos aquellos sectores que no ocupan el estrado protagónico de “complejas combinaciones capitalistas”³⁶¹ aflora también en éstos, ya no como flor maquinal de la abundancia, sino como cosificación resignada al odio descoordinado y al falso júbilo. Quizás su mejor alegoría lo constituyan las compañeras y sosias de la virgen campesina mancillada:

En presencia de los hombres mostraban una alegría mecánica, que correspondía a la perspectiva de centavos que obtendrían de ellos [...] extraviadas en un odio irritable contra todas las cosas que las rodeaban [...] esperando la

³⁶⁰ Ibídem, pp. 221-222.

³⁶¹ Ibídem, p. 221.

hipotética presencia de un cliente espontáneo para saltar sobre él con su ficticio júbilo doliente.³⁶²

Al fondo de odio ha de recurrirse para vencer el endurecimiento melancólico del pseudo-júbilo, de la catadura mecánica de la prostituta³⁶³ que descende sobre las mayorías no protagónicas: ésta sería la tesis que el enunciador esgrime en sus personajes. Colándose por las rendijas que demarcan la negrura de las chicherías, un aura mesiánica reclama voces de discusión³⁶⁴ y admiración: Gaitán, caudillo en condiciones de “coordinar el odio palpitante” del “hombre esclavizado por el sistema”³⁶⁵, surge como

³⁶² *Ibidem*, p. 169.

³⁶³ El odio endémico de la mujer prostituida contrastaría con su amargura; ésta no sería endémica sino excepcional, propia de casos en los cuales la cosificación fracasa parcialmente, debido a la obstinación de un primer desconsuelo:

“Algunas se habían embrutecido hasta el punto de vivir sólo la ignominia de su presente, sin recuerdo ni preocupación, reducidas a los instintos primarios. Otras conservaban intacta la amargura de sus comienzos, cuando fueron arrebatadas por la vorágine, hundidas en la abyección por la violencia de la policía, por la perfidia de los hombres, por el insensible apresuramiento con que la sociedad eliminaba sus residuos y los metía por las alcantarillas cuanto antes”; *ibidem*, p. 95.

³⁶⁴ Agitada discusión en la chichería: “-quere al pueblo, porque es puro pueblo” *versus* “-les ta sirviendo a los godos porque quere acabar con l’unidá del partido liberal. Es su consina”; *ibidem*, p. 184.

³⁶⁵ *Ibidem*, p., 223.

garganta del pueblo. Amenaza por igual las complejas combinaciones capitalistas de los “altos mantecos” y el sopor de las “mentalidades forjadas en la persecución perpetua”³⁶⁶. Virtual coordinador del odio, amenaza con desentumecer la autoestima de unas mayorías sometidas al cuchillo, el acoso y el engaño hegemónicos.

Historia Natural

Y las figuras haraposas de los mendigos, las furtivas de los prófugos, las famélicas de los obreros sin trabajo, las desvergonzadas de las mujercuelas, se precipitaron como una invasión de lémures, como una inundación de espectros, con teas en las manos, trémulas de furor, ansiosos de destrucción, de venganza y de exterminio en el día del odio.

[...] irrumpían hacia el centro comercial y en cuanto llegaban a las calles principales, donde la ciudad exhibía su opulencia injuriosa [...] se lanzaban al saqueo [...] arrebatados por su furor satánico [...]

Como por las señales de percusión en las selvas africanas, el estrépito de la conflagración trepidaba en el ambiente y ascendía por los cerros, entre cuyos breñales y cañadas se ocultaban

³⁶⁶ *Ibíd.*, p. 133.

algunos de los vagabundos que lograron eludir la intensidad de la persecución policial.³⁶⁷

Un odio coordinado, demasiado humano –parece plantear Osorio–, se constituye en mecanismo de acceso a la dignidad humana para unas masas que la cúpula de privilegiados esclarecidos somete y elimina a partir de una hábil administración de otros odios: el de la guerra civil que enfrenta a dos partidos políticos y aquel obligado a aliviarse de manera infrahumana, en las orgías de una sociabilidad ignominiosa³⁶⁸, desposeída³⁶⁹, prófuga de

³⁶⁷ *Ibidem*, pp. 227-228.

³⁶⁸ “Como congregaciones de aquelarre, en el fondo de las cárcavas, reuníanse algunos espectros susurrantes, que distraían su hambre relatando aventuras imaginarias o urdían conjuras para cazar algún mendrugo al día siguiente. [...] seguramente en alguno de [estos grupos] llevábanse a cabo orgías de un primitivismo salvaje, en que los ínfimos guiñapos de mujeres y hombres se mezclaban enardecidos por el tóxico de la gramínea fermentada [...] aproximaban sus alientos fétidos para darse calor y fingían así una efímera sensación de amistad”; *ibidem*, p. 151.

³⁶⁹ “Y abajo, colgada de los mismos cerros, la ciudad reposaba en paz, satisfecha de su existencia, y las gentes, envueltas en sus mantas abrigadas, no sospecharían la existencia de esas basuras arrojadas por la resaca de la selección social, profundamente despreciadas pero animadas por feroces e imprecisos gérmenes de odio”; *ibidem*.

encierros disciplinarios que enconan el rencor³⁷⁰. Dicho sentimiento inconsciente³⁷¹, ambivalente desde el punto de vista de los intereses populares objetivos, se asocia en el texto osoriano a una suerte de estado civil abyecto, de irritada y ciega animosidad, más parecido al del estado natural hobbesiano que al del contrato que lo sacrifica. El des-endurecimiento, como en el caso del supremo huérfano que responde al nombre alegórico de Alacrán –cuando éste conoce la

³⁷⁰ Tal es el caso del estado de excepción que rige en esa especie de campo de concentración que responde al nombre de “la Central”, donde se combate la delincuencia “no por la dignificación de quienes empujados por la miseria y la persecución policial ejercen la incierta profesión de hampones, sino asfixiándolos bajo el odio y la venganza, para la paz y el sosiego de los que nacieron en cama y heredaron fortuna y nombre”; *ibídem*, p. 99. Y acaso no sea esto más que una prolongación de algo ocurrido en los orfanatos: “Proporcionalmente al empeño de purificar sus péfidos instintos, que eran el resultado lógico de su total desamparo, crecía en el corazón de quienes recibían tan eficaz protección social el odio y el rencor”; *ibídem*, p. 83.

³⁷¹ “En el corazón del Alacrán se formaba un odio sólido y feroz, que no podía ser metodizado ni siquiera consciente. Sentíase una bestia perseguida y su consciencia era la de una bestia perseguida. [...] Vivía como los horribles arácnidos cuyo nombre llevaba, agresivo contra todo lo que lo rodeaba, con su daga venenosa dispuesta a herir, inundado de odio y de soledad”; *ibídem*, pp. 84-85. A esta sociogénesis del odio enconado podemos contraponer otra, menos endémica, no enteramente urbana, la de Tránsito-en-proceso, espoleada por el asedio social urbano: “Fijó su ubicación en la sociedad que la aplastaba y cultivó, sin sentirla, su simiente de odio”; *ibídem*, p. 96.

ternura–, obra también en la dirección de esta coordinación, como si el odio se elevara por encima de sus fuentes instintivas, no alejándose por esto del *eros* de una sociabilidad orgiástica, para dar lugar a un proyecto de cambio histórico. Basta comparar aquí el odio que sobreviene al des-endurecimiento, en un Alacrán enamorado cuya “sensibilidad rudimentaria [confluye] en un ímpetu de odio y de venganza contra las gentes y las circunstancias que los [tienen] reducidos a aquel cubil, como si en lugar de seres humanos fueran bestias de presa, lobos o vulpejos”³⁷², y compararlo con la forma inconsciente del odio enconado en el mismo Alacrán –previo a su conocimiento de la dulce Tránsito–, arácnido-bestia-de-presa, inconsciente de su condición³⁷³:

Su tendencia sombría y recelosa se acentuaba bajo la influencia del alcohol, que le hacía ver en cada ser un adversario peligroso, alguien dispuesto a saltar sobre su cuello. [...] Un odio asesino le

³⁷² *Ibídem*, p. 217.

³⁷³ “La pobreza de mundo –en que el animal siente de alguna manera el propio no ser abierto– tiene, pues, la función estratégica de asegurar un paso entre el ambiente animal y lo abierto, en una perspectiva en que el aturdimiento como esencia del animal ‘es en algún modo el verdadero telón de fondo que hace posible destacar la esencia del hombre’”; Giorgio Agamben, *Lo abierto: el hombre y el animal*, Pre-textos, Valencia, 2005 (1ª edición en italiano, 2004; trad. A. Gimeno Cuspinera), p. 80 (cita a Heidegger).

nublaba las pupilas, que reflejaban una crueldad carnífera.³⁷⁴

Puede revertirse el odio inconsciente, instintivo o sobrehumano, para dar lugar a un odio más humano, vindicador de una ternura que “la sociedad” ha sacrificado en una plebe reducida a condiciones brutales. Esto significaría que la chusma no se encuentra sumida en una radical u homogénea inconsciencia bestial. Entre el caso extremo del Alacrán y los de algunos de sus congéneres, producto de condiciones no menos severas, puede observarse tanto un odio instintivo como otro que se atempera³⁷⁵. Este

³⁷⁴ *El día del odio*, op. cit., p. 120.

³⁷⁵ El Manueseda “había logrado guardar de su infancia desvalida un pequeño caudal de equilibrio para apreciar las cosas con humorismo tranquilo. [...] pero llevaba en su interior, perpetuamente encendido, el fuego de un odio sereno contra ese ambiente hostil, implacable, que lo circundaba y lo perseguía desde los días iniciales de su biografía, comenzada, como la del Alacrán, en la orfandad, en los portones, en los depósitos de basura, debajo de los papeles arrancados de las paredes, en la cárcel de niños Piba. El Manueseda comprendía con más clara conciencia la profundidad de la sima donde yacía, y con un espontáneo sentido de la comparación apreciaba las circunstancias que lo situaban al margen de la sociedad, entre los proscritos, en una clase mutilada de los signos de la dignidad humana, como si fuera la hoja de una rama maldita de la especie. Confusamente percibía que todos los hombres poseen un fundamento de igualdad [...] Y que mientras con mayor énfasis se expresaban las teorías igualitarias, con mayor ahínco se cavaban las hondas fosas que guardaban las

último se debe a una débil fuerza reflexiva, condenada al fracaso. La cúpula despiadada que somete a las mayorías a la desnudez abyecta o a diversas formas de vida ignominiosa también despoja a aquéllas de la posibilidad del pensamiento. El odio no puede atemperarse así más que de un modo precario. Apartándose de la moderación de un sentimiento social sujeto a las riendas de la responsabilidad o la reflexión, el odio abandona su estado de abyección y contención civil para retornar a sus raíces instintivas; amenaza entonces a aquellos que lo han enconado –responsables de ese torniquete que hostiga y amansa–, para regresar a su lecho ineluctable de fuerza de la naturaleza:

La chusma se atreve a todo porque procede irrazonablemente, y porque empujada por su odio latente, es irresponsable. Cada uno de sus individuos puede ser cobarde y ruin; pero la violencia del conjunto es aterradora. [...] La sociedad, estructurada sobre el privilegio y la desigualdad de las clases o de los individuos, le

diferencias. Y que se dejaban reservas de abominación y de ignominia para determinados grupos, condenados a la indigencia y al menosprecio por un pecado original para el cual no habría redención.

El Manueseda no hilvanaba estos conceptos con claridad, porque nunca pudo ir a la escuela ni deletrear un libro. Pero los sentía dentro de sí. [...] A veces se martirizaba buscando una fórmula capaz de explicar sus confusas apreciaciones”; *ibidem*, pp. 125-126.

teme y procura aislarla, o, mejor aún, domarla [...] Con ese objeto traiciona sus doctrinas filosóficas y sus inefables teorías cristianas, que reduce a simples enunciaciones farisaicas y las convierte en un fraude social. Para destruir o domar a la plebe multiforme, irresponsable y tumultuaria como las mares, la sociedad la satura de alcohol, le desconoce su dignidad humana, la coloca fuera de sus conceptos morales, erige un brocal defensivo y ofensivo con sus leyes, le niega el amparo y la educación, la condena al hambre y a la desnudez, extrae de su seno a las prostitutas y los rateros que justifiquen su represalia, escupe sobre ella la abominación y el asco; pero la plebe [...] está ahí [...] esperando [...] para que su fuerza plutónica estalle, arrase, perturbe, derribe y transforme.³⁷⁶

Osorio asigna al odio una doble naturaleza redentora. Por un lado des-endurece y humaniza, según ya hemos visto. Por otro, abre las puertas a un estallido renovador, némesis de los incongruentes o cínicos discursos dominantes. Este carácter purificador inmola a la plebe irresponsable³⁷⁷, unificándola en una corriente abominadora capaz de sublimar las más diversas insignificancias. Entonces el odio-instinto abandona su encono y redime aún a los sectores

³⁷⁶ *Ibíd.*, p. 110.

³⁷⁷ "Pero el día en que ese odio contenido, palpitante, impreciso, se incendie al contacto con un episodio cualquiera, los proscritos, los humillados, los vencidos, se convierten en víboras de fuego, y su violencia desenfrenada confiere contornos épicos al disturbio"; *ibíd.*, p. 107.

serviles cooptados por la cúpula, porque quizás tan sólo los rebaños más melancólicos, de rastreros burócratas, pueden resistirse a su promesa de justicia:

en las conflagraciones sociales el instinto conduce tanto a este obrero que tiene el basamento económico de una profesión estable, como a los estratos inferiores de la clase media, al lado del populacho. Un oscuro sentido de justicia les indica que su destino está más próximo de éste que al de las clases privilegiadas, acerca de las cuales comparte el odio, menos expresivo pero igualmente enconado.³⁷⁸

El torniquete que hostiga y domina el odio habría afectado también al supremo caudillo popular, cómplice del juego de los verdugos del pueblo, negado a soltar las riendas en el momento indicado de la conflagración sobrehumana³⁷⁹. El caudillo, sugiere Osorio en su

³⁷⁸ *Ibídem*, p. 116.

³⁷⁹ Este “complejo de abogado” del cual se lamenta Osorio en su biografía de Gaitán, lo describe esta novela en términos menos abstractos: “Hasta el propio caudillo olvidaba la potencia monstruosa de esa dinámica que pretendía utilizar para fines de justicia. Sobre la base de esta intención, su voluntad y su palabra la estimulaban y la refrenaban para mantenerla latente y para que contuviera sus excesos dentro de los límites de la prudencia y del método. Pero nadie podría prever la incontrolable violencia [...] porque el odio entraña venganza, y ésta, cuando tiene

biografía del mismo, habría errado al contener el odio incontenible en aras del derecho, en lugar de dejarlo fluir como *physis* monstruosa que luego sí reclama hacerse soportable³⁸⁰ y no terrible para sí misma, gracias a la intervención del dique apolíneo³⁸¹.

La chusma, el populacho, la plebe, la sociedad no homogénea –dicho en el idioma de Bataille–, parecen destinadas a conocer un instante soberano³⁸². Y ello se relacionaría con la

un hondo fundamento de dolor, es un sentimiento primitivo e insaciable”; *ibídem*, p. 224.

³⁸⁰ “El Dionisos nietzscheano representa [...] el fantasma de un cuerpo que quiere encarnar el logos divino [...] un cuerpo [...] presto a romper las cadenas de la individuación y la indolencia última de la carne, con el objeto de unificar, en una embriaguez profética, la dolorosa celebración del nacimiento y la muerte.

Mas para un individuo empírico, esta encarnación de lo dionisiaco supone simple y llanamente lo insoportable –de idéntica naturaleza que la insoportabilidad de la que parten todos los caminos de la cultura hasta llegar a lo soportable”; Sloterdijk, *El pensador en escena...*, op. cit., p. 145.

³⁸¹ “Los ímpetus del populacho han sido siempre repentinos y brutales, con todo el poderío demoledor de las fuerzas primarias de la naturaleza. Y como esas mismas energías cósmicas, la sublevación de la chusma sólo puede sujetarse a un método o a una dirección cuando se ha espantado de su propio desencadenamiento y se ha saciado de destrucción. [...] La substancia íntima de esa energía es el odio contra todo, incluso contra sí misma”; *El día del odio*, op. cit., p. 108.

³⁸² Esta citación de Bataille incrusta en mi texto un elemento problemático desde el punto de vista agambeniano que lo

radical regresión a la monstruosidad de la *physis*: algo que se vuelve patente en la virgen campesina, ajena al estado civil de la urbe, aterrada³⁸³ al confrontar el destino que le depara una ciudad impregnada de espectros policivos, como si su procedencia montaraz la colocara en un estado de civilización o regulación apolínea al cual se hurta el sector urbano-heterogéneo de la chusma, impulsado a ocupar regiones de refugio en los cerros bogotanos o a aliviar en las chicherías la herida de la ignominia, impelido a conjurar con la bebida cualquier interrupción de su inconsciencia³⁸⁴.

“Orgías de un primitivismo salvaje”³⁸⁵, aquellarres, percusiones que sugieren “la inminencia de la selva y [colocan] el arrabal a inconmensurable distancia de la ciudad”³⁸⁶. La metáfora animal se vincula a esta colectividad orgiástica que así como ocupa los cerros, se alberga en precarias pocilgas al modo de los

orienta: no sería lógico adjudicar soberanía a la radical desnudez.

³⁸³ Tránsito inicialmente detenida, en el móvil galpón que hostiga a las prostitutas: “Ya no lloraba. Ahora estaba doblegada bajo un infinito terror. Contemplaba aquellos despojos que chocaban entres sí con los movimientos del coche”; *ibídem*, p. 36.

³⁸⁴ “[P]rocuraban hundir en los hondos rubicones la melancolía de su fracaso”; *ibídem*, p. 181.

³⁸⁵ *Ibídem*, p. 151.

³⁸⁶ *Ibídem*, p. 176.

“pájaros de presa nocturnos”³⁸⁷. Arácnidos, gusanos, lombrices, lemures, perros, ratas, animales asustados con el “pequeño instinto de un venado”; bestias sanguinarias, deformadas, sexuales, predatorias, capaces de “crueldades carniceras”; olfatos aguzados como los de “los pájaros cuando beben”; movimientos gatunos (silenciosos y cautos); psicologías elementales de “antropoide” o actitudes propietarias que “en un ambiente más definido” podrían “parecer amor”; murciélagos prófugos de la luz del día; “piezas de caza que escuchan a todas horas el amenazante ladrido de la jauría”³⁸⁸; barrios que se prenden desesperadamente a la ciudad con “tentáculos de parásito”, almas de comadreja; alimañas temerosas de que el jornal les sea disminuido; hocicos de lobo salvaje o de hampones que devoran con “deleite animal” sus “escasas viandas”; miradas que adquieren “el brillo receloso y desconfiado de las de los perros”³⁸⁹. La metáfora animal osoriana reparte sus predicados entre la indómita ferocidad y la sumisión asustada de una humanidad “sin defensa ante los enormes peligros que la

³⁸⁷ “Salían como ratas los efímeros inquilinos de la sórdida pocilga. [...] prófugos de su misma vida [...] Los dormitorios no quedaban, sin embargo, desocupados, pues los últimos huéspedes habían llegado al amanecer, fatigados de sus fechorías, con frecuencia estériles, como los pájaros de presa nocturnos”; *ibídem*, p. 87.

³⁸⁸ *Ibídem*, pp. 127-128.

³⁸⁹ *Ibídem*, p. 112.

circundan”³⁹⁰ como en sus orígenes, análoga a “escombros larvas”, a una confusa mezcla, “unificada por el común denominador de su miseria, de un esfuerzo supremo en la lucha por la vida, igual al que realizan esos gusanillos rojos que aparecen en las aguas negras de las cloacas”³⁹¹.

La fiera enjaulada, la larva aferrada a la vida, como el odio, reservan sus ánimos de “bestia perseguida”³⁹² para el instante soberano en el cual hacen combustión los instintos y Dionisos, divinidad monstruosa, urgida de destrucción, emerge ebria, más allá o más acá de inteligencias y pulsiones hostigadas³⁹³. Del desnudo de la

³⁹⁰ *Ibidem*, p. 128.

³⁹¹ *Ibidem*, p. 104.

³⁹² “[L]a construcción de la voluntad de poder se revela, pues, como síntoma de una fuerza excesivamente inhibida – lo que bajo ningún concepto cabe identificar con un estado de debilidad, ya que alude, por el contrario, a una fuerza con mala conciencia. Se trata de una energía que no está a la altura de su inhibición. Una fuerza que por lo tanto, ansiosa de desinhibirse, quiere hablar de sí con toda libertad a través de un acto de liberación inmoral [...]

Ella es, como toda acción cínica, una aportación del immoralismo al éxito de la vida, el cual tiene que descargar del alma un mundo de inhibiciones y humillaciones morales, y que, para tal fin, emplea también remedios para la voluntad y provocaciones”; Sloterdijk, *El pensador en escena...*, op. cit., pp. 101-102.

³⁹³ “Avanzaban, tambaleantes, [...] borrachos de whisky y de odio, mientras los instintos de terror y de astucia para eludir los peligros se desplomaban en el Alacrán bajo la urgencia

bestia acosada emerge la divinidad del héroe épico³⁹⁴.

Anomia

La ciudad vigilada y sus humanas bestias continuamente perseguidas corresponden a la fórmula benjaminiana según la cual el estado de excepción es regla. Despojados de posibilidad, de pensamiento, estos hombres bestiales sufren el trato de *nuda vida* asediada, hacinada en lugares de refugio, amontonada en furgones o patios carcelarios, detenida en salas de espera policiales u hospitalarias. Como vida excluida de la normalidad jurídica, los humanos-animales se exponen permanentemente a la muerte inminente³⁹⁵, no como un reo condenado a la

común de la destrucción [...] la inteligencia había descendido en algunos momentos una etapa de milenios"; *El día del odio*, op. cit. pp. 232-233.

³⁹⁴ "Probablemente en la hora decisiva serían héroes, pero entre tanto eran objetos pasivos. Y otros lo tenían todo. Como el Alacrán, tenían su ánimo de bestias perseguidas. Su conciencia se había reducido al pequeño instinto de los venados [...] en cuyo fondo no sobrevivía sino un animal asustado"; *ibidem*, p. 148.

³⁹⁵ He aquí, por ejemplo, el caso de algunos integrantes de la masa desvalida que circula por los espacios de un mercado de cosas en el grado cero del valor de uso y del valor de cambio: "Al norte [...] se han instalado los vendedores ambulantes, los pregoneros, los 'especifiquistas', que a

horca, sino como elemento excluido del derecho, análogo, tal y como subraya Agamben, al *homo sacer* del antiguo derecho romano.

En *El día del odio* el carácter infra-humano de esta vida sufre el asedio de la policía³⁹⁶ o la

gritos exaltan la bondad de su mercancía, sucios menurjes que sirven para todas las enfermedades [...] En torno a los oradores se forman círculos de curiosos, y de vez en cuando alguno de ellos, tímido, alarga un billete, ganado probablemente al cabo de un trabajo agotador, para comprarse un frasco de la prodigiosa medicina; y no sería raro que al día siguiente lo sepultaran sin que nadie emprendiera una investigación sobre las causas de su fallecimiento. Junto a los propagandistas de específico se han instalado otros vendedores de averías, que extienden en el suelo vasijas rotas, ropa interior apolillada, telas descoloridas porque el aire afectó la baja calidad de las anilinas y otros objetos parecidos, que hacen dudar a sus comerciantes entre tirarlos o vendérselos a pobres diablos que tratan de ganarse la vida revendiéndoselos a otros pobres diablos"; *ibidem*, p. 100.

³⁹⁶ "La policía no es sólo la policía (hoy más, o menos que nunca), está ahí, figura sin figura de un *Dasein* coextensivo con el *Dasein* de la polis. Benjamin lo reconoce a su manera [...] Admite [...] que el mal de la policía es que ella es una figura sin figura, una violencia sin forma (*gestatlos*). [...] En los Estados llamados civilizados el espectro de su aparición fantasmática se extiende por todas partes [...] Y sin embargo, esta inaprehensible figura sin forma de la policía, por más que se metominice, espectralice, e instale por todas partes su obsesión (*hantise*), Benjamin querría todavía que siguiera siendo una figura determinable y propia de los Estados civilizados. Pretende saber de qué habla cuando habla en sentido propio de la policía y querría determinar su fenómeno. Es difícil saber si habla de la policía del Estado

violencia del derecho; por eso debe comparecer ante una ley que subraya el umbral, el vacío jurídico que se levanta entre la ley y su aplicación y que despide a los comparecientes hacia los espacios de suspensión o inejecución³⁹⁷ del derecho, del estado de excepción como regla.

Osorio hace un relato descarnado de los campos de concentración bogotanos de mediados del siglo pasado; a inquilinatos o albergues fugaces o habitáculos en muladares o cerros de refugio se añade su nítida descripción de "la Central" como una suerte de *Lager* de duración prolongada, sujeto a mutaciones que no cambian su esencial "condena al hambre y a la desnudez"³⁹⁸; torre central de un lugar en el cual las víctimas pugnan entre sí, en medio de irrisorios objetos que tanto pueden pertenecerles como haberles dejado de pertenecer³⁹⁹; pero pese

moderno o del Estado en general cuando nombra el Estado civilizado. Me inclinaría más hacia la primera hipótesis [...] Es la policía *moderna*, en situaciones político-técnicas *modernas*, la que es inducida a *producir* la ley siendo así que se considera que tan sólo la *aplica*"; Derrida, *Fuerza de ley*, op. cit. p. 173.

³⁹⁷ "En lugar de transgredirlo [al derecho], cuando se convertía en nocivo se le retiraba, se le suspendía por medio de un *iustitium*"; Nissen citado por Agamben, *Estado de excepción...*, op. cit., p. 69.

³⁹⁸ *El día del odio*, op.cit., p. 110.

³⁹⁹ "Campesinos desconcertados [...] cuidadosamente espia-dos por sus posibles victimarios. Pequeños negociantes de chucherías y comestibles. Pregoneros de pomadas y medicamentos milagrosos. Rufianes, cargueros, vagos,

a su conmovida apreciación de ese horror, Osorio no deja de pensar en términos de las categorías jusnaturalistas que reducen la anomia a un cuadro que justifica la violencia de los medios en aras de una cínica justicia de los fines. El populacho asume entonces los visos de motor histórico y fuerza natural⁴⁰⁰.

El terror revolucionario se formula como antídoto al terror anómico inherente al estado de

prostitutas, todos los residuos que la indignada sociedad rechaza de su seno y que convergen en aquel sector confuso, con fuerza centrípeta.

Al frente sur del Mercado, por la calle 10 se alza la antigua casa de la Central, prestigiosa de terror desde la guerra civil [...] Allí se encuentran fragmentos de máquinas domésticas, cubiertos, trocitos de metal sin uso definido, herramientas averiadas, tuercas y tornillos, frenos para caballerías y otros objetos dignos de desaparecer en los oscuros depósitos de la basura, pero que algún valor mercantil representan para los buhoneros indigentes que los pregonan a precio insignificante"; *ibídem*, pp. 98-99.

⁴⁰⁰ "La chusma que en 1789 se apoderó de la Bastilla [...] izando como trofeo la cabeza de la princesa de Lamballe, decidió la Revolución Francesa, que se hubiera desmenuzado en la teoría abstracta si la violencia del populacho no la hubiera empujado hacia el terror. La chusma que se alzó contra José Bonaparte [...] el populacho enfurecido que aprisionó e insultó a los virreyes y a los oidores el 20 de julio de 1810 en Santa Fe de Bogotá y que los historiadores citan con púdica censura, fue el que configuró el sentido básico de la independencia, planteada en términos literarios por los representantes de las clases dirigentes que actuaron en aquella emergencia"; *ibídem*, p. 108.

excepción que es regla. Pero por otra parte, Osorio también dibuja el cuadro de una conflagración que no culmina en la fundación de un nuevo derecho⁴⁰¹ y cuya violencia asume una función no mediata. Su reproche a Gaitán, a su “complejo de abogado”, podría examinarse entonces bajo otra perspectiva: no la de una invocación del terror revolucionario y su performatividad instituyente de la ley⁴⁰², cuanto aquélla de un clamor de la justicia contra la violencia del derecho, más acá o más allá de la violencia mítica o conservadora del derecho y de

⁴⁰¹ En contravía de los anhelos plebeyos de violencia fundadora: “-Yo que vivo sacándole el cuerpo a la ley, sé que las leyes las hacen esos guaches de arriba pa afianzar sus privilegios [...] Lo primero que hay que hacer es tumbar la ley. Partir de nada, como en la Revolución Francesa”; *ibidem*, p. 146. “¡No llegar un día en que podamos quemar todo, incendiar, matar pa que empecemos otra güelta y pa acabar con unos jediondos de esos que nacieron pa joder a los demás con su plata!”; *ibidem*, p. 146. “¡Poder vivir un día como gente y no como un piojo! Pero ¿ónde, que no lo jodan a uno?”; *ibidem*, pp. 212-213. “-Dejá a ver, que alguna vez será, Tránsito. Quemamos tóo y lo limpiamos tóo y golvemos a principiar como nuevos”; *ibidem*, p. 217.

⁴⁰² “El sintagma ‘fuerza de ley’ tiene a sus espaldas una larga tradición en el derecho romano y medieval [...] donde tiene el sentido genérico de eficacia, capacidad de obligar. Pero sólo en la época moderna, en el contexto de la revolución francesa, empieza a indicar el valor supremo de los actos estatales, expresados por las asambleas representativas del pueblo”; Agamben, *Estado de excepción...*, op. cit., p. 58.

su doble promitente, la violencia fundadora del derecho⁴⁰³.

El carácter no mediato de la violencia, asociable a la violencia divina, se relaciona en la ejemplarización benjaminiana con la cólera: “La explosión de violencia, en la cólera, no es un medio con vistas a un fin: aquella no tiene otro objeto que mostrar y mostrarse a sí misma”⁴⁰⁴. Dicha violencia pura suprime su relación con el derecho⁴⁰⁵. No obstante, en tanto vinculada a un

⁴⁰³ Escribo aquí en la estela de la inflexión derrideana que plantea el carácter recíprocamente contaminado de la dupla violencia conservadora-violencia fundadora: “Forma parte de la estructura de la violencia fundadora el que apele a la repetición de sí y funde lo que debe ser conservado, conservable, prometido a la herencia y a la tradición, a la partición”; Derrida, *Fuerza de ley*, op. cit., p. 166. Quizás se deba a esta contaminación el carácter teleológico de las invocaciones a la violencia fundadora, aun cuando éstas suponen responder a un anhelo de justicia que pretende trascender toda violencia conservadora: “pero la vaina no es [...] que los de abajo pasemos p’arriba, así no más. No señor. La vaina es otra. Es que haya justicia [...] Y que los hijos de los pobres no lo encuentren todo cerrado”; *El día del odio*, op. cit., p. 147. El carácter confrontador de las violencias fundadora y conservadora se relaciona, como veremos más adelante, con el kafkiano estar “ante la ley” como ante una puerta cerrada/abierta de par en par: “una puerta que no permite la entrada por estar demasiado abierta”, según Agamben, *Homo sacer. El poder...*, op. cit, p. 77.

⁴⁰⁴ *Ibíd.*, p. 179.

⁴⁰⁵ “Mientras que la violencia que es medio para el establecimiento del derecho no suprime nunca la propia relación con él e instaure así el derecho como poder (*Macht*)

estado de suspensión del derecho, nos refiere a “una pulsión anómica contenida en el corazón mismo del nomos”. Las licencias carnavalescas, las fiestas anómicas como “umbral de indiferencia entre anomia y derecho” apuntan así a “la mostración del carácter luctuoso de toda fiesta y del carácter festivo de todo luto”⁴⁰⁶.

Si en la antigua Roma el funeral del soberano daba lugar a tumultos que verificaban estos nexos entre la fiesta anómica y el luto⁴⁰⁷, la plebe insurrecta de *El día del odio* apunta a una cierta dislocación⁴⁰⁸ de dicho escenario: Gaitán, soberano imposible, espectral, no oficial, objeto de unas exequias fantasmales que desbordan en la plebe la fuerza de ley del estado de excepción (la

que queda ‘íntima y necesariamente vinculado a ella’, la violencia pura expone y corta el nexo entre derecho y violencia y puede aparecer pues finalmente no como violencia que gobierna y ejecuta (*die schaltende*), sino como violencia que, puramente, actúa y se manifiesta (*die waltende*); Agamben, *Estado de excepción...*, op. cit., p. 93.

⁴⁰⁶ *Ibidem*, p. 107.

⁴⁰⁷ *Ibidem*, p. 101.

⁴⁰⁸ Dislocación en el sentido derrideano-hamletiano que alude al destiempo, o a un tiempo *out-of-joint*, acechado por el carácter vivo-muerto del espectro (aquí el de Gaitán) y por una trágica “anterioridad pre-originaria y propiamente espectral del crimen del otro, una fechoría cuyo acontecimiento y cuya realidad, cuya verdad, no pueden nunca *presentarse* en carne y hueso, sino solamente dejarse presumir, reconstruir, fantasear”; Jacques Derrida, *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*, Trotta, Madrid, 1995 (1ª edición en francés, 1995; trad. J. M. Alarcón y C. de Peretti), pp. 34-35.

expresión de dicho estado como regla). Así el tumulto se duplica, tiene lugar más de una vez. Una sublevación popular antecede o prefigura a aquélla que acompaña al funeral con el cual debe honrarlo la instancia soberana oficial. La chusma reacciona de forma simultáneamente intempestiva y tardía, ante el crimen crónico cometido por el otro –el sector oligárquico– hostigador de su enorme y heterogéneo cuerpo plebeyo y guillotinator de su cabeza⁴⁰⁹. De esta manera la plebe deja de estar en un estado relativamente kafkiano de confrontación, en el umbral de la ley, para constituirse en *medium* de una irrestricta violencia medial⁴¹⁰, no mediata, pura, ejercida sin los

⁴⁰⁹ Al indicar la ambivalencia de Gaitán, su estimulación y contención de la chusma, Osorio alude a una efervescencia que depende y no depende de las riendas de ese caudillo: “Esta efervescencia mantenía el terror en las altas esferas capitalistas y políticas. La chusma estaba a punto de insurreccionarse y era indispensable doblegarla antes de que estallase la rebelión. [...] Era indispensable segar esa cabeza”; *El día del odio*, op. cit. pp. 224-25.

⁴¹⁰ “Pura es así la violencia que no se encuentra en relación de medio con respecto a un fin, sino que se mantiene en relación con su propia condición de medio”; Agamben, *Estado de excepción...*, op. cit., p. 92. Quizás quepa destacar aquí el paso de un carácter confrontador y mediato en la violencia reactiva-delinquencial de la plebe a una inmersión en la violencia como medio, en la cólera desprovista de fines: “inmersión puede figurar como nombre colectivo para todos los ejercicios de paso del modo de ser confrontante al medial –habida cuenta de que se debe designar confrontante a un comportamiento que acentúa el ser enfrente, mientras

demasiado humanos titubeos⁴¹¹ del caudillo penalista. De modo que, heredera sonámbula, análoga y diferente a Hamlet, sobre ella se descerraja una deuda que la posee, transformándola en chusma-*medium*, espasmódica y pletórica de “ímpetus sin finalidad”⁴¹².

Soberano espectral, cabeza soberana fantasmal o prometida, por-venir de la chusma, Gaitán masacrado no es susceptible “en ese momento”, de un entierro como aquél que recupera para el poder dinástico la multitudinaria energía del estado de excepción⁴¹³.

medial queda para el comportamiento en que se actúa, primordialmente, el ser-en-”; Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*, op. cit., p. 79. Si revisamos expresiones ya citadas de *El día del odio* como las de “sacar el cuerpo a la ley, tumbar la ley”, o “poner a temblar a esos mantecos disgracios”, ligadas a la consigna de “partir de nada, como en la Revolución Francesa”, se colige que dichos sintagmas corresponden a las intenciones de una violencia fundadora que “está enfrente”, según Derrida en *Fuerza de ley*, op. cit., p. 164.

⁴¹¹ Titubeos inherentes al carácter inaprehensible de la violencia pura en términos finitos o humanos:

“la violencia divina, que es la más justa, la más histórica, la más revolucionaria, la más decidible o la más decisora, no se presta a ninguna determinación humana, a ningún conocimiento o ‘certeza’ decidible por nuestra parte. No se la conoce jamás en sí misma, ‘como tal’, sino sólo en sus ‘efectos’ y sus efectos son ‘incomparables’, no se prestan a ninguna generalidad conceptual”; ibídem, p. 184.

⁴¹² *El día del odio*, op. cit., p. 232.

⁴¹³ “Es desde luego posible considerar el *iustitium*-luto público sólo como el intento del príncipe de apropiarse del

Ósmosis

La retórica de Osorio Lizarazo en torno a la estratificación social correspondería a la del Roland Barthes mitólogo que P. N. Furbank asocia tanto al típico punto de vista presuntamente neutro que ignora el carácter pragmático de las clasificaciones⁴¹⁴ como a otra cosa: a la asunción de una marginalidad “cuya única conexión con el mundo de los seres humanos es ‘del orden del sarcasmo’”⁴¹⁵. También podría extrapolarse al autor colombiano la caracterización que hace Furbank del recurso a la expresión ‘plebe’ por parte del historiador británico E. P. Thompson: “alineada irremedia-

estado de excepción al transformarlo en asunto de familia”; Agamben, *Estado de excepción...*, op. cit., p. 101.

⁴¹⁴ “Aquellos que se convencen de que el concepto de ‘clase’ es una herramienta intelectual útil que pueden emplear mientras permanecen fuera del ‘sistema de clases’, sólo parecen engañarse a sí mismos y de una manera no muy respetable; en realidad ésta es la raíz de la parte más maliciosa del concepto de ‘clase’”; Furbank, *Un placer inconfesable...*, op. cit., p. 209. Una advertencia que recurre a lo largo de este tomo, agudo a la hora de señalar el carácter pragmático de nociones como las de clase o estatus: “Una clase necesariamente implica la existencia de un clasificador y esto nos conduce a la pregunta fundamental: ¿quién es este clasificador? ¿Quién hace la clasificación? De modo similar, la palabra *status* necesariamente plantea la pregunta: ¿*Status* a ojos de quién?”; ibídem, p. 123.

⁴¹⁵ Ibídem, p. 83.

blemente en un punto de vista ducal mientras su corazón está con la plebe”⁴¹⁶. Ahora bien, como el país es Colombia, el alineamiento sería con un punto de vista oligárquico, fundado en el menosprecio de los sectores sociales deshonrados. Y el corazón sí estaría con el mismo pueblo abusado.

Las punzantes consideraciones del ensayista británico a las que recurro me parecen muy pertinentes no sólo para perfilar en el plano de la enunciación al autor colombiano de una novela que tematiza la estratificación social. Furbank resulta quizás más útil aún a la hora especificar la índole del discurso osoriano en el plano congelado de sus enunciados.

Desde la perspectiva de diversos teóricos de la literatura europea abocados por este crítico radical de la noción de clase que es Furbank, llama mi atención el hecho de que la novela decimonónica acuse una pronunciada inclinación hacia las “preocupaciones de ‘clase’”⁴¹⁷. Me pregunto si algo similar pueda decirse también de la novela colombiana en los siglos diecinueve y veinte⁴¹⁸. De manera algo irresponsable,

⁴¹⁶ *Ibíd.*, p. 98.

⁴¹⁷ *Ibíd.*, p. 216.

⁴¹⁸ En el caso de Osorio, en un tono totalmente alejado de la obsesión inglesa decimonónica por las maneras. Siempre que no pensemos que las instantáneas de individuos plebeyos en Osorio puedan verse desde la óptica de anti-modales o maneras parodiadas, *v. gr.* cuando el Alacrán se presenta a Tránsito:

abandono cómodamente la cuestión, refugiándome en mi carácter de lego en la materia. Esto no impide, sin embargo, que yo pase revista a la peculiar asunción del discurso sobre las clases en la novela de Osorio.

Puedo colegir así, con base en algunos puntos examinados por Furbank, que en *El día del odio* prevalecería una aproximación a la estratificación social⁴¹⁹ fuertemente determinada por la noción de honor: “una concepción basada en el ‘honor’ exige que se crea en la existencia de una ‘plebe’ o un ‘populacho’ no clasificado que se mantiene fuera del círculo del honor”⁴²⁰. Ello nos coloca en el ámbito de una exclusión drástica⁴²¹.

“-Taba pensando, señorita –dijo–, que si vusté se quisiera tomar una cerveza con yo. Y me perdona que toy tan puerco.

Se había lavado y peinado la pelambarrera salvaje. Tránsito rechazó la invitación, pero la vieja le censuró la descortesía. Entonces se quejó de que no tenía pañolón y así, en cuerpo, no se atrevía a salir ni siquiera a la esquina por miedo a los policías. El Alacrán le ofreció:

-Si m’espera un momento y en después no me deja engañao, yo le empriest’un pañolón orita mesmo”; *El día del odio*, op. cit., p. 87.

⁴¹⁹ Y ya advertidos por Furbank, este sintagma –estratificación social– resulta problemático. Emplearlo nos coloca en una postura naturalizante o cientificista que extrapola una metáfora geológica al campo social; cf. Furbank, *Un placer inconfesable*, op. cit., pp. 104 y 113.

⁴²⁰ *Ibidem*, p. 198.

⁴²¹ “Permítaseme exponer una hipótesis amplia: el hecho de que tengamos que describir las relaciones sociales como el

Y nos acerca por lo mismo a la homogeneidad de las jerarquías⁴²². En este sentido la chusma es homogénea como parte heterogénea de la sociedad homogénea, según rezaría el galimatías debido a una yuxtaposición de las inferencias del ensayista inglés con las de Bataille.

Galimatías aparte, si frente a la jerarquía las clases son relativas, la pereza espiritual de la retórica novelística⁴²³ en torno a las clases termina tratándolas como absolutos sociales. ¿Participa también Osorio de cierta flojera alegórica, empecinada en reducir la enunciación

paso de un sistema de 'honor' –en el que se distribuye un favor, algo absoluto– a un sistema de 'clases' regido enteramente por lo relativo, nos indica que estamos, en realidad, ante un procedimiento puramente de exclusión"; *ibídem*, pp. 148-149.

⁴²² "Una 'jerarquía', a diferencia de una estratificación, es *homogénea*. (La jerarquía angélica está compuesta enteramente por ángeles y la jerarquía militar está compuesta enteramente por oficiales, aparte de un grupo conocido como *soldados rasos*, cuya única y completa definición es que no son oficiales o por lo menos no oficiales con graduación)"; *ibídem*, p. 135.

⁴²³ Tras haber señalado cómo las clases "suministran al novelista un marco prefabricado", óptimo para escritores inclinados a ceder a la "tentación de pereza artística" de los absolutos sociales, Furbank atribuye a Dickens un "principio de relatividad" próximo al monólogo interior que permite disolver las perezosas rigideces de los tópicos sociológicos. En ese ínterin se gesta un Proust cuyo método narrativo viene a ser "profundamente igualitario" o un Joyce en el cual "lo social [...] va a parar a la hoguera general de las categorías"; cf. *ibídem*, pp. 211-33.

novelística a un discurso verificador y esquemático⁴²⁴, no muy distante de aquél que él aborrece en antropólogos y sociólogos?⁴²⁵ Lo cierto es que la chusma osoriana no es exactamente un témpano compuesto por rígidos estratos⁴²⁶, así exhiba los rasgos compactos de un

⁴²⁴ Según señala Mutis Durán, algunos críticos que reprochan a Osorio su recurso a técnicas y géneros literarios decimonónicos, se apresuran a responder afirmativamente esta pregunta; aluden a una pereza espiritual (si bien no en estos términos) con base, paradójicamente, en la lectura de una sola y quizás anómala novela del autor cuestionado (*v. gr.* casos Eduardo Camacho Guizado y Helena Araújo); cf. Mutis Durán, “Introducción”, op. cit., pp. xv a xxi.

⁴²⁵ “La sociedad para disfrazar su horrenda hipocresía, para defender el sofisma del generoso corazón de sus altas clases, para salvar su paz y su sosiego, extrae de su seno sociólogos que expliquen con argumentos artificiales y cobardes la realidad de aquellos desamparados. Para complementar su falsía el sociólogo se apoya en el antropólogo y entre los dos urden una serie de vocablos técnicos que explican la regresión, la falta de sentido moral, la degeneración de los instintos por causas fatales, a las cuales es ajena esa cristiana y bondadosa sociedad que se revuelca en su ficción de caridad”; *El día del odio*, op. cit., p. 84.

⁴²⁶ En la sección anterior ya vimos la precariedad de la multitud hormigueante en torno a “la Central”. A esta masa dedicada a un tráfico de hambre y desnudez Osorio yuxtapone otros sectores, contiguos a dicha masa; éstos, tarde o temprano se suman a las hordas hambrientas y desnudas, según los preceptos de una categoría de la historia natural (decadencia) y de una noción relativa a la fluida circulación a través de una membrana (ósmosis):

“Cuanto significa fracaso y degradación va a desembocar en la carrera 11. Antiguos funcionarios que un día

cayeron bajo la acción de la justicia por malos manejos y no pudieron tornar jamás a su perdida posición, se disputan con viejos tinterillos, desalojados de los alrededores de las oficinas judiciales, el privilegio de arreglar los pleitos que se suscitan entre los borrachos y los campesinos ingenuos que de pronto entran en un bodegón para la terminación de un negocio. Presuntos artistas y poetas que un día tuvieron ensueños de gloria, fascinados con el señuelo de las drogas y del alcohol, se confunden con los estudiantes provincianos que llegaron a seguir una carrera a costa de oscuros sacrificios de padres ilusionados, y les imploran la dádiva de un trago a los negociantes temerosos [...] Mujeres hediondas, rechazadas hasta de los más bajos prostíbulos, como la Cachetada o como la que soportaba la fiebre de su enfermedad en el tugurio de misiá Eduvigis y que venían a distribuir su cotidiana ración de bacilos en los hoteles donde podían practicar el tráfico de su carne atormentada a precio ínfimo, alternan con rateros como El Alacrán o el Manueseda [...] Los mozos de cordel, obreros envilecidos por la sórdida indigencia, cundidos de piojos y de remiendos, anestesian con chicha el desfallecimiento de su inanición y adquieren momentáneamente la fuerza muscular necesaria para el ejercicio de su agobiador oficio. Limpiabotas, vendedores de lotería y borrachos reúnen sus gritos a las vociferaciones de los campesinos que están a punto de entregarse a la seducción del estafador. [...]

Entre el grupo social que componen estos obreros imprecisos y el de los maleantes que ambula por los alrededores del Mercado se verifica una relación de ósmosis continua. Hay entre ellos una relativa identificación moral que los aproxima y los hace recíprocamente comprensivos. Y a este conjunto, anónimo y miserable [...] que promueve el egoísmo de los grupos que se consideran superiores, es al que la delicadeza postiza de las clases medias y el orgullo de las altas,

bloque errático desprendido de una formación glacial, emplazado en un risco y convertido en necrópolis⁴²⁷.

De manera similar, José Luis Romero⁴²⁸ alude a un proceso osmótico, consecuencia de los deshielos del témpano-chusma: el fluido anómico del bloque plebeyo se filtra y penetra las membranas que guarecen al bloque segregador. La masa segregada busca retornar al seno del patriciado segregador, asentado en la urbe, desplazándose hacia la ciudad desde la estepa del campo empobrecido. Ello convierte a los privilegiados –urbanos y tradicionales– en masas no menos anómicas que las de los desplazados/migrantes. Osorio no ve las cosas de esta manera⁴²⁹. Para él los deshielos plantean una

directamente o por medio de sociólogos a sueldo, califica con denominaciones insultantes: plebe, populacho, chusma, gentuza, turba, hampa, canalla”; *ibídem*, pp. 104-106.

⁴²⁷ “La ciudad va alzando su nivel insensiblemente y las pobres casas que nacieron desmedradas y débiles se van hundiendo en la tierra, hasta que la acera llega al nivel de las techumbres. Están condenadas a una vida subterránea, furtiva y mísera, hasta que un día desaparecen para siempre como si se convirtieran en el sepulcro de sus habitantes”; *ibídem*, p. 56.

⁴²⁸ *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, op. cit.

⁴²⁹ Para Osorio, en efecto, entre los advenedizos anómicos y los advenedizos (nuevos ricos) apenas incorporados al patriciado tradicional, no parece incoarse un proceso osmótico (como aquél que se produce entre obreros y maleantes), cuanto uno de creciente exclusión y segregación. La elite prefiere postergar proyectos suntuarios en aras de la

segregación, para “ceder” temporalmente espacios a la chusma:

“[El Paseo Bolívar [...]] precioso ornamento urbano, [fue diseñado] cuando la influencia del presidente Reyes trató de crear una aristocracia de opereta entre los nuevos ricos de la guerra civil [... para] monopolizar el reposado paisaje de la sabana hurtándolo a la bovina contemplación de carboneros y palurdos [...] Pero el tiempo traicionó las previsiones y centenares de miserables se escondieron entre los repliegues del Paseo, alzaron a su vera cabañas purulentas, excavaron refugios trogloditas debajo de las piedras que sostienen la pesadumbre de los cerros, pusieron a fermentar su chicha en tarros y barricas, se ocultaron como murciélagos de la luz del día en los socavones abandonados de las minas de carbón. [...] El Paseo Bolívar fue el símbolo de la infamia, la perenne acusación contra la gran hipocresía urbana, el vivero de busconas y rufianes, el almacigo de rateros, la incubadora de presidiarios, el bátraco de réprobos y proscritos. Y las clases decentes de la ciudad se resignaban a la pérdida del Paseo Bolívar a cambio del extrañamiento y la confinación de los miserables. [...]

La ciudad miraba con desprecio al Paseo Bolívar y a sus habitantes, y la policía se encargaba de expresar la recatada repugnancia colectiva. [...]

Alguna vez las urgencias del espacio impondrían el rescate de la barriada y entonces los maleantes y los indeseables serían eliminados como piojos: y la obra de limpieza no tendría un objeto de dignificación humana sino un fin de exterminio”; *ibídem*, pp. 154-155.

Este panorama excluyente limita de manera drástica cualquier movilidad social e intensifica los procesos osmóticos en el interior del bloque-chusma:

“Olmos provenía de una familia de obreros de mejor categoría. Un zapatero remendón había sido su padre [...]. Tuvo disposición para la jurisprudencia, pero fuele imposible asistir a la Facultad, *fuertemente abroquelada con*

ósmosis de otra índole: a escala microscópica, en el interior del témpano chusma, dicha ósmosis produce/(se) produce (en) una zona de turbulencia donde periclita cualquier categoría social y se regresa a la fumarola originaria de “la pobrería indefinida que suministraba artesanos para el trabajo y carne de cañón para las revoluciones armadas por los ambiciosos de poder y de dinero”⁴³⁰.

Otro tanto sucede con un abominable fragmento de hielo que, de acuerdo a la lógica del símil propuesto, no sabría uno cómo identificar: si en tanto coágulo aferrado al pomposo carámbano segregador, falsificación de éste o cuasi-deshielo (segregador) del iceberg-chusma: se trata de la llamada clase media, a la cual Osorio atribuye invariablemente una altivez caricaturesca, simuladora⁴³¹, refiriéndonos a la génesis de este sector mediante un discurso no muy alejado del perezoso y prefabricado marco

sus aranceles y con sus matrículas para evitar las filtraciones de la plebe, y el fracaso de su vida lo condujo a la afición al alcohol, y el rechazo de la gente decente a la amistad de perdularios, hampones y maleantes”; ibídem, p. 129 (énfasis mío).

⁴³⁰ Ibídem, p. 115.

⁴³¹ “[T]anto más llena de presunciones y de celos cuanto más artificial era su posición, altiva y desconfiada con los humildes y sumisa ante los altos: los que dan empleo y tienen casas para arrendar”; ibídem, p. 16. Se trata de una clase enfrascada en una “lucha sórdida de simulaciones”; ibídem, p. 223.

de los absolutos sociales y sus clasificaciones de orden socio-antropológico⁴³². Pero este ánimo taxonómico recalca finalmente en el carácter

⁴³² Se refiere de esta manera al barrio de la Perseverancia:

“Ciertos especuladores adquirieron los lotes más invendibles para edificar series de cuartos ciegos destinados a alojar ese rebaño humano que no se inquieta por la comodidad del domicilio ni por las prescripciones de la higiene, sino que se conforma con un sitio cubierto donde tender durante la noche los huesos fatigados, con frecuencia saturados de chicha. Pero la parte principal de la población que habita aquel barrio no está constituida por esos núcleos excesivamente miserables, extraviados en las callejuelas más escondidas, sino por obreros de ese tipo simulador y presumido que aplica toda su potencialidad humana al anhelo de incorporarse a los cuadros de la clase media. Porque en una sociedad de organización capitalista, donde la vida es una ficción económica, no solamente las tres clases normales, sino sus escalas intermedias, se contemplan entre sí con envidia y con recelo. En cada una hay grados de jerarquía. El obrero, sobre la base de la tradición colonial y de las hidalgas influencias ancestrales de que no han podido librarse los países de América, se avergüenza de su condición cuando adquiere conciencia de ella. [...] Lo mismo en la Perseverancia que en los demás barrios obreros, este elemento con su precaria estabilidad es el que confiere carácter, fisonomía y personalidad al conglomerado. El inferior es más trashumante, en tanto que aquél posee, a veces, la casa donde vive, y su condición de propietario, por reducida que sea su propiedad, lo obliga a actuar con cautela y con prudencia en la mayor parte de sus actos. Pero en su fondo palpitan el espíritu de rebeldía y el sentimiento heroico que llevan a participar en las revoluciones en cuanto éstas estallan”; *ibídem*, pp. 115-117.

ficticio/frágil de la segregación cuando ésta tiene lugar en un medio de precaria prosperidad⁴³³. Tal vez por esto, a la hora crucial de la catástrofe purificadora, para Osorio aun los advenedizos más afortunados se suman a la turbulencia justiciera⁴³⁴.

Prevalece entonces el impulso incontenible de un sentimiento herido de inferioridad social, harto de sí, pronto a seguir el llamado de aquél que proyecta una “promoción de plebes”, una “exaltación de plebes”, una “reorganización de la sociedad sobre un basamento de justicia, en lugar del pervertido por el prejuicio y el privilegio”⁴³⁵. Un punto final a la exclusión jerárquica.

Desnudez

⁴³³ “Obreros más pudientes, que podían vivir mejor ubicados, habían adquirido su lote en la espera de la hipotética valorización, con un sentido financiero, y encomendaban la vigilancia de su hipotética propiedad a un obrero más pobre”; *ibídem*, p. 179.

⁴³⁴ “Un oscuro sentido de justicia les indica [a los estratos inferiores de la clase media] que su destino está más próximo al de éste que al de las clases privilegiadas, acerca de las cuales comparte el odio, menos expresivo pero igualmente enconado”; *ibídem*, p. 116.

⁴³⁵ *Ibídem*, pp. 142-143.

Conjuntos sociales “condenados al hambre y la desnudez, rateros de ínfima condición” que ocasionalmente dejan de lado los “chiros”⁴³⁶, que delatan su reciente presidio (y “tuavía güelen a cana”). Prostitutas detenidas, que guarecen bajo un púdico pañolón su calzado de mujer pública⁴³⁷. Integrantes de la plebe, cuya indumentaria define su anhelo o denuncia su proximidad al modo de vida aldeano o a la dureza de la urbe⁴³⁸. Atuendos “detonantes” que imploran perdón⁴³⁹ o pautan el comercio de la carne⁴⁴⁰.

⁴³⁶ “-Ora me ve así, señorita -explicó-. ¡Pero también tengo unos chiros nuevos y voy a desempeñar mis zapatos y mi ruana nueva y verá cómo cambi’uno!”; *ibídem*, p. 79.

⁴³⁷ “Las dos últimas se abrigaban con un simple pañolón, pero calzaban zapatos en lugar de alpargatas”; *ibídem*, p. 33.

⁴³⁸ “Mientras el Manueseda y Olmos lucían buenos sobretodos, el Inacio llevaba una ruana azul, un sombrero de anchas alas en muy buen estado y vistosos zapatos amarillos. El Asoliao ostentaba su ruina total con una ruana desteñida y manchada. Poveda se ufanaba con un traje fabricado para otro físico y lo decoraba con una gran corbata roja. El Lechuzo, lo mismo que el Inacio, tenían ruana y sombrero nuevos pero llevaban alpargatas, en lugar del detonante calzado del primero”; *ibídem*, p. 133.

⁴³⁹ “Obreros más pudientes [...] ofendían la indigencia colectiva con sus ruanas de paño y sus zapatos chirriadores. Pero sabían hacerse perdonar enseguida encaminándose hacia la chichería y mostrándose magnánimos en sus invitaciones”, *ibídem*, p. 179.

⁴⁴⁰ “-Sí, señorita Fulia. Yo, que le traigo un hallazgo.

El atuendo estruendoso⁴⁴¹ es difícilmente un signo de incorporación al modo de vida urbano en una ciudad/sociedad cimentada sobre bases excluyentes. El obrero próspero que debe hacerse perdonar sus zapatos “chirriantes” y la campesina forzada a la prostitución que resiente los adornos de la indumentaria urbana⁴⁴², son reducidos por la urbe excluyente a mera fuerza de trabajo y mercancía obscena: a nuda vida próxima y aun indistinguible de aquella concentrada en los campos⁴⁴³ regidos por esa “falsía” pseudo-protectora que responde al nombre de “Beneficencia”⁴⁴⁴.

-¿Eso? -dijo Julia con desprecio, indicando el temeroso azoramiento de Tránsito-. A cualquier cosa llama hallazgo. Entren p’acá. ¡Si es una campesina tonta!

-¡Ah, sí! -defendió Eduvigis-. Pero vístala y péinela y póngale unos güenos zapatos y verá. De ésas son las que gustan”; *ibídem*, p. 57.

⁴⁴¹ Valga la redundancia: cf. la etimología de atuendo.

⁴⁴² “¡Uy! Estu’es de lo que usan las señoras. ¡Yo que me voy a poner d’eso!”; *ibídem*, p. 63. “-¿P’onde cojo? ¿Qui’hago yo? Y ora sin el mugre pañolón y con estos cueros en las patas”; *ibídem*, p. 67. “Decidió que por la mañana iría por su pañolón hasta donde la señorita Julia y entregaría esa ropa con que la habían disfrazado”; *ibídem*, p. 70.

⁴⁴³ “Son una masa densa de promiscuidades, devorada por la pobreza y la suciedad que mancha la pulcritud social, tan envanecida de sus privilegios, y que es un testimonio acusador de la falacia y la mentira que se escudan tras los términos convencionales de beneficencia, caridad, democracia”; *ibídem*, p. 105.

⁴⁴⁴ “Los altos funcionarios de la justicia [...] celebraban contratos de alimentación con alguna señora bien

La nación colombiana del siglo XIX no confiere plena nacionalidad a la totalidad de quienes nacen en su seno. Una “fractura biopolítica”⁴⁴⁵ define indumentarias y espacios diferenciados: mantas, alimentos y zapatos –por un lado–, desnudez, hambre y estigmatizadas alpargatas –por otro–. El bastardo patentiza dicha brecha entre el legítimo portador de un atuendo y el condenado al hambre y la desnudez⁴⁴⁶. El Pueblo colombiano de calzados (“patiaforraos”) y gordos se separa del pueblo anodino descalzo y malcomido.

recomendada, con referencia de buena sociedad [...]; y como de tan precario presupuesto debía obtener su ganancia, tenía que prepararles una sopa con desperdicios del matadero y con vegetales de los que se pudrían en los depósitos del Mercado. Desde luego, la cantidad era muy limitada, porque no era justo que el Estado se pusiera a engordar hampones”; *ibidem*, p. 82.

⁴⁴⁵ “Todo sucede, pues, como si eso que llamamos pueblo fuera en realidad, no un sujeto unitario, sino una oscilación dialéctica entre dos polos opuestos: por una parte el conjunto Pueblo como cuerpo político integral, por otra, el subconjunto pueblo como multiplicidad fragmentaria de cuerpos menesterosos y excluidos”; Agamben, *Medios sin fin...*, op. cit., p. 32.

⁴⁴⁶ “Y yo de puro bruta me puse a chillar por mi angelito y antós vino otro jediondo policía y me golvió a llevar pa la Permanencia quisque por escándalo. ¡Y ay ta! Pu’ay tará aprendiendo pa ratero. Y sus hermanos, como la mama de ellos sí no jue sirvienta, ay tan bien patiaforraos y gordos”; *El día del odio*, op. cit., pp. 72-73.

Los nacionales engreídos extraen del pueblo servil todas las plusvalías⁴⁴⁷, beneficiándose aun de la recreación embrutecida o de la rastrera sociabilidad plebeya⁴⁴⁸. La servidumbre voluntaria campea en la plebe pese las expresiones

⁴⁴⁷ “Esto no exige tanto una teoría de la plusvalía cuanto un análisis de la ‘servidumbre voluntaria’”; Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*, op. cit., p. 477. En dicha línea habría estado Gaitán: “Ustedes tienen la culpa de su miseria –le diría el tribuno al público anhelante–. Ustedes han renunciado cobardemente a su condición humana”; *El día del odio*, op. cit., p. 143. He aquí a la población concentrada en las chicherías: “Seres que podrían parecer superfluos sobre la tierra implacable, si no fueran los que realizan los menesteres indispensable para la satisfacción de las personas delicadas: ayudar a la construcción de sus casas, llevarles sus fardos y valijas, limpiarles los zapatos”; *ibidem*, p. 129.

⁴⁴⁸ “Las puertas de las chicherías eran el único lugar donde el impulso sociable del bajo pueblo de Bogotá encontraba oportunidad de expresarse y ante ellas se reunían los obreros al salir del trabajo”; *ibidem*, p. 49. “El único alivio posible para su desventura radica en la chicha, que los anestesia y los envilece, lo que hace que sus reducidos e inciertos salarios deriven hacia las rentas públicas, para que el Estado pueda pagar su burocracia”; *ibidem*, p. 105.

El machismo pone en evidencia el carácter infame de la sociabilidad en las chicherías: “Fuera de asegurar su satisfacción sexual, a una india cualquiera le podía ‘sacar el jugo’, porque además le arreglaría la ropa, le prepararía los alimentos y le representaría un estímulo, pues tendría alguien con quien expandir el instinto comunicativo, cuando no tuviera ganas de ir a la chichería. –Más que l’india sea pu’ay una guaricha’e burdel –pensaba”; *ibidem*, p. 180.

quínicas de rateros y mujeres públicas. Gaitán activa la consciencia quínica subalterna, iluminándola⁴⁴⁹; amenaza el *statu quo* que esclarece únicamente a los sectores engreídos⁴⁵⁰. A Osorio, por otra parte, podría caracterizárselo como a un precursor desconocido de Jean Baudrillard y sus estrategias irónicas, si no fuera porque –al amplificar la voz del jactancioso usufructuario de la brecha biopolítica–, su afilada ironía no consigue salvar el desfiladero de la denuncia:

Los propietarios y los señores tienen que soportar esa insólita depravación. “¿Qué será lo que pretenden?, se preguntan. ¿No les damos oportunidad de ganarse la vida? [...] ¿No es bastante que nos dignemos utilizar sus manos hediondas para darles la oportunidad de ganarse un vaso de chicha?”.

Si Tránsito supiera leer y no fuera tan bruta podría enterarse por los diarios del sublime desprendimiento y de la inagotable misericordia de los ricos y se postraría de enternecimiento al

⁴⁴⁹ “Para ustedes, la oligarquía políticoeconómica ha organizado las chicherías como suprema compensación de su sacrificio. [...] mientras ustedes se matan por la pasión política, ellos constituyen compañías, reparten dividendos y se apoderan de la tierra”; *ibídem*, p. 144.

⁴⁵⁰ “Alguien tuvo la iniciativa de establecer talleres de artes manuales para que los pequeños bandidos aprendieran un oficio. Pero [...] el Estado no podía soportar tantos gastos, habiendo por ahí gentes distinguidas con necesidad de empleo, y niños importantísimos que deseaban estudiar en Europa con becas oficiales”; *ibídem*, pp. 82- 83.

saber que con frecuencia, abandonando sus compromisos y sus diversiones, con evidente espíritu de sacrificio, las más esclarecidas damas de la sociedad se reúnen para jugar un bridge de caridad donde agudizan su ingenio y arriesgan su dinero para destinar los productos de la suerte a una cosa indefinida y vaga que su altivez no les permite precisar y que se llama los pobres. [...] distribuyen limosnas de a centavo de la misma plata que los despreciables menesterosos han ganado para ellos, entre mendigos que con frecuencia perdieron su integridad corporal en el trabajo [...] y deambulan ostentando sus repugnancias.⁴⁵¹

Una ironía no impecable como ésta quizás merece, dados sus innegables alcances, una consideración diferente a la que pondera su *techné* y su estética literarias. De acuerdo a éstas, Osorio podría pecar por falta de rigor o escaso refinamiento.

Pero cuando uno se ve abocado a la realidad de la exclusión, debe faltar a lo impecable e incurrir en un discurso técnicamente ecléctico, insolente en términos de purezas o finuras genéricas. Si esto es así, los fallos técnicos y estéticos pierden importancia. Porque conjuran simultáneamente dimensiones épicas, dramáticas, miméticas, alegóricas, panfletarias e irónicas: forjan, antes que un espacio "novelístico", un

⁴⁵¹ *Ibidem*, pp. 207-208.

medio poseído igualitariamente por magmas colectivos, coros dramáticos y personajes individuales; pícaros y víctimas monstruosas; criminales de guerra y simuladores patéticos. Se conjugan entonces novela e historiografía; tragedia y comedia⁴⁵²; dramaturgia de complejos idiomas populares y documentalismo naturalista; historicismos identificados con la violencia e insolentes denuncias de la misma; técnicas literarias decimonónicas y contenidos del siglo veinte.

Tanto como la chusma es desnuda y heroica, inerme, transgresora, estoica, épica y dramática a la vez, el cuadro osoriano de la nuda vida aboca su cabal monstruosidad.

⁴⁵² Quizás esta dualidad subraye la trans-genericidad osoriana, si atendemos a lo señalado por Santiago Mutis, a propósito de las regañinas de los críticos que, como Uriel Ospina, sindicán a Osorio de dejarse “llevar por un pesimismo mal calculado que no le [permite] ver sino una sola *cara* de la realidad, la más triste, la más miserable”. “Carencia” de cara a la cual el acusado se declara practicante de un “humor trágico” que “frente a la cuantía inagotable del dolor humano [... hace] como el espíritu burlón de Carrière que, ‘entre las sombras... se reía... se reía’”; cf. Mutis Durán, “Introducción”, op. cit., p. xix. Humor trágico: esta expresión alude a una comicidad aterrada y compasiva, si cabe la deducción. Humor negro, entonces. Como el de cierta picaresca con la cual compara Hernando Téllez *El día del odio* (su lente estético-literario no desatiende, sin embargo, las dimensiones socio e historiográficas presentes); cf. ibídem, pp. 691-696.

Espectros de 1948⁴⁵³

La vieja se movía en torno, hirviendo un chocolate, apoyando en un palo la fatigada osamenta. A la luz del día su aspecto era más repugnante. El tenue resplandor de la vela puso en ella un tinte sobrenatural que aterrorizaba. Pero perdido el prestigio satánico de la noche, sólo quedaba un guñapo envuelto en su roña.

J. A. Osorio Lizarazo⁴⁵⁴

Cuestión de cabeza, como siempre según Marx, cuestión de cabecera y espíritu (...)

J. Derrida⁴⁵⁵

⁴⁵³ Al igual que otros teoriquillos de la región que reciclan títulos como *El oficio de sociólogo* o *La postmodernidad explicada a los niños*, yo me ubico en la estela de *Espectros de Marx*. Párezcase o no al de mis predecesores, este relanzamiento indica aquí una citación intensa del texto nombrado.

⁴⁵⁴ J. A. Osorio Lizarazo, *El día del odio*, op. cit., p. 161.

Cuando era niño, los relatos adultos del nueve de abril de 1948 me amedrentaban. En la biblioteca paterna, un reportaje gráfico profundizaba el efecto inquietante de dichas narraciones.

Aquéllos relatos no ofrecían explicaciones. Lo único cierto era la relación de aquel furor con la muerte de Gaitán. El reportaje gráfico, en cambio, traía fotos del joven Fidel Castro y, si no recuerdo mal, atribuía al comunismo la detonación de aquella furia.

Ojeo ahora un ensayo de Gerardo Molina sobre lo acontecido y continúan acechándome los espectros. Está el elogio falangista de la acción intrépida, la derecha incendiaria que habría animado al plebeyo Roa Sierra a perpetrar el magnicidio. Está la coalición elitista liberal-conservadora, con protagonistas –rehenes o captores– de alto coturno. Y en el trasfondo de dicha alianza, el pueblo masacrado y masacrante, vida siniestra de un cuerpo decapitado o peonaje de un juego de ajedrez impugnado (Laureano Gómez atribuye la mayoría liberal a un millón ochocientas mil cédulas falsas).

Esta mayoría también asume también visos espectrales. Tanto porque se la acusa de ser una mayoría falsificada, cuanto por su movilidad maquinal, de anónimo cuerpo descabezado, de pueblo infamado y anárquico a cuyo seno

⁴⁵⁵ J. Derrida, *Espectros de Marx...*, op. cit. p. 129.

revierte una policía que “recuerda ser pueblo”, según la expresión de Osorio Lizarazo.

De ese momento histórico a cuya continuidad nos debemos, herederos de coaliciones y juegos inciertos en la cúpula y de conjeturas mediáticas o complots espectrales, de ese momento dimana la divisoria nacional-político que da a entender una fisura entre Pueblo y pueblo, calificada por Agamben como “fractura biopolítica”. Y de un examen de dicha divisoria desprendemos otro conjunto fantasmal: odios políticos similares a esos odios étnicos del Medio Oriente o los Balcanes contemporáneos pero disimilares a éstos en la medida en la cual se refieren a afiliaciones políticas y no a naciones. El Pueblo Nacional contra el pueblo politizado, cabría decir. Pero no es así. El asunto es más ambivalente. Porque el Pueblo Nacional con efectivos derechos políticos, investido como soberano del estado nación colombiano, puede resultar más fantasmal que la maquina plebe lumpenesca, enardecida ante el crimen cometido contra su cabeza.

Cabeza o cabecilla que dispensaba sus mandatos sobre los miembros de la chusma al modo de un fármaco que embravecía aquellas desnudeces obligadas al latrocinio y la prostitución, hostigadas por la policía, exaltándolas hacia una consciencia de sí, de su contenido poderío. Mandatos que también contenían el efecto de un narcótico poderoso capaz de

conjurar calmas chichas o mareas uniformes *ad portas* de los estamentos victimarios.

En esta segunda circunstancia –cuando la cabeza comandara una disciplina de silencio–, como ante el espectro paterno del Hamlet shakespeareano, presentado, según sugiere Derrida, en tanto semi-invisible⁴⁵⁶ visor de insospechado alcance, la cabeza interpelaba a la efigie transitoria del Pueblo Soberano. Pero a diferencia del guión shakespeareano, no era ésta la que asediaba con una demanda al virtual heredero, al comandante del irritado pueblo mayoritario momentáneamente lúcido acerca de su factible derecho a la soberanía. Al contrario. Era el virtual heredero quien –sin cruce alguno de miradas– dirigía al espectro del Pueblo dominante una demanda de justicia, acaso inconscientemente irónica, con el reflejo anticipado de su silencio.

La petición elevada tenía rasgos de imposible: a la anodina figura soberana –fantasma del Pueblo Nacional–, al presidente de turno de una elite segregativa se le reclamaba una justicia tan ajena a esa figura ejecutiva como al estado de derecho, policía de intereses poderosos.

El silencio de la marea de menesterosos y su *venganza incruenta* (Osorio Lizarazo) me parece

⁴⁵⁶ “[L]a visibilidad furtiva e inaprensible de lo invisible o una invisibilidad de un algo visible”; Derrida, *Espectros de Marx...*, op. cit., p. 21.

interpretable de dos maneras: bien como una estrategia irónica que otorgaba al presumido poder conservador unos dones imposibles, dado su carácter finito⁴⁵⁷, bien como aquella otra que confundía ingenuamente lo humano y lo divino, otorgando al poder conservador atributos de espectro paterno, de caduco antecesor al cual se exigía entregar la herencia como si ésta fuese la del caudal infinito e incondicionado de la justicia. En este último caso, la capitaneada marea de andrajosos marcharía al compás de un proyecto continuista, de una sucesión dentro del derecho corroído y pervertido por los dominantes, cautiva de la violencia mítica de ese derecho, al punto de invocar el espectro de la tradicional casta de letrados y doctorados de la historia colonial de la urbe bogotana⁴⁵⁸ como

⁴⁵⁷ “¡Todo depende ahora de vos! Quienes anegan en sangre el territorio de la patria, cesarían en su ciega perfidia. Esos espíritus de mala intención callarían al simple imperio de vuestra voluntad”; de la oración de Gaitán el 7 de febrero de 1948, comandante del “silencio de cien mil personas”, reproducida por Gerardo Molina, “El 9 de abril y sus implicaciones políticas”, en D. Acevedo Carmona (comp.), *Gerardo Molina: el magisterio de la política*, Tercer Mundo, Bogotá, 1992 (1ª edición, 1977), pp. 209-236. Cita de la p. 219.

⁴⁵⁸ Acerca del trasfondo histórico de las masas bogotanas desvalidas y la condición de los letrados capitalinos, cf. la aproximación de Mutis Durán a *La miseria en Bogotá* de Miguel Samper, en *Novelas y crónicas*, op. cit., pp. xv-xxi.

garante de lucidez dispensadora de justicia⁴⁵⁹: y ello en medio de un trance que ponía en evidencia la condición simultáneamente inerme y poderosa de la elite política, acosadora ahora asediada, oscilante entonces entre el presente y el pasado –efectiva capacidad de ejecutar u obsoleta inercia de antigualla.

Esta espectralidad en el ámbito del Presidente invocado, delegado del poder conservador, lo ubicaba en una zona intermedia entre lo inmanente y lo trascendente. Y definía el carácter diabólico de esos fármacos cuya secreción regía la cabeza, divididos entre aquéllos de efectos enardecedores (desnudez insurrecta) y aquéllos capaces de producir una disciplina de partido (plebe conjugada a un estado de derecho). La cabeza reunía en sí dos complejos: una peculiar modulación del derrideano “complejo de Marcelo” –en este caso la suposición de que un espectro letrado puede responder o hablar al vocero de la chusma⁴⁶⁰– y el osoriano “complejo de abogado” –la suposición de que la marea popular puede obligar al derecho conservador o a la violencia conservadora a dispensar una justicia en discordia con su egoísmo.

La salmodia que Gaitán dedica al presidente espectral, la interpelación que la cabeza del

⁴⁵⁹ “Señor Presidente: Vos que sois hombre de Universidad...” (de la oración de Gaitán el 7 de febrero); cf. Molina, “El 9 de abril...”, op. cit., p. 218.

⁴⁶⁰ Cf. Derrida, *Espectros de Marx...*, op. cit., pp. 25-26.

cuerpo vapuleado dirige a la cabeza de la cúpula vejatoria, responde aquí a idiosincrasias del duelo que riñen con las apariencias penosas de la marea silenciosa portadora de banderines negros el día 7 de febrero de 1948: más que hablar “desde el pasado como porvenir absoluto”⁴⁶¹, reclama un futuro (no un indeterminable porvenir) ajustado a los ánimos de resarcimiento presentes y concatenados con los ideales de la lucha anti-colonial neogranadina. Por encima de los negros banderines y del silencio aterrador, la garganta plebeya modula una proclama jubilosa que anticipa la muerte inexorable del pasado injusto mientras invoca heroísmos vencedores – próceres criollos– de ese mismo pasado. Esta proclama tiende puentes; no bien intimida al espectro hostigante, celebra anticipadamente un final victorioso⁴⁶². Conecta a la hueste anónima

⁴⁶¹ Ibídem, p. 31. Esta expresión derrideana –referida al “heredero que viene a jurar ante un fantasma”– puede confrontarse con las siguientes palabras de la oración de Gaitán: “Nosotros, Señor Presidente, no somos cobardes. Somos descendientes de los bravos que aniquilaron las tiranías en este suelo sagrado. ¡Somos capaces de sacrificar nuestras vidas para salvar la paz y la libertad de Colombia! Impedid señor, la violencia. Queremos la defensa de la vida humana, que es lo menos que puede pedir un pueblo”; en Molina, “El 9 de abril...”, op. cit., p. 219.

⁴⁶² *Mutatis mutandis*, en una perspectiva trágica y no fársica, Gaitán no está tan lejos aquí de las celebraciones del fin de la historia: “Este discurso dominador tiene, con frecuencia, la forma maníaca, jubilosa e incantatoria que Freud asignaba a la fase llamada triunfante del duelo. (...) Vuelve

con el grandioso y mendaz protagonista que palabrea inveteradamente el fin de las tiranías.

Mientras se da comienzo en Colombia a una nueva tiranía, Gaitán proclama la final sepultura de tiranías anacrónicas (*out-of-joint*)⁴⁶³; coetáneo a un *continuum* despótico cuyos nuevos dominios recrudecen el régimen de exclusión prevaleciente, el caudillo profiere su oración, pulsando los armónicos de un tumulto silenciado⁴⁶⁴. Su ensalmo ignora la intensificación del papel del dinero⁴⁶⁵ como forma de

a la cantinela y al refrán”; Derrida, *Espectros de Marx...*, op. cit., p. 65. La incantación ritual de Gaitán recurre al estribillo “¡Señor presidente!” una y otra vez, para terminar en “Os decimos finalmente, Excelentísimo Señor: Bienaventurados los que entienden que las palabras de concordia y de paz no deben servir para ocultar sentimientos de rencor y de exterminio. ¡Malaventurados los que en el gobierno ocultan tras la bondad de las palabras la impiedad para los hombres de su pueblo, porque ellos serán señalados con el dedo de la ignominia en las páginas de la historia!”, en Molina, “El 9 de abril...”, op. cit., p. 220.

⁴⁶³ En este sentido Gaitán sí resultaría asimilable al Hamlet derrideano y su tiempo desquiciado.

⁴⁶⁴ La masa que no acata su interdicción y realiza marchas del silencio en otras ciudades, lejos de la “venganza incruenta” que enmarca la elocuencia de Gaitán, reitera los luctuosos resultados de la violencia endémica; cf. Molina, “El 9 de abril...”, op. cit., p. 220.

⁴⁶⁵ “Señor presidente. En esta ocasión no os reclamamos tesis económicas o políticas. Apenas os pedimos que nuestra patria no transite por caminos que nos avergüencen ante propios y extraños”; en Molina, “El 9 de abril...”, op. cit., p. 219.

manipulación y dominio⁴⁶⁶ al servicio del atávico parásito alimentado por la plebe⁴⁶⁷.

Pero cuando el hacha de Roa Sierra enmudece las cuerdas vocales de la garganta plebeya, las vísceras rugen, en discordia con las recientes vejaciones plutocráticas, a contrapelo del proceso de prostitución general⁴⁶⁸. La chusma se repudia

⁴⁶⁶ “Es la lucha del dinero contra el pueblo. [...] aparecen una serie de personajes que con distintos nombres ahora comenzamos a ver en Colombia. Son los ‘jefes de relaciones públicas’, ‘los agentes de propaganda’, ‘los hombres de contacto’, los ‘lobystas’. [...] Es el senador que ejerce simultáneamente funciones de propaganda al servicio de alguna empresa; el parlamentario que, sin perjuicio de su posición en el Congreso, es al mismo tiempo abogado contra los trabajadores sindicalizados ante los agentes del gobierno. O el periodista [...] que al lado de sus emolumentos ordinarios recibe una subvención por exponer determinados puntos de vista”; Molina, “El 9 de abril...”, op. cit., p. 219 (cita a López Michelsen).

⁴⁶⁷ ¿Cabe pensar este soslayo de Gaitán como reflejo invertido del olvido que Marx atribuye a Luis XVIII? (cf. *Espectros de Marx...*, op. cit., p. 129). Resulta irónico que un Borbón olvide los espectros histórico-terroríficos que presiden su cabecera, hipnotizado por los fantasmas del dinero; y no menos irónico que un abogado de origen humilde soslaye el espectro plutocrático a la hora de arengar a un presidente tan burgués como Ospina Pérez. En fin, “ningún tiempo es contemporáneo de sí mismo”, ibídem, p. 128; y “siempre es al padre, al secreto de un padre al que una criatura asustada pide socorro contra el espectro: ‘I am thy Father’s Spirit (...) I am forbid To tell the secrets of my Prison-House’”; ibídem, p. 123.

⁴⁶⁸ “El ordenamiento económico capitalista descansa sobre el carácter chantajeable de aquellos que permanentemente

a sí misma: al maltratar la mercancía fina se niega a asumir el adorno u obsequio de la prostituta de salón porque vive en carne propia el triste destino de la mayoría de aspirantes a Mesalina.

Como si intuyera la nueva asociación entre dinero y política, cumplido el ataque a los monumentos del dominio político, las masas enardecidas asaltan el doble suntuoso de los antros de prostitución⁴⁶⁹. En medio de las mercancías se produce entonces ese espectáculo circense que relata Osorio: una suerte de confusión entre el disfrute de finos licores embriagantes y la destrucción, el saqueo o la apropiación paródica de los elementos suntuarios más alejados de la vida cotidiana de aquella masa anónima. Este *potlatch* bestial culmina en una plebe transformada en victimaria de sí misma: *medium* enloquecido, vuelve finalmente en sí para contemplarse con horror. Así termina su andrajosa discordia: como la del iracundo Timón de Atenas (de Shakespeare/de Marx), imprecador del espectro fiduciario y

viven en situaciones actuales o virtuales de excepción, consiguientemente de hombres que mañana pasarán hambre si hoy no trabajan y que mañana no recibirán trabajo si no aceptan lo que hoy se les exige"; Sloterdijk, *Crítica de la razón cínica*, op. cit., p. 469.

⁴⁶⁹ "Del grito inicial ¡A Palacio!, se pasó al grito de ¡A los Almacenes!"; Molina, "El 9 de abril...", op. cit., p. 213.

aborrecedor de la idolatría pecuniaria⁴⁷⁰. Timón y la chusma bogotana reflejan así el desquiciamiento de su hostigador de-testado (la artificial y endiosada *physis* dinero-mercancía-dinero).

Este relato de una acción política desquiciada, *out-of-joint*, recalcaría los elementos *fantológicos/enartológicos*⁴⁷¹ que asolan a la chusma, sonámbula y acosada por el abusivo parásito dominante que ella intenta conjurar al triturar las mercancías y libar las finas destilaciones que el vampiro exhibe en su escaparate⁴⁷². La chusma ya difícilmente puede hablarle a ese Drácula fiduciario, amputada

⁴⁷⁰ Indispuesto con toda “fantasmización de lo propio”; cf. Derrida, *Espectros de Marx...*, op. cit., p. 55.

⁴⁷¹ Nota de los traductores de *Espectros de Marx*: “La palabra ‘fantología’ trata de cubrir, en castellano, (varias) dimensiones del neologismo derridiano *hantologie* [...] – Alusión al modo típico de ser del asedio en la actualidad; la imagen ‘teletecnmediática’”; cf. *Espectros de Marx...*, op. cit., p. 24. Esta traducción no deja de ser temeraria. Bruno Mazzoldi (comunicación personal) propone traducir *hantologie* como *enartología* (*enartar* en lugar de *fantasear/fantasma*). Las traducciones pierden la homofonía *ontologie/hantologie*.

⁴⁷² La “nuda vida” de Agamben –acosada, desplazada, concentrada en cárceles, burdeles u hospicios–, también podría asumir el perfil del menesteroso vapuleado por la plutocracia intangible (por el círculo de mutaciones entre mercancía y dinero/política y dinero) o de *La Cosa* asediada por el valor de cambio: “se siente allí donde no se siente [...] miembro fantasma [...] La mercancía asedia de este modo la cosa, su espectro trabaja el valor de uso”; Derrida, *Espectros de Marx...*, op. cit., p. 170.

como está, desprovista de cabeza o cuerdas vocales. Todo, la indumentaria espectral y el sugestivo empíreo de las libaciones del espanto – como la armadura y visera sobrenaturales que recalca Derrida en el espectro de Hamlet–, todo toca el nervio de lo insoportable⁴⁷³. Y aún más

⁴⁷³ Como si en los escaparates repletos de bienes fantasmales retornara el espectro plutocrático ignorado y la chusma febril, en su trastorno, renegara de las palabras que Gaitán dedicara a los muertos de las marchas del silencio extra-capitalinas. Como si ahí, en plena cabeza, en la capital del capital financiero, en plena escena plutocrática, el todos contra el espectro –todos contra todos– revelara otra condición de los muertos, diferente a aquélla que Gaitán les asignara como espectro de un ideal colectivo; a esta heroica plebe inmolada, a este espanto, Gaitán lo había conjurado bajo otra incantación y otros estribillos, de contenido no menos jubiloso y maniaco que aquél de su interpelación al espectral Presidente; su jubilosa oración a los inmolados develaba el intento esencial de su duelo (el de “ontologizar restos”, *Espectros de Marx...*, op. cit., p. 23): “un golpe alevé de hombres malos y crueles os arrojó hacia las playas del silencio y de la muerte. / Verdad es que los hombres de ánima helada os arrancaron de nuestro lado, de nuestros brazos, de nuestras luchas, pero sólo consiguieron multiplicaros en lo íntimo de nuestra devoción, de nuestro recuerdo y de nuestro afecto. Verdad es que [...] hombres malos las apagaron. Verdad es que [...] hombres malos las silenciaron. Verdad es que [...] hombres malos os lo impidieron. / Verdad es todo esto. [...] Pero es verdad a medias. [...] Seremos superiores a la fuerza cruel que habla su lenguaje de terror a través del iluminado acero letal. [...] Vais a sumaros al cosmos infinito que desde la entraña oscura e insomne [...] da pan a nuestro diario vivir. Pero algo más vais a darnos a través de vuestro recuerdo ya que la muerte en lo individual no es sino un parpadear de la vida hacia

cuando la elite espectral iberoamericana se ha dado cita en Bogotá y ha motivado a los anfitriones locales del aquelarre a intensificar la escasez de las mayorías y aumentar el lucimiento y la abundancia de su excluyente escaparate⁴⁷⁴. Cabría preguntarse si el asalto plebeyo a la mercancía y su sucesivo y ambivalente *performance* no corresponda a aquello que Derrida señala como *exapropiación*.

Lo cierto es que una vez concluido el duelo circense con el espectro, abundaron explicaciones de lo ocurrido. La izquierda terció aquí, no sólo para desmentir las calumnias de las cuales fuera blanco el comunismo –sindicaciones que reunieran a un coro variopinto de políticos y periodistas– sino, “endurecida hasta la monstruosidad de un rigor cadavérico”⁴⁷⁵, para disipar todo elemento *fantológico/enartológico* y reducir a la chusma al papel de actor

formas más elevadas de lo colectivo y de su ideal”; cita de Gaitán en Molina, “El 9 de abril...”, op. cit., p. 220-222.

⁴⁷⁴ Esto lo relata Osorio. Molina afirma que los artífices de las vitrinas y lucimientos de Bogotá en 1948 “quisieron presentarnos como lo que no éramos: un país amigo del despilfarro y capaz de llevar la hospitalidad hasta los extremos del rastacuerismo”; ibídem, p. 227. ¿A qué nosotros se refiere? Ciertamente no al Pueblo Nacional/Pueblo soberano, amigo de la exclusión. Pero como Molina menosprecia al pueblo lacra/pueblo chusma, su nosotros resulta indefinible y espectral.

⁴⁷⁵ Derrida, *Espectros de Marx...*, op. cit., p. 121.

sanguinario⁴⁷⁶. Otros absolutos sociales invocados por la izquierda despojaron al 9 de abril de su carácter de acontecimiento⁴⁷⁷: no habría en esta fecha un reclamo desquiciado de las víctimas, clamorosas de un por-venir redentor, sino “un éxito sangriento de las fuerzas más reaccionarias del país y del imperialismo yanqui”⁴⁷⁸; los sucesos de aquel día no tendrían nada que ver con un mandato marxista de liberación⁴⁷⁹, al no haber pasado “por la cabeza de nadie el pensamiento de reemplazar unas clases por otras en la conducción de la sociedad y del Estado ni el darles vida a nuevas formas de propiedad”⁴⁸⁰.

Lo innegable es la restauración de la dominación atávica, quizás de manera aun más

⁴⁷⁶ “Fueron ciertos sectores, los desclasados, los resentidos, los rufianes que merodean en torno de las urbes, los que siguieron esa lógica de destrucción. Lo mejor del pueblo, los núcleos ligados a la producción, mantuvieron a través de esos días dramáticos su moral política”; Molina, “El 9 de abril...”, op. cit., p. 214.

⁴⁷⁷ Un advenimiento mesiánico suspendido, una deuda pendiente con el pasado.

⁴⁷⁸ Molina, *ibídem*, p. 232 (cita a Gilberto Vieira).

⁴⁷⁹ Entre los espíritus de Marx que de acuerdo a Derrida corresponde elegir a sus herederos, esta izquierda elige quizás el más chato, el de su “respuesta ontológica”: “Respuesta del propio Marx, para quien el fantasma debe no ser nada (no-ente, no-efectividad, no-vida) o nada imaginario, incluso antes de que esta nada tome cuerpo, un cierto cuerpo, al que nos acercaremos más tarde”; Derrida, *Espectros de Marx...*, op. cit., p. 44.

⁴⁸⁰ Molina, “El 9 de abril...”, op. cit., p. 229.

blindada, como lo sugiere la conducta de uno de los protagonistas del ajedrez de aquel día, Carlos Lleras Restrepo, quien –como Presidente de la República, dos décadas después– declarara el estado de excepción para conjurar un resultado electoral contrario a los intereses de la hegemónica coalición liberal-conservadora. Algo similar derivó de mi ojeo infantil del reportaje gráfico de los disturbios del 9 de abril: pensé temeroso en la guillotina y entendí el impulso de erigir murallas o tejer alambradas, esa respuesta legal-ilegal al factible asedio de los asediados.

El autor

Sergio Ramírez Lamus: vinculado a la Universidad del Valle desde hace casi tres décadas, con formación en antropología (Universidad de los Andes), investigación en comunicación de masas (Universidad de Leicester) y teoría del cine (Columbia University). Esta transdisciplinariedad, determinante en su trabajo docente e investigativo, desemboca en una última etapa de escritura-montaje apoyada en la prensa escrita colombiana (diaria y semanaria); de ello resultan algunas contribuciones suyas al heterogéneo y desnivelado volumen *Simulaciones políticas y consumo de masas en Colombia* (Escuela de Comunicación Social, Universidad del Valle, Cali, 1998), *Anatomía del estatus* (Escuela de Comunicación Social, Universidad del Valle,

Cali, 2000) y –para referirnos aquí a publicaciones más visibles– un artículo en *Revista de Occidente* (nº 170-171, 1995) y otro en *Cuadernos Hispanoamericanos* (nº 621, 2002). Otro amplio conjunto de elaboraciones de la misma especie, auspiciadas por la Universidad del Valle, las reúne el volumen inédito *Nación semanal y sofoco académico*.

Índice

Reconocimientos	7
Al sesgo de un autor crónico (a manera de introducción)	9
Relato crónico	51
Sociedad homogénea-Sociedad escindida	54
Fisio-gnómica del poder y la infamia	58
Cuestiones crónicas	62
Gaitán estepario	71
Asedio, odio y deshonor en <i>El día del odio</i>	137
Asedios	137
Historia natural	150
Anomia	162
Ósmosis	171
Desnudez	182
Espectros de 1948	189
El autor	205